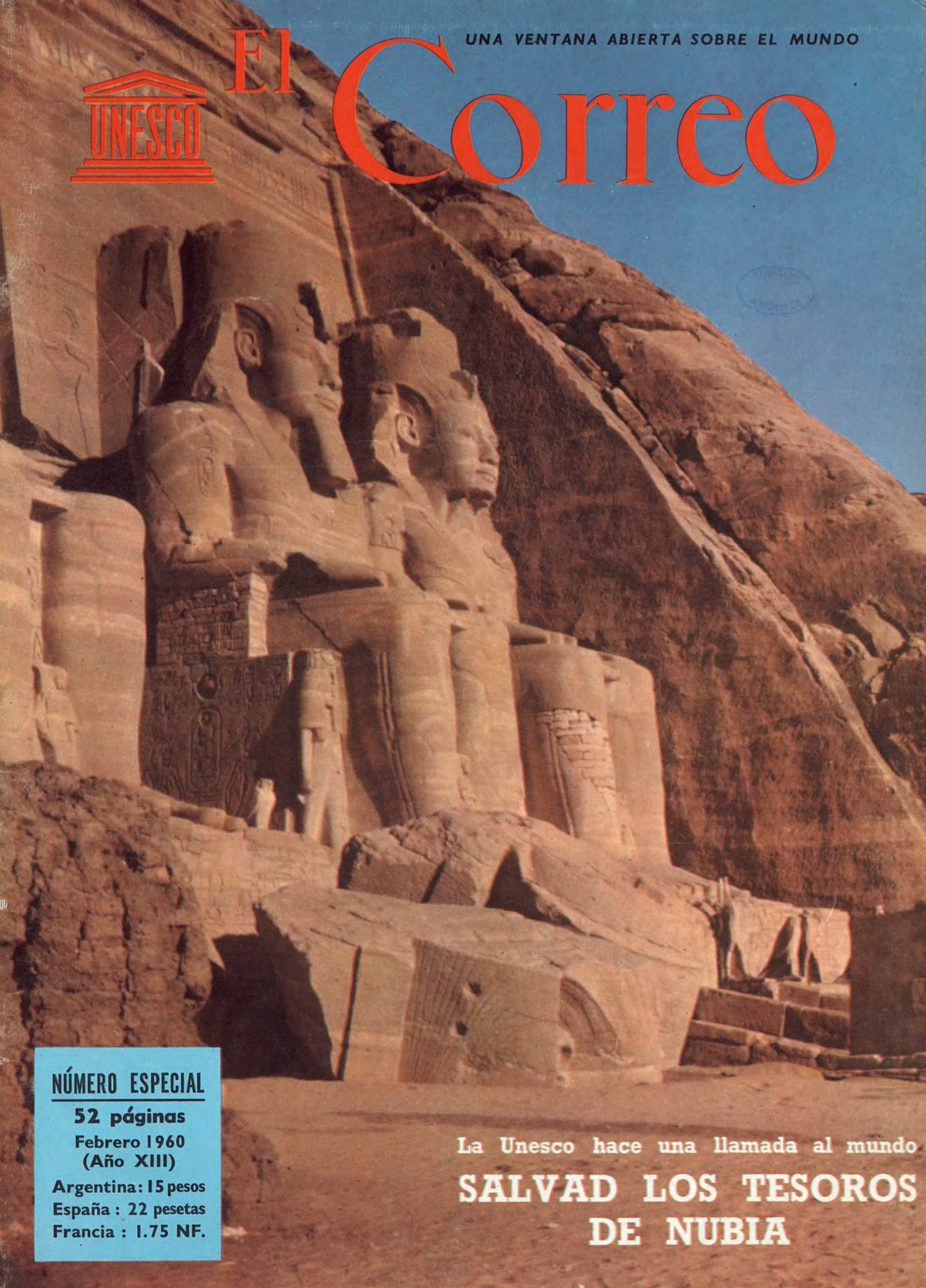




El Correo

UNA VENTANA ABIERTA SOBRE EL MUNDO



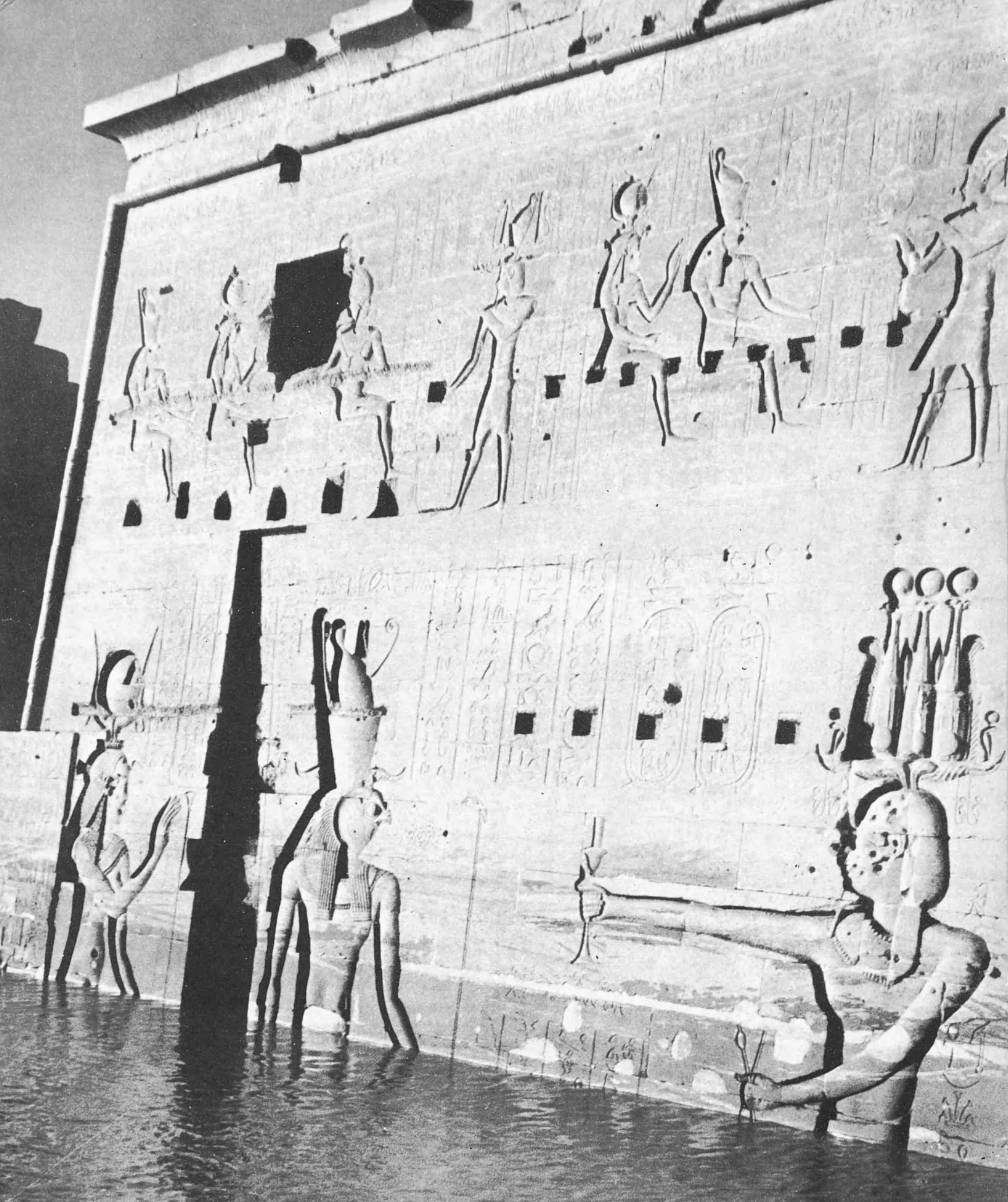
NÚMERO ESPECIAL

52 páginas

**Febrero 1960
(Año XIII)**

**Argentina: 15 pesos
España: 22 pesetas
Francia: 1.75 NF.**

La Unesco hace una llamada al mundo
**SALVAD LOS TESOROS
DE NUBIA**



Unesco-Laurenza

EL TEMPLO DE ISIS, maravilla de la Isla de Filae, se encuentra hoy recubierto por las aguas del Nilo durante nueve meses por año, debido al embalse formado por la presa de Asuán. Esta foto fué tomada en octubre de 1959, cuando el agua comenzaba a invadir el templo. Los monumentos de Filae se cuentan entre los tesoros artístico-históricos situados en Nubia y amenazados por la construcción de la Gran Presa de Asuán. La Unesco hace, para salvarlos, un llamamiento al mundo entero.

Mensaje del Director General de la Unesco

Desde hace miles de años, el Nilo aporta la vida a los países por los cuales atraviesa. El pueblo que los habita en la actualidad, se halla en pleno crecimiento, y tiene que obligar al Nilo a aumentar sus dones. La construcción de la Gran Presa de Asuán iniciará una nueva etapa del progreso económico, y permitirá dar el pan de cada día a millones de seres humanos.

El pueblo del Nilo creó antaño una de las más altas civilizaciones de la historia. A las orillas de su río, erigió edificios de una belleza y magnificencia nunca superadas. Hoy, el inmenso lago que va a formarse con el nuevo embalse amenaza sepultar para siempre algunos de esos monumentos ilustres.

Un angustioso dilema se plantea a las autoridades encargadas del aprovechamiento del Nilo: ¿Cómo escoger entre el bienestar de la población y la existencia de esas obras de arte que no sólo son patrimonio del país sino de la humanidad entera?

Esas autoridades saben que el mundo las considera depositarias de los monumentos del valle de Nubia y quieren asegurar su conservación. Por ese motivo, el Gobierno de la República Arabe Unida y el Gobierno de la República del Sudán han recurrido a la Unesco para obtener la ayuda internacional indispensable.

Desde el momento en que recibí esos llamamientos, comprendí que la Unesco no podía abstenerse de escucharlos: la acción que se le pide emprender responde a las finalidades esenciales que se le han asignado. No podemos dejar que desaparezcan templos como los de Abu Simbel y de Filae, verdaderas joyas del arte antiguo, ni abandonar para siempre los tesoros enterrados en zonas aun no tocadas por excavaciones arqueológicas sistemáticas.

La solidaridad internacional que deseamos ver implantarse en todas las esferas, encontrará en el caso presente una ocasión única para afirmarse. Nadie puede dudar del carácter urgente de los esfuerzos que deben realizarse ni de la necesidad de repartir su carga entre un gran número de países.

El Gobierno de la República Arabe Unida, como compensación de la ayuda internacional que se conceda, ofrece el cincuenta por ciento, por lo menos, de los objetos que se descubran en los emplazamientos arqueológicos, la autorización de efectuar nuevas excavaciones en otros lugares del Egipto y la cesión de objetos y monumentos preciosos, inclusive ciertos templos de Nubia, para su traslado al extranjero. Por su parte, el Gobierno del Sudán ofrece también el cincuenta por ciento de los objetos que se encuentren en las excavaciones efectuadas en su territorio.

Un Comité Consultivo Internacional integrado por eminentes expertos, se encargará de asesorar a las autoridades gubernamentales acerca de los planes referentes a las excavaciones que se habrán de llevar a cabo, así como sobre la utilización de las contribuciones financieras y la repartición de las compensaciones ofrecidas por la República Arabe Unida. Los trabajos de conservación y de investigación que pueden y deben comenzar, en esas condiciones, dentro de algunos meses, darán indudablemente nuevo impulso a la arqueología. La historia de las civilizaciones, de las religiones y del arte, así como las ciencias de la prehistoria, obtendrán con esos trabajos un beneficio incalculable.

El Consejo Ejecutivo de la Unesco, dando oídos a mi propia propuesta, me ha encargado formular un llamamiento a la cooperación internacional. Tal llamamiento, que tengo la intención de lanzar en breve plazo, irá dirigido no sólo a los Gobiernos y a las instituciones públicas y privadas competentes, sino también a la opinión pública de todos los países. Un Comité de Honor y un Comité internacional de acción prestarán a la Unesco su apoyo en esta campaña mundial en que participarán, sin duda, todos los países e individuos que, dándose cuenta cabal del inmenso patrimonio humano que está en juego, comprenderán que a una empresa de excepcional importancia debe corresponder asimismo una ayuda de excepcional magnitud.

VITTORINO VERONESE

Sumario

Nº 2. — ESPECIAL



NUESTRA PORTADA

Parte de la fachada del Gran Templo de Abu Simbel, una de las grandes obras maestras de arquitectura en el mundo y el mayor conjunto monumental de la antigua Nubia. Se lo ha llamado la «Catedral de Nuestra Señora» del Egipto faraónico. El Templo de Abu Simbel está amenazado de inundación por las aguas del Nilo en los años próximos.



CUBIERTA POSTERIOR

La «esfinge sumergida» es una de las esculturas de la Avenida de las Esfinges que conduce al Templo de Ouadi-es-Sebua. Permanece bajo el agua nueve meses al año. La construcción de la nueva presa la sumergirá para siempre.

Fotos Christiane Desroches-Noblecourt.

PÁGINAS

- 3 MENSAJE ESPECIAL**
por Vittorino Veronese, Director General de la Unesco
- 5 EL DRAMA DE NUBIA**
por Georges Fradier
- 8 LA HERENCIA MILENARIA DE NUBIA**
por Christiane Desroches-Noblecourt
- 16 LOS TEMPLOS DE RAMSÉS II EN ABU SIMBEL**
Alianza de lo grandioso y de lo bello
- 20 UN PUEBLO DE COLOSOS SURGIDO DE LAS ARENAS**
por Louis A. Christophe
- 23 MAPA EN COLOR DEL VALLE DEL NILO**
Un río de arte y de historia
por Rifaat Nasr
- 24 a 30 REPORTAJE FOTOGRÁFICO EN COLORES**
- 31 EL SOL, TESTIGO DE BODA DEL FARAÓN**
La Estela del Casamiento de Ramsés con una Princesa Hitita
por Jaroslav Cerny
- 34 FILAE, ISLA SAGRADA**
por Etienne Drioton
- 39 HISTORIA GRECORROMANA ESCRITA EN LA PIEDRA**
por André Bernand y Ahmed Aly
- 40 BAJO EL SIGNO DE MAAT, DIOSA DE LA EXACTITUD**
El Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo
- 44 LA PIRÁMIDE MODERNA DE ASUÁN**
La Gran Presa sobre el Nilo
por Albert Raccah
- 46 LA NUBIA SUDANESA**
Una tierra desconocida de los arqueólogos
por Jean Vercoutter
- 50 ENIGMAS DE LA ANTIGUA NUBIA**
por A Choukry y F. Daumas

Este número se ha realizado con la colaboración de Christiane Desroches-Noblecourt, Consejera de la Unesco en el Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo, El Cairo.

Publicación mensual
de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

Redacción y Administración
Unesco, Place de Fontenoy, Paris 7^o

Director y Jefe de Redacción
Sandy Koffler

Redactores
Español : Jorge Carrera Andrade
Francés : Alexandre Leventis
Inglés : Ronald Fenton
Ruso : Veniamin Matchavariani

Composición gráfica
Robert Jacquemin

La correspondencia debe dirigirse al Director de la revista.

Venta y Distribución
Unesco, Place de Fontenoy, Paris 7^o

★

Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera : "De EL CORREO DE LA UNESCO", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducir los artículos deberá constar el nombre del autor. Por lo que respecta a las fotografías reproducibles, serán facilitadas por la Redacción toda vez que se las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción dos ejemplares del periódico o revista que los publique. Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de los editores de la revista.

Tarifa de suscripción anual \$ 3.00 ; 7 nuevos francos.
Número suelto : \$ 0,30. — 0,70 nuevos francos o su equivalente en moneda nacional.

MC 60.1.144 E



Unesco-Laurenza

LOS DOS GENIOS DEL NILO anudan el lirio y el papiro, plantas que simbolizan las regiones fértiles del sur y del norte del Egipto respectivamente y, por extensión, las dos riberas del valle. Obra esculpida sobre la fachada del Gran Templo de Abu Simbel.

EL DRAMA DE NUBIA

por *Georges Fradier*

Aunque la magnitud del drama es de alcance universal, tratamos de escribir lo más sencillamente posible: los monumentos del Egipto antiguo, entre los que se cuentan Filae, Amada, Kalabcha, Abu Simbel, se encuentran en peligro de desaparecer. La construcción de la Gran Presa de Asuán amenaza con sumergirlos y destruirlos en último término, es decir, amputar a la humanidad de una valiosa parte de su memoria.

Un monumento es por definición, por etimología, aquello que nos hace recordar. Pero, es decir poco que las grutas pintadas y los grabados rupestres son monumentos que nos recuerdan el universo de la caza y de la magia de los hombres de hace diez mil años, ya que por sí solos nos revelan la integridad de ese universo. Antes de su descubrimiento, tal universo era totalmente desconocido: no existía. Se le reemplazaba por toda clase de concepciones absurdas. Desde su descubrimiento hemos podido añadir

a nuestro pasado miles de años de conocimientos y de aventuras. Además, estos descubrimientos son tan recientes, que no hemos tenido tiempo de extraer de ellos todas sus enseñanzas sobre nuestros lejanos antepasados, es decir, sobre nosotros mismos.

El alto valle del Nilo contiene centenares de parajes prehistóricos, inexplorados en su mayor parte. Tres o cuatro ríos, y la tenacidad y el genio de sus más antiguos ribereños, fueron el origen de lo que llamamos las artes y las ciencias occidentales. Sólo hace apenas cincuenta años que se intenta explorar sistemáticamente los valles del Tigris y del Eufrates, del Indo y del Nilo. Pero, tales exploraciones costosas no exhuman joyas de oro o preciosos trabajos de marfil. Y además siempre se creía disponer de todo el tiempo. Bruscamente, el proyecto de la Gran Presa de Asuán hace lanzar un grito de alarma: dentro de cinco años, o aún de cuatro años, los parajes inexplorados de la Nubia egipcia serán inaccesibles para

NO DEJEMOS QUE SE DESTRUYAN ESOS TESTAMENTOS DE PIEDRA

siempre. Un lago artificial remontará hasta la catarata de Dal o Tercera Catarata, según los planos ulteriores anunciados.

Pero, la arena, la arcilla, las tierras de aluviones, en una extensión de más de 400 kilómetros, encierran los secretos de los primeros colonos del Nilo, que construyeron sus aldeas en el borde del Sahara —en ese tiempo ciertamente una sabana— y fueron los instructores del Egipto. ¿Podríamos ahora renunciar a penetrar los misterios de esa lejana cultura, enterrada en el cruce de caminos del mundo mediterráneo y del mundo africano, y cuyo estudio puede arrojar tanta luz sobre los orígenes de ambos mundos y los lazos que tal vez les unen?

Resignarse a tal desaparición sería aceptar alegremente una especie de amnesia parcial, semejante a la de un hombre que no tuviera ningún recuerdo de su primera infancia, ni de sus padres. Los arqueólogos, los investigadores de la prehistoria pueden hallar en los campos de Nubia esos recuerdos que nos faltan y que pueden dar al hombre sus dimensiones y sus proporciones reales.



Obras que dicen
quienes somos
y adonde vamos

Otros monumentos parecen destinados a responder a preguntas más graves. Los reyes que construyeron Filae, como los que hicieron esculpir los colosos y las salas profundas de Abu Simbel, o los que antaño edificaron las pirámides, creían saber y querían proclamar hasta el fin de los tiempos «de donde venimos, quienes somos y adonde vamos». Su certidumbre nos hace dudar, pero no sonreír. Sabemos que sus creencias son el depósito más precioso de esa memoria colectiva que se llama la cultura, a, como, se decía antes, las humanidades. Ningún progreso ni retroceso de las civilizaciones han prevalecido contra su belleza, que sigue siendo irresistible en nuestros días, incluso ante la más oscura ignorancia. Los templos y las estatuas de Egipto son todavía, después de veinte o treinta siglos, los modelos de esa belleza, de la cual son la definición. Por eso no es necesario siquiera comprender toda su significación histórica para reconocerlas como las obras más culminantes del género humano. En realidad, se cuentan en el breve número de esas obras grandiosas que justifican hablar de humanidad y sentirse, en 1960, ligados a los sacerdotes, a los arquitectos, a los pintores, a los escultores e incluso a los obreros de los faraones.

Sin duda hay otros lazos. Cada uno, puede experimentar sentimientos fraternales hacia los miles de millones de individuos que nos han precedido sobre el planeta y enternece sobre la larga y lenta evolución de las técnicas. Las obras maestras más antiguas del arte nos revelan un parentesco más noble: atestiguan una necesidad de superación y un fervor que, sin ellas, serían ignorados por la historia.

Esos monumentos —no muy numerosos— son insustituibles ya que ningún museo imaginario jamás podrá reemplazar a un templo, al terreno sagrado que le rodea y al cielo que le baña. Las verdaderas obras maestras del arte, sobre todo las de la arquitectura, pasan por universales: se dice con razón que pertenecen al patrimonio de todos los pueblos, lo que significa que todos los pueblos tienen necesidad de ellas. Pero, sólo algunas ciudades, algunas épocas, han elevado esas obras. Y sólo ciertos países continuán siendo los depositarios de lo que subsiste de esas maravillas, amontonadas en las orillas del Medi-

terráneo, en China y en Egipto, a través de siglos privilegiados. El tiempo, los conquistadores y los mercaderes han destruido ya tanto, que es muy reducido el margen de lo que resta. Un poco de violencia, de negligencia o de avaricia bastaría para que Grecia, China y el propio Egipto no pudieran mostrar más que ruinas informes, como esa ciudad de Borgoña, en la que hace 160 años se elevaba todavía la más grande iglesia románica, verdadera obra maestra de la Edad Media europea.

Existe hoy una organización internacional que tendría el deber de oponerse a la demolición de Cluny, incluso si el contratista invocara razones de utilidad pública. Esa organización es la Unesco, encargada, entre otras tareas, de velar por la salvaguarda del patrimonio cultural y científico de la humanidad. En esa virtud, ha recibido los llamamientos de la República Árabe Unida y de la República del Sudán. Felizmente nadie sueña con destruir los ilustres monumentos de Nubia. Las autoridades que han decidido la construcción de la Gran Presa son las mismas que desean hacer todo lo necesario para que los monumentos del valle del Nilo no desaparezcan bajo las aguas. Desgraciadamente, «hacer todo lo necesario» supone la existencia de recursos financieros y técnicos de que esos países no disponen. Así, es indispensable la ayuda internacional.

No se vaya a creer que se trata de una acción improvisada o de un acto desesperado de última hora. Hace ya cerca de cinco años que el Gobierno de la República Árabe Unida, pensando precisamente en la suerte de Nubia, había invocado la ayuda de la Unesco. Al mismo tiempo, se fundó en el Cairo un Centro de Documentación y de estudio sobre la historia del arte y de la civilización del Egipto Antiguo, que no ha cesado de trabajar intensamente en el diseño científico y completo, de los monumentos amenazados por las aguas.

Sin embargo, el salvamento propiamente dicho de los templos, de su paraje y, en algunos casos, del acantilado del que forman parte, exige medios de distinta magnitud. Además, antes de emprender tal es necesario efectuar minuciosos estudios geográficos y geológicos sobre el terreno.

Desde el mes de julio de 1959, la Unesco envió una misión especial a la República Árabe Unida. Poco tiempo después, con el acuerdo de las autoridades competentes, la misión pedía al Instituto Geográfico Nacional de París que efectuara el plano fotogramétrico de la región, mediante un doble reconocimiento aéreo y terrestre. En octubre se reunía en el Cairo un Comité internacional de Egiptólogos, arqueólogos e ingenieros que pudieron remontar el Nilo desde la región de Asuán hasta la frontera sudanesa y exploraron la mayor parte de los monumentos que jalonan el valle, cuyas riberas estarán sumergidas dentro de algunos años.



No es posible
desmontar una
catedral gótica

Durante la primera reunión de ese Comité, el Ministro de la Cultura y de la Orientación Nacional de Egipto, hizo en nombre de su Gobierno una declaración de importancia excepcional: en compensación de la ayuda internacional solicitada, la República Árabe Unida ofrecía la cesión de la mitad del producto de las excavaciones que se realizasen —con excepción de algunas

piezas únicas o esenciales para las colecciones de los museos egipcios— la autorización para efectuar excavaciones en otros parajes de Egipto, y finalmente la cesión, para su transferencia al extranjero, de determinados templos de la Alta Nubia, así como una importante colección de objetos antiguos que son propiedad del Estado.

Asimismo, el Gobierno del Sudán, en compensación de la ayuda internacional invocada, ofreció, con las mismas reservas, el 50 % de las excavaciones que hubieran de llevarse a cabo en la región amenazada.

Hoy, el Director General de la Unesco, después de una decisión unánime del Consejo Ejecutivo, lanza un llamamiento solemne invitando a los Gobiernos y a las Instituciones públicas en general a participar en esta gran acción de salvamento del patrimonio humano.

Los expertos han presentado los primeros elementos del plan para salvar los monumentos de Nubia. En su informe se encuentra la lista detallada de dichos monumentos y, para cada uno de ellos, la indicación de las medidas que lo salvarán de la destrucción. Frescos que hay que despegar, bajos relieves que destazar, templos pequeños que demontar piedra por piedra para su reconstrucción en lugar seguro, unos en un oasis que crearán las aguas de la presa, los demás en «nuevos refugios, o más bien nuevas patrias». Pero para los ilustres conjuntos de Filae y de Abu Simbel, los expertos son terminantes: la única solución es salvarlos dejándoles intactos. No se desmontaría la catedral de Chartres para instalarla en un parque de un multimillonario. No se «salvaría» el Partenón reconstituyendo la acrópolis en un museo al aire libre.

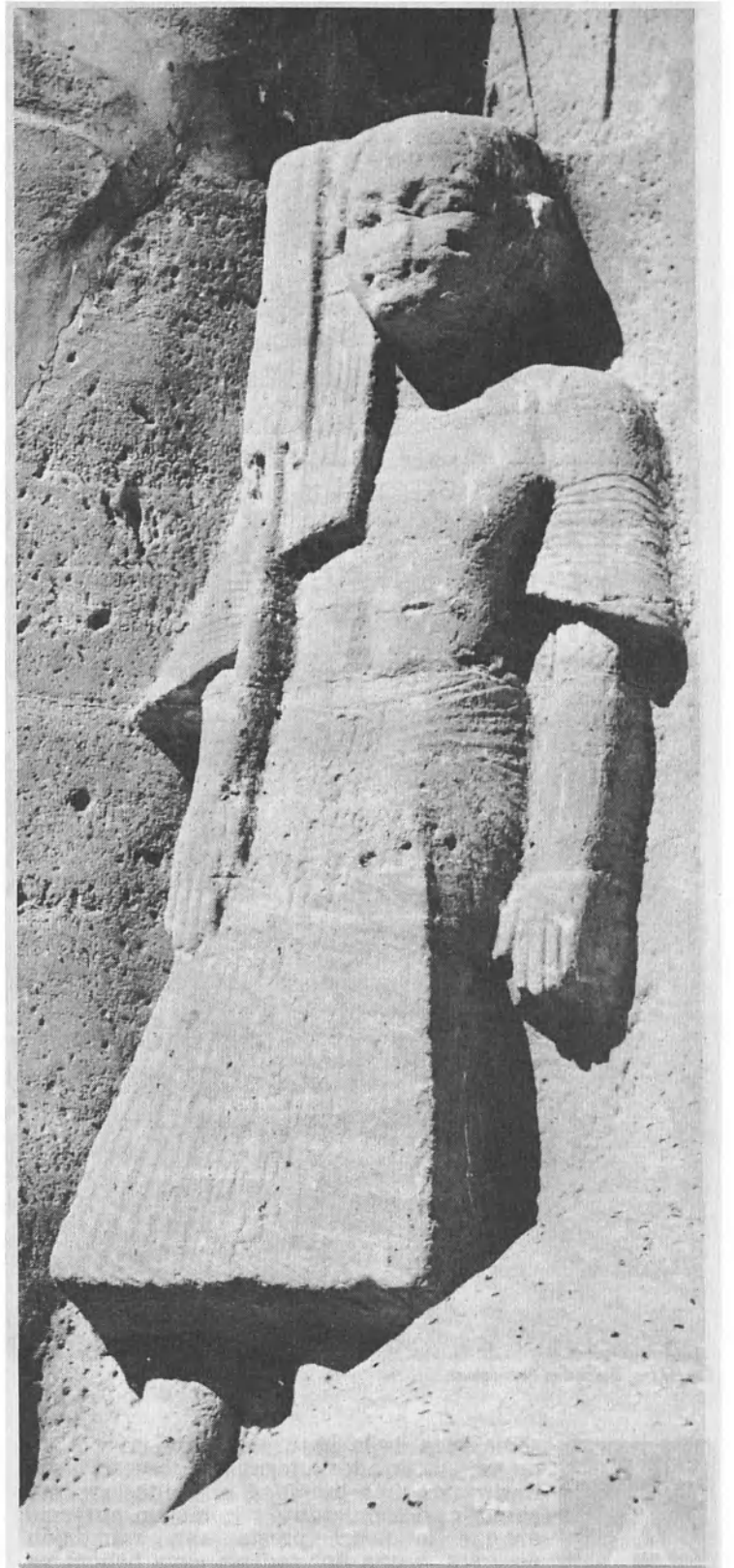


Conservar intacto ese gran capítulo de historia humana

La Isla de Filae trágicamente sumergida nueve meses al año desde la construcción de la primera presa de Asuán en 1912, puede al contrario volver a ser una isla. Y el peñón de Abu Simbel puede y debe escapar de la ola de cieno que no necesitaría más que lamer el pie de esos colosales para disgregarlos en pocos años. Los trabajos que deben efectuarse allí son los más grandiosos y urgentes. Desde el mes de diciembre, la Unesco ha firmado un contrato con los ingenieros asesores que, en este momento, proceden a los reconocimientos y a los estudios necesarios.

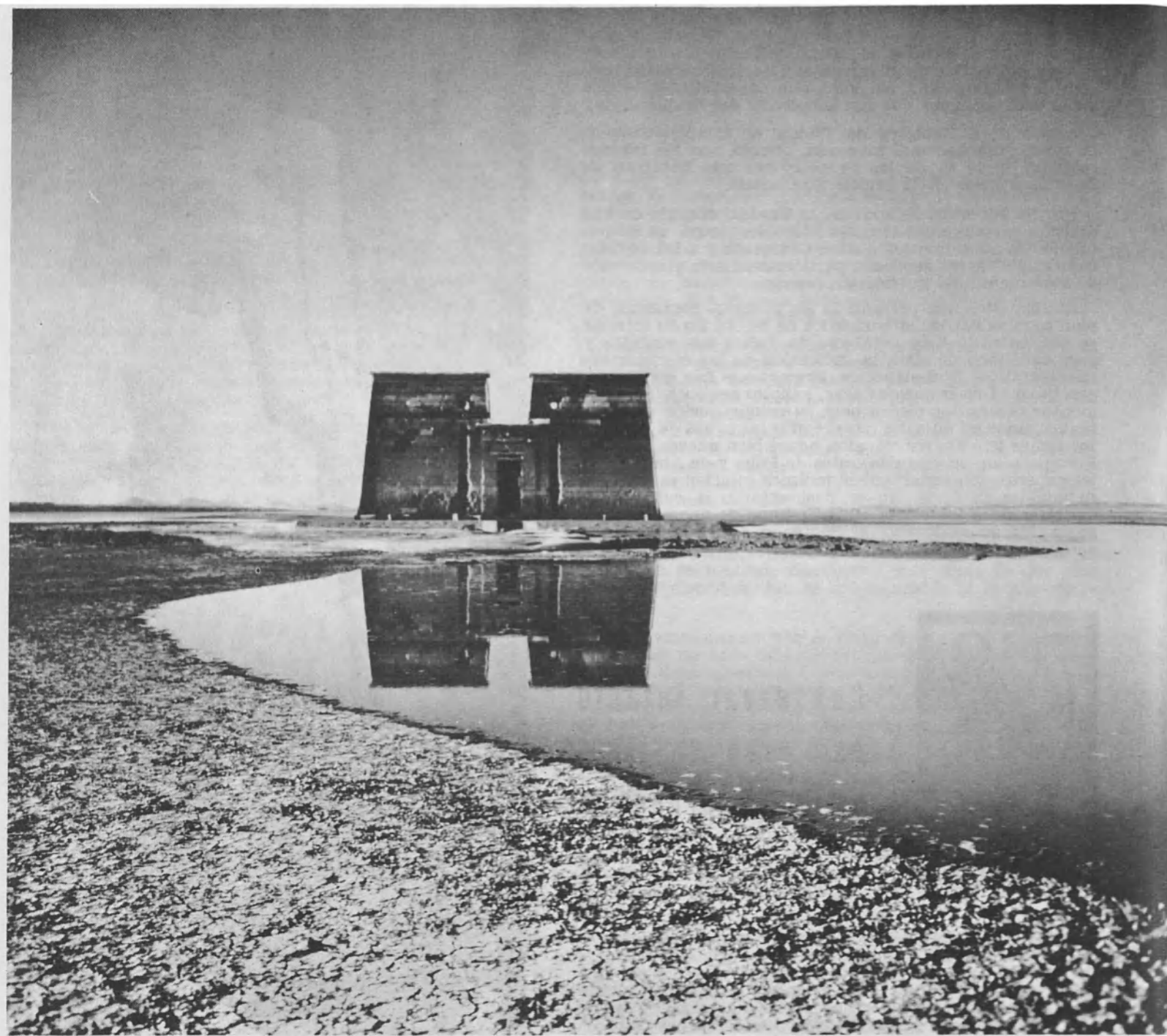
Construir diques entre la Gran Presa y el lago artificial aguas abajo, donde Filae encontraría nuevamente al fin, su pureza y su sol natal, elevar una muralla a lo largo de Abu Simbel para conservar no solo el templo más majestuoso del Alto Nilo, sino también las luces y las sombras que dan vida a esas estatuas, costará sin duda mucho dinero. Mucho más del que se acostumbra dar a los arqueólogos, a los historiadores de arte y a los conservadores de museos. En efecto, puede tratarse de 30 millones de dólares. Pero, cuando se piensa que esa cantidad se solicita a 81 Estados —entre los cuales se cuentan los más ricos y poderosos del mundo— ya no asusta a nadie esa cifra. Incluso nos sentimos tentados irresistiblemente a compararla con los presupuestos de armamento... Sin embargo, parece que estas comparaciones son de mal gusto y conducen a reparos poco realistas.

Limitémonos entonces a contemplar las fotografías de las moradas construidas para los dioses, moradas milenarias y repentinamente tan frágiles. Los hombres y las mujeres de todas las edades, de toda condición, de todos los idiomas, que las contemplan con nosotros, no permanecerán indiferentes ante la suerte de esos grandes testamentos de piedra, de esas afirmaciones orgullosas o patéticas en las cuales se perpetúa una voluntad invencible de ennoblecer al hombre.



Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo, El Cairo

ENTRE LOS PIES DEL FARAÓN. Esta pequeña estatua de la fachada del Gran Templo de Abu Simbel representa a uno de los hijos de Ramsés II, abrigado entre los pies de una de las cuatro esculturas colosales de su padre. La cabeza de esta figura del Faraón ha sido arrancada de la montaña, hace siglos. Se cree que para desprender la cabeza se hizo un orificio horizontal profundo a la altura del pecho para introducir en él un puntal de madera sobre el que se vertió agua. La dilatación producida por la humedad bastó para romper el coloso en dos partes y hacer estallar la parte superior. (Ver en la página central esa estatua —la segunda desde la izquierda— y los pedazos dispersos en el suelo).



Christiane Desroches-Noblecourt

A semejanza de la naturaleza que, en víspera de una aterradora tormenta, muestra sus horizontes más limpidos, envueltos en una calma casi inquietante —como un enfermo al que la fiebre presta una animación postrera, o una flor radiosa cuya belleza va a extinguirse— la Nubia nunca ha aparecido más hermosa y seductora, a pesar de que jamás ha sido mayor el peligro que le amenaza y parece condenarla a un total aniquilamiento. A través de sus incontables metamorfosis, esta legendaria tierra ha podido conservar hasta ahora —por lo menos durante un período de algunas semanas de verano tórrido, cada año— ese aspecto característico, legado por algunos milenios de civilizaciones sucesivas. En el breve período estival se presenta el espectáculo prodigioso de todos los templos que bordean las orillas del Nilo y que vuelven a salir de las aguas que los sepultan durante las tres cuartas partes del año. Tal fenómeno ocurre desde comienzos de nuestro siglo.

A quienes nunca han llegado a las riberas del Nilo, en la región de Nubia, no les es dado imaginar siquiera la majestad de esos lugares, el encanto de sus santuarios y aldeas y, en una palabra, no les es fácil captar el sentido de gravedad real del drama que se prepara. No obstante, casi todos han leído la poética «Muerte de Filae», del

novelista francés Pierre Loti y saben de la construcción de la presa de Asuán y de las dos obras que se ejecutaron después para aumentar su altura. Hubiera sido necesario dotar al Egipto de un sistema de riego más regular, desde comienzos del siglo, y no permitir que el río —creador de la vida en esas tierras— arrastrase toda su corriente hacia el mar.

Las compuertas de la inmensa muralla de Asuán, construida con la piedra caliza de color rosado de las canteras vecinas —de donde los egipcios extraían en la antigüedad obeliscos gigantescos —permanecen cerradas casi todo el año y no se abren sino cuando la inundación estival de fines de julio arrastra un mar repleto de semillas rojas. Entonces, la campiña queda sumergida, y sólo los diques sobresalen del agua, así como también las aldeas construidas sobre las colinas desérticas.

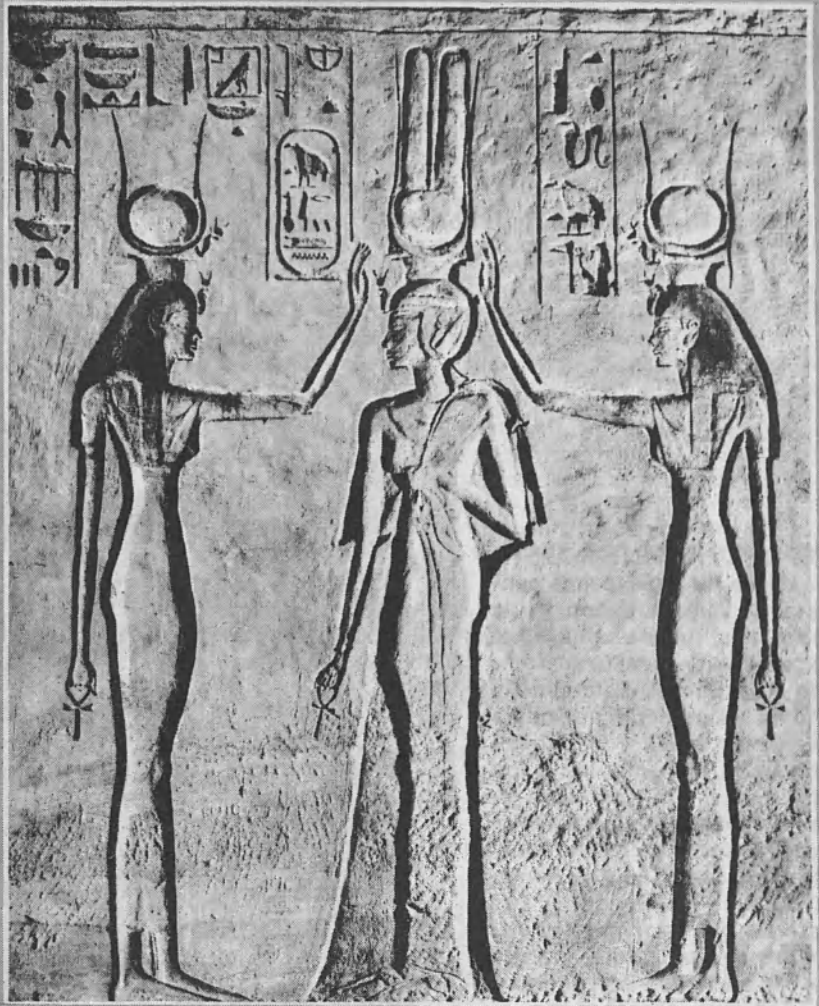
Cuando la Nubia recupera una faja de sus orillas reverdecidas y el nivel de las aguas desciende, los pobladores se afanan en sus cultivos y, muy pronto, sobre ambas riberas angostas, los sembrados se cubren de espigas de mijo y de sandías. En la época de la crecida normal, en que el río corre sin desbordar de su cauce durante apenas tres meses, se puede efectuar la cosecha y, al cerrarse las compuertas, a mediados de octubre, el río invade de nuevo un suelo recubierto de paja de cereales, pero ya agrietado por la sequía y el calor extremo. Las palmeras se bañan hasta la

Viaje a un país condenado a morir

LA HERENCIA MILENARIA DE NUBIA

por *Christiane
Desroches-Noblecourt*

Directora del Departamento de Antigüedades Egipcias
del Museo del Louvre



Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo, El Cairo

El Templo del dios Thot, en Dakka (foto de la izquierda). El grabado muestra el templo un día antes del comienzo de la inundación anual, a mediados de octubre. A fines de noviembre, sólo queda visible la cúspide de la cornisa del pilón. La foto de la derecha, tomada en el interior del Pequeño Templo de Abu Simbel, representa a la «gran esposa real Nefertari» recibiendo la protección de Isis y Hator. Para salvar el templo de Dakka se le transportará, piedra por piedra a un oasis de Nubia.

altura de su penacho despeinado que parece flotar sobre la superficie de las aguas, lejos de las nuevas riberas, mientras se sumergen totalmente los grandes santuarios erigidos en esos lugares. Se diría un museo extraordinario al aire libre, cuya galería de más de cuatrocientos kilómetros de largo, expone monumentos de dimensiones pasmosas que superan a las de las catedrales góticas.

A los templos sumergidos hay que añadir los centenares de necrópolis escalonadas principalmente sobre la orilla occidental, aunque existen asimismo «casas de eternidad» en la otra orilla. También se sumergen las canteras, las fortalezas protectoras de las plazas vulnerables —parada natural en la ruta de las caravanas—, las posadas en el camino de las lejanas minas de oro, las aglomeraciones urbanas donde reinaban las actividades artesanales y, finalmente, los centros administrativos del país. Pero, en esas tierras imperecederas, el ciclo de los renacimientos —del que la naturaleza es un ejemplo— invita a la esperanza más tenaz: la desaparición de todo ese mundo no es total, ya que el verano aporta el resurgimiento de esos vestigios de manera efímera pero regular.

Desde la construcción de la presa de Asuán se habían emprendido excavaciones y sondeos sistemáticos para «interrogar» a las fortalezas de adobes y a las necrópolis situadas bajo el nivel que iban a alcanzar las aguas (120

metros sobre el mar). Expediciones apresuradas se habían encargado de copiar y describir los templos destinados a la desaparición bajo las aguas; pero siempre se confiaba en volver a encontrar los santuarios y, cada verano, se podía ver la eficacia de las obras de consolidación llevadas a cabo en tiempos de Maspero y mantenidas luego cuidadosamente: los templos se conservaban en el agua que los despojaba gradualmente de su capa de sales corrosivas. Sólo la pintura antigua había sido lavada; pero los relieves sin color parecían aun más hermosos. Las antiguas aglomeraciones, destinadas a los vivos o consagradas a los muertos, eran, por el contrario, barridas en parte por la inundación, ya que estaban construídas de adobes.

Es verdad que los templos erigidos en el límite de los sembrados se construyeron con bloques de granito, extraído de las mejores canteras de Nubia, y todo el mundo sabe que la piedra es resistente. Pero, otra cosa sucede con los santuarios levantados en el flanco de las escarpas de las dos cadenas montañosas —la libica y la arábiga— que limitan la tierra angosta y que se hallan fuera del alcance de las actuales inundaciones. Esos santuarios están labrados en una piedra deleznable y no resistirán a la acción de las aguas. El embalse que se formará por la construcción de la gran presa de Sadd-el-Ali sepultará y destruirá esos santuarios si no se toman disposiciones eficaces para su protección, ya que el inmenso lago que

LA HERENCIA MILENARIA DE NUBIA

LA EPOPEYA DE KADESH.

He aquí una de las escenas centrales de la llamada «epopeya de Kadesh», esculpida sobre el muro septentrional del Gran Templo de Abu Simbel. Esta escena es uno de los primeros episodios de la célebre batalla de Kadesh librada entre los egipcios y los hititas hacia el año 1300 antes de la Era Cristiana, y representa a Ramsés II sentado majestuosamente en su trono, bajo su tienda de campaña, recibiendo a sus dignatarios que le comunican las informaciones obtenidas gracias a los espías hititas apresados y apaleados que aparecen en el relieve inferior. A ambos lados de los espías, se ven soldados egipcios y mercenarios extranjeros. En la parte superior, carga de la caballería hitita. La línea curva representa el río Oronte, en Siria, en donde se libró la batalla. A la extrema derecha, los arqueros montados del Faraón. (Ver también las pags. 32-33)

Foto Charles Nims. Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo, El Cairo



recubrirá toda Nubia guardará para siempre sus tesoros sumergidos.

Un país entero va a desaparecer definitivamente del mapa. Si sus pobladores llegan a instalarse en los terrenos nuevamente arrancados al suelo árido, en los oasis que se crearán cerca de los más importantes «ouadis» de la Nubia occidental, otro será el destino de esa tierra estrecha, cuya longitud es mayor de 500 kilómetros y que contiene las reliquias de una civilización, conservadas por los siglos hasta nuestros días, a pesar de las inclemencias del tiempo y de los elementos.

El Egipto que es, indudablemente, la cuna de las civilizaciones mediterráneas, constituye para los arqueólogos un inmenso libro de historia cuyas páginas dispersas han sido descubiertas unas después de otras y leídas con atención apasionada para extraer de su conjunto las más profundas enseñanzas sobre la antigüedad. Pero, a pesar de la riqueza de la documentación obtenida, no se puede afirmar que ya todo se ha encontrado. Por el contrario, las más valiosas lecciones han desaparecido, devoradas por el fuego, como la Biblioteca de Alejandría, o los rollos de papiro consumidos hasta el siglo pasado en fogaradas más modestas, encendidas por los campesinos que buscaban abonos en las ruinas de las aglomeraciones antiguas. Nada debe despreciarse para

volver a encontrar, reunir y conservar todo aquello que puede restituírnos la historia de ese país, que es como el surco en donde se han nutrido las raíces de la cultura occidental.

Cuatro mil años de historia en un museo de 400 kilómetros

Más de 4.000 años de existencia, en vestigios que yacen sobre orillas estrechas y casi desérticas, restos de una civilización para pueblos que recibieron gradualmente una cultura armoniosa, gracias a sus contactos con los egipcios del norte: esto es lo que representa Nubia. Pero, también significa para la metrópoli una aportación exótica, un enriquecimiento seguro, mediante el comercio con las regiones meridionales. Nubia era un depósito de artesanos hábiles en los oficios de la orfebrería y la ebanistería, de soldados y funcionarios activos y probos y aun, en ocasiones, de notables hombres de Estado, influyentes en el «Nuevo Reino». El poder de éstos en el siglo XIV antes de nuestra Era aumentó hasta el punto de contribuir a que nuevas dinastías se adueñaran del trono de los Faraones.

La evocación del pasado es inmensa para quien boga



por las aguas del Nilo, en la estación estival que permite al viajero contemplar todo aquello que subsiste aun, respetado por los siglos. Tal evocación no puede ser en orden estrictamente cronológico, pero la visión resulta más atractiva por lo mismo, ya que tal peregrinaje por los mundos del pasado se realiza sin intervención de la máquina de explorar el tiempo —prometida para el mundo futuro— sino del genial mecanismo que Champollión nos ha dejado en herencia.

Pasada la primera catarata, aparece la isla de Filae enteramente irisada, ceñida por una onda de reflejos azules y rosados, como una gran ave acuática. Al dar la vuelta a la isla, en torno de la columnata de capiteles múltiples, creación de un arte helenizado en medio de un conjunto faraónico del tiempo de los emperadores romanos, y al observar el primer pilón gigantesco del templo, cuya mole occidental se encuentra perforada por la puerta del «mammisi» donde Isis la Grande dió a luz al dios Horus, el viajero no puede dejar de evocar las peregrinaciones de la «diosa madre» por excelencia, cuyo culto alcanzó las riberas del brumoso Occidente y se implantó hasta en los santuarios de los Nautas de Luceia.

La Baja Nubia, en ese sitio, es más árida con riberas peñascosas, desnudas casi enteramente de vegetación. Se diría las riberas del infierno, entre las cuales corre un río

irreal. Por allí se entra en el interior del Africa. Surge el pequeño pabellón de Kertassi, cuyo «traslado» no causará muchas dificultades, ya que se halla en las cercanías de las famosas canteras. La pared del fondo se halla recubierta de inscripciones en griego y de bustos tallados en la misma roca, todo ello de la época en que esas piedras fueron extraídas para la construcción de los templos de Filae. También existen otros vestigios más tardíos, que será menester arrancar excavando las paredes y que no deben desaparecer. En la vecindad, se encuentra el templo grecorromano de Dabot.

En invierno, todas estas obras se sumergen, así como también las pequeñas capillas construidas en la región en donde el cauce del Nilo se estrecha, antes de que las rocas, violáceas de un lado y amarillentas de otro, formen lo que los egipcios llaman «Bab Kalabcha» o la Puerta de las Manecillas. Después de este paso, la Nubia comienza a ser más verde y angosta, casi una faja de tierra fértil, introducida en el límite del desierto, en donde Augusto hizo reedificar el mayor templo romano de Nubia después del de Filae, en el estilo de los monumentos faraónicos: el templo de Kalabcha. Esta obra se encuentra casi intacta, rodeada de santuarios y con sus muros interiores recubiertos de figuras religiosas, entre las que prevalecen las imágenes del joven dios Mandulis —forma que los nubios dieron a Horus— y de la diosa Ouadjet, una Isis renovada y vibrante de frescura.

Los ínfimos detalles de estos monumentos aportan, con frecuencia, una enseñanza trascendental. Así, por ejemplo, un exvoto de peregrino —simple imagen toscamente grabada, al pie de una columna, que muestra las formas populares de adoración al dios local— ha permitido recientemente identificar un objeto del tesoro de los jefes Blemis de Gustal que aterrorizaban a los pueblos nubios en la época del cristianismo. Esta imagen prueba que esas rudas tribus veneraban ciertas formas bastardas de algunos dioses antiguos de Egipto, mucho después de la desaparición oficial de la religión faraónica.

Hombres, animales y plantas del llamado "país del oro"

Kalabcha es un templo que no debe perecer y que se puede transportar piedra por piedra. Igual cosa se puede hacer con el pequeño santuario vecino de Bet el-Ouali, aunque el problema es diferente, ya que se trata de una obra cavada enteramente en la roca de la más alta escarpa, en el tiempo de Ramsés II. Habrá necesidad de cortar la piedra y extraer los paneles esculpidos de la montaña, operación que los especialistas aseguran realizable. Aunque los colores del vestíbulo desaparecen en los muros laterales, las figuras en relieve subsisten casi intactas, y por ellas conocemos las actividades militares en las regiones del norte y algunas escenas extraordinariamente ricas en detalles del país de Nubia.

En un relieve se representa una aldea, cerca de la cual los carros del Faraón marchan a restablecer el orden amenazado. Más allá, las tribus sometidas portan los tributos del país de Nubia al jefe indiscutido de todo el Nilo hasta la cuarta catarata. Junto a los sacos de oro se ven plumas de avestruz, colmillos de elefante, maderas de ébano, pieles de felino y algunos animales domesticados que se conducen atados con cuerdas. También se ven obras de los artífices nubios que trabajaban para la corte y entregaban al Faraón muebles del más puro estilo egipcio y piezas suntuosas de orfebrería que evocaban con primor minucioso algunas escenas de la existencia de los hombres, de los animales y las plantas en el «país del oro». En el interior del santuario, los muros lucen pinturas religiosas que guardan aun su frescura primigenia.

Hacia el sur, más allá del Trópico de Cáncer, se levanta Dendur, pequeño templo que domina el Nilo, precedido por una terraza, un embarcadero y una puerta monumental. El templo está dedicado a dos personajes ahogados y divinizados, cuyo culto fué practicado aún por el Emperador Augusto. Como casi todos los santuarios de Nubia, Dendur fué cristianizado por los coptos. El Gobierno de Egipto se propone hacer donación de este santuario como compensación de la ayuda extranjera.

Sobre la escarpa, entre dos «ouadis», otro santuario —Gerb Husein— protegido por colosos aterradores domina el río. En la época de Ramsés II en que fué construido, debió infundir respeto a las poblaciones vecinas. Más lejos,

Ramsés ha poblado de templos las largas riberas del Nilo

se levanta un templo reconstruido por Ergamenes, rey de Nubia, bajo la dominación de Tolomeo IV, sobre los vestigios de un santuario mucho más antiguo. Este templo, situado en una vasta llanura, fué dedicado a Thot, dios del lenguaje y de los escribas.

En la frontera del imperio que organizaron los griegos en la Baja Nubia, se encuentra el templo de Dakka. Sus relieves son seductores y sus enseñanzas abundan en nuevos detalles. Este santuario puede asimismo ser transportado piedra por piedra, lo que no sucede con el templo de Ouadi —es— Sebua, erigido en una curva del Nilo y que se destaca sobre un fondo de montes azulados como un paisaje de lago alpino. Este es el único santuario de Nubia que posee aun su «dromos», o avenida sacra, custodiada por una doble hilera de esfinges. Cavado parcialmente en la roca, Ouadi —es— Sebua fué transformado con el tiempo en iglesia cristiana. Los vestigios de esta última época son muy importantes. Las pinturas cristianas allí ejecutadas muestran un estilo poderoso, de inspiración a veces bizantina. En el fondo del santuario, las imágenes del fundador Ramsés II ofrendan aun grandes ramos de flores a la divinidad; pero las figuras cristianas han recubierto las del dios Amón y, en lugar de éste, se levanta un San Pedro con la clásica llave del cielo.

Más al norte, las excavaciones han sacado a la luz una de las numerosas ciudades de la Nubia medieval, conservada sobre la escarpa: Ikhmindí, ceñida por un muro de piedra, con calles interiores cubiertas y una iglesia en medio de las viviendas. Fuera de la ciudad, en el recinto de otra capilla cristiana se ha descubierto el año pasado una piedra sillar donde se encuentra grabada su fundación, con el nombre del gobernador y las razones de la construcción de la ciudad fortificada para amparar a los pobladores y a los rebaños contra los ataques de los Blemis, adversarios temibles de ese mundo cristianizado que recibía las órdenes de Bizancio. En la piedra sillar se

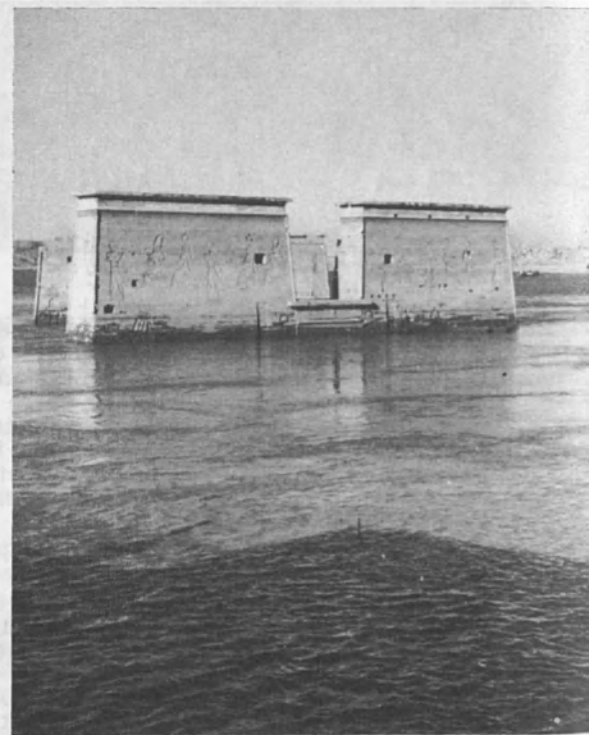
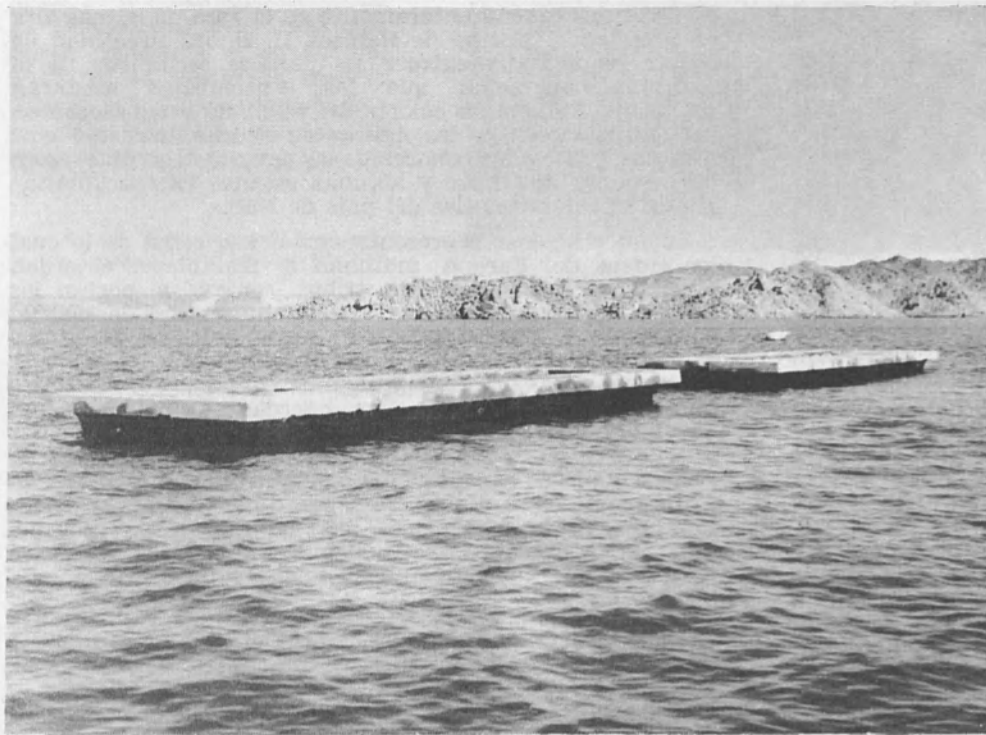
leen asimismo los nombres de los arquitectos griegos que construyeron la capilla.

El viajero tendría que detenerse en cada kilómetro para admirar las antiguas necrópolis, los vestigios de aglomeraciones, las capillas y las incontables inscripciones sobre las rocas, testigos de las devociones locales y del paso de los ejércitos de los faraones del Antiguo Imperio o de los mercenarios griegos que atravesaron Nubia desde el siglo VII antes de la Era Cristiana. En Kouban existe todavía una estela que marca un pozo de agua destinado a saciar la sed de los soldados de los faraones. En los alrededores se ven las ruinas de la gran fortaleza de adobes del Imperio Medio, los vestigios del templo y, finalmente, la entrada del Ouadi Allaquí que conduce a las minas de oro, cuyas paredes rocosas se hallan cubiertas de inscripciones.

¿Se hallarán los palacios suntuosos de los virreyes?

Del sitio verdeante de Korosco partían las caravanas hacia Abu Hamiz, en el Sudán. En su itinerario se encuentra el pequeño templo de Amada cuya antigüedad remonta a comienzos del Nuevo Reino (Thoutmosis III y Amenofis II). Sus relieves son de una exquisita belleza y sus dos estelas monumentales poseen una indiscutible importancia histórica. Allí se llegan a conocer entre otras cosas, las hazañas del Rey Atleta Amenofis (una prefiguración egipcia de Hércules) en Siria y en Nubia. Este pequeño templo recibirá, entre los primeros, la atención cuidadosa de los arquitectos encargados de «trasladar» los más hermosos santuarios.

El gran templo de Derr, casi enteramente cavado en la roca, se yergue en la orilla derecha del Nilo. Esta es obra igualmente de Ramsés II, dedicada al tercer dios del



Unesco Raccan.

NUEVA AMENAZA SOBRE FILAE. Paradojalmente, después de la construcción de la Gran Presa de Asuán, los santuarios y monumentos de la Isla de Filae que se encontrarán en su mayor parte fuera del agua todo el año, estarán amenazados de un peligro de destrucción más grave que ahora. La isla permanece bajo las aguas del Nilo casi todo el año,

con excepción de un breve período de tres meses. Cuando se termine la Gran Presa, la isla quedará entre ésta y la antigua presa de Asuán (ver pag. 45). La mayor parte de los monumentos de la isla emergerán durante todo el año, aunque su base estará sumergida; pero, el peligro será mayor ya que se producirá, varias veces por día, un flujo y reflujo de las aguas,

imperio: Ra. El Gobierno de Egipto ha destinado las esculturas que engalanan sus murallas a los museos de los países extranjeros que colaborarán en la salvación de los monumentos de Nubia.

La ciudad de Aniba, en una vasta llanura, es hoy como ayer la capital de Nubia. En la antigüedad llevaba el nombre de Miam. Ninguna ciudad evoca mayormente los fastos de los palacios de los virreyes de Nubia, grandes señores, casi independientes, que poseían sus tumbas principales en Tebas, capital del imperio. Una de esas tumbas —la de Huy— construida en el reinado de Tutankamon, evoca en las pinturas de su capilla funeraria la investidura del virrey, la entrega del sello real que le confería todos los poderes, el desfile de las princesas nubias con sus vestidos de damas de la corte y, finalmente, el homenaje de los grandes jefes de Aniba. Entre ellos, el príncipe nubio Heka Nefer, cubierto con una piel de felino y luciendo en la cabeza un penacho de plumas de avestruz se inclina ceremoniosamente ante el virrey.

Otras inscripciones, dispersas en Nubia y en Egipto, así como diversos documentos de varia índole, permiten reconstruir una parte de la historia de este jefe y comprender mejor la casta a que pertenecía. Hijo de un príncipe rebelde, fué conducido al palacio real durante una revuelta reprimida por los oficiales del Faraón. En su calidad de joven príncipe nubio, fué admitido en la escuela de la familia real. Amigo luego de los hijos del rey, compartió su educación, sus juegos y su formación deportiva y militar. Ya nutrido de la cultura refinada de la metrópoli egipcia, regresó a su cálida Nubia a desempeñar el papel de jefe transformado por la civilización de los faraones. Había vuelto no obstante a vestir el traje indígena con el que se presentaba al virrey. Quizás un día, antes de la desaparición de Nubia, las excavaciones descubrirán algunos restos de su palacio y de su tumba, ocultos en un valle de la cordillera líbica.

Dominando la vasta llanura, al sur de la capital, se recorta el inmenso peñasco de Ibrim que, desde los tiempos más remotos, sostiene la fortaleza mayor de esa región. A sus pies, sobre el Nilo, se ven los santuarios cavados en la roca, algunos de los cuales conservan todavía sus pinturas ejecutadas en tiempos del Nuevo Reino. Entre la multitud de ruinas, cerca de las del templo faraónico, se admira una iglesia que fué transformada en mezquita y en la cual se mantuvo una guarnición militar hasta el siglo XIX.

Al abandonar los santuarios que bordean las riberas del Nilo y los grafitos que remontan a la prehistoria y cuya belleza compite con la del «abrigo bajo la roca» de Ouadi-es-Sebua —en donde galopan rebaños de jirafas y elefantes y bandadas de ibis y avestruces— se penetra en el Nilo meridional que se ensancha al acercarse a las fuentes. A 360 kilómetros delante de la primera catarata, lejos de Tebas, ciudad oficial del Dios Amón y más lejos aun de la capital que Ramsés escogió en el Delta oriental, aparecen las construcciones grandiosas de Abu Simbel, aproximadamente a la altura de las canteras de diorita, donde los obreros de Khefrén iban a buscar, a comienzos del Antiguo Imperio, las grandes piedras para tallar en ellas las imágenes eternas destinadas al templo de su pirámide.

Este es uno de los altos en la historia de la humanidad, que eclipsa con su majestad los otros santuarios que lo rodean, ricos sin embargo en el sentido de su mensaje: las grutas de Abu Oda y de Jebel Chams, cavadas por mandato de los últimos reyes de la XVIII dinastía (hacia el año 1340 antes de nuestra Era). Una de ellas, transformada en iglesia, muestra aun las más antiguas escrituras nubias del Egipto cristiano.

De la roca de granito rosa baja un río de arena dorada

Los dos templos rupestres de Abu Simbel se encuentran situados a ambos lados de una corriente de arena dorada que desciende de un círculo formado por rocas arcillosas de color rosado. El faraón Ramsés II sembró las riberas de Nubia de una infinidad de templos cada uno dedicado a un dios del imperio. En Abu Simbel, reunió a la vez los tres grandes dioses y su propia imagen, elevada al rango divino. Ramsés quiso ser un dios entre los otros mitológicos para imponer el culto del rey-sol, esposo de una diosa convertida en mujer, la encantadora Nefertari, a la que le dedicó un templo al norte de su propio santuario, identificándola con Hator, soberana de esos lugares.

Los cuatro colosos que custodian la fachada del gran templo tienen una altura de más de veinte metros. Su semblante presenta una expresión de armonía y de-

SIGUE A LA VUELTA



Unesco-Laurenza



Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo, El Cairo

hasta cuatro metros de altura, lo que minará los cimientos de los templos. Al cabo de cierto tiempo, los monumentos se derrumbarán. Para proteger la isla sagrada, se intenta construir en torno de ella varios diques apoyados sobre las islas vecinas y crear un lago artificial en medio del cual emergerá de manera permanente la isla de Filae. La foto de la

izquierda, tomada en enero, marca el punto culminante de la sumersión: solo se ven las partes superiores del templo de Isis. La foto central, tomada en el período intermedio, muestra el templo y el pabellón de Trajano (izquierda) saliendo solamente en parte de las aguas. La fotografía de la derecha representa la isla de Filae completamente fuera del agua.

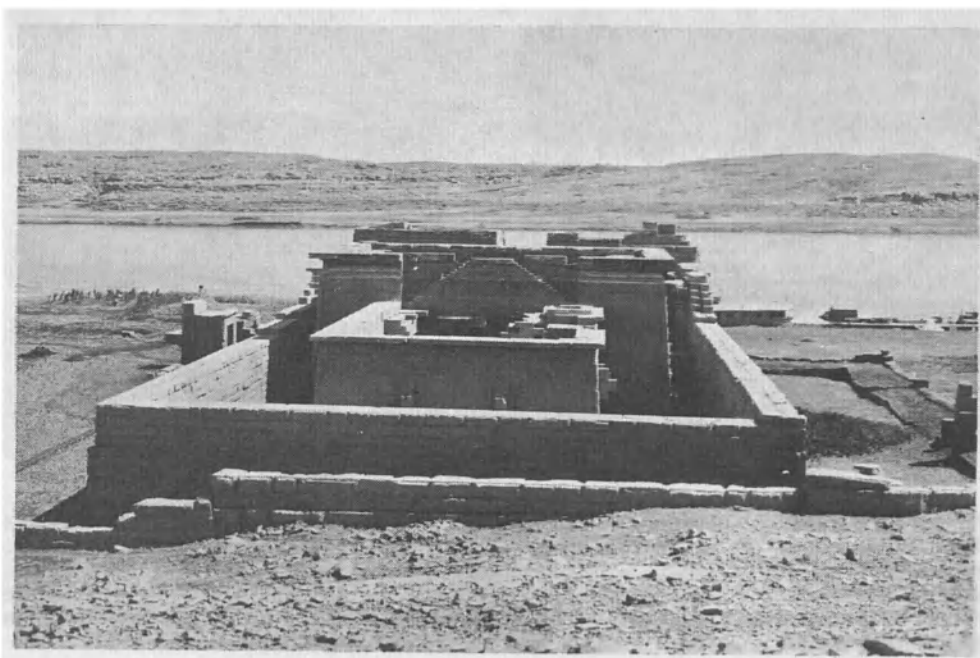
Las estatuas colosales, un himno a la perfección

licadeza que hacen olvidar la pesadez voluntaria de sus cuerpos y el volúmen de ese pilón fantástico tallado en la roca viva. Nefertari parece revivir sobre el muro de su pequeño templo y caminar con paso radioso de feminidad hacia su destino eterno. Imposible describir con pocas palabras la importancia de ese «Templo de los Templos», la pureza de los relieves interiores del santuario, las imágenes de la reina adolescente rodeada de diosas esbeltas y que se desprende de ellas como una Venus que sale de las ondas.

Sobre los muros del Gran Templo, las escenas históricas, las inscripciones reales, las pinturas de un arte de tendencias nuevas preceden las escenas religiosas —ricas de enseñanzas— que conducen hacia el santuario interior, en donde cuatro figuras esculpidas representan otra vez al faraón en compañía de los dioses, sus iguales. Las inscripciones de todos los muros se refieren más al monarca que a los entes divinos. Así, la política y la diplomacia prevalecen sobre la plegaria en el recinto de Ramsés.

Todo, en el primer vestíbulo —desde las inscripciones hasta los pilares osiriacos—, evoca las innovaciones del gran rey y señala un momento culminante en la historia de Egipto. Por ejemplo, la «estela del casamiento», obra que Ramsés hizo esculpir al sur de la terraza y que presenta ahora una superficie «granizada» por las arenas milenarias, es un epílogo de las luchas seculares entre dos pueblos, cuya alianza ulterior no fué nunca más quebrantada. En esa estela se relata la historia de la princesa hitita, que inspiró en nuestra época a Leconte de Lisle uno de sus «Poemas Bárbaros». En el relieve se ve a la princesa, Nefereu-Ra, a la que salió a encontrar el rey en pleno invierno, fuera de las fronteras septentrionales de su reino, esperándola en su castillo fortificado. La aparición del rey-sol produjo un milagro, y, de las brumas que recubrían la tierra, surgió el astro luminoso que comenzó a calentar la tierra: el veranillo de San Martín se manifestaba gracias al hijo de Ra, y la princesa recibió el nombre de «Maat Hor Nefereu Ra», o sea «Aquella que ve a Horus, esplendor del Sol».

Los dos templos de Abu Simbel, protegidos por la hondonada benigna en que se hallan y conservados en la roca demasiado permeable que podría ser destruida por las aguas, deben permanecer en su sitio, frente al horizonte oriental para que el fulgor del sol haga despertar cada mañana a los cuatro colosos sobrehumanos que desafían desde hace siglos a las fuerzas destructoras como un himno supremo a la perfección.



LA DIOSA DE «PLUMAJE DE BUITRE». Esta diosa (foto de arriba) es una de las seis figuras gigantescas, de puro estilo grecorromano, representadas sobre la parte exterior del muro posterior del gran templo de Kalabcha. Lleva un peluca recubierta de un «plumaje de buitres», símbolo de las diosas-madres. Las reinas de Egipto lucían con frecuencia este adorno sobre su peinado, y Cleopatra siguió la tradición. El templo de Kalabcha, (izquierda) reconstruido en la época romana sobre los restos de un santuario del siglo XV antes de J.C., es el más grande de Nubia, después del de Abu Simbel. En sus muros se admiran hermosos bajos relieves. Como todos los templos de esa región, el de Kalabcha permanece nueve meses por año bajo las aguas. No se le podrá salvar sino desmontándolo y trasladándolo a otro sitio.

Las tierras sedientas



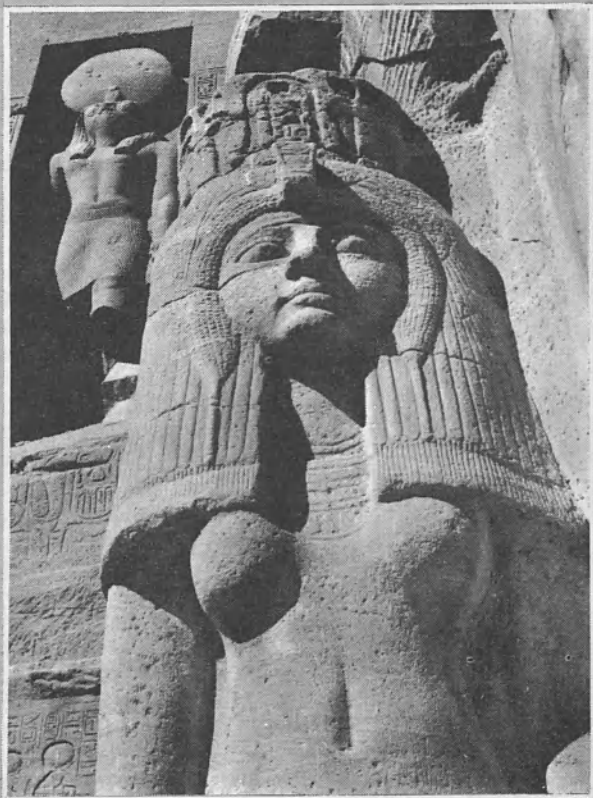
Fotos © Albert Raccah



En estas dos fotos se resume el drama de Egipto : Con el fin de suministrar a las tierras áridas el agua que necesitan para alimentar a una población siempre en aumento ¿hay que sacrificar los templos, santuarios y monumentos de Nubia que representan uno de los esfuerzos más ciclópeos del hombre, sin paralelo en varios siglos de historia? La Unesco, negándose a aceptar este dilema ha iniciado un movimiento de solidaridad internacional para que el Egipto pueda vivir sin que perezcan por ello los prodigiosos tesoros de Nubia. La foto de arriba muestra el sitio de la futura gran presa de Asuán, en la estación seca. La tierra acarreada por la crecida del Nilo se halla agrietada por la sequía. A poca distancia de la futura obra de contención del río se encuentra Filae, la isla sagrada. Sobre la foto de la izquierda, la columnata del patio del templo dedicado al culto de Isis. Bajo esa columnata —«Mammisi», o sea «casa del nacimiento»— la diosa-madre debía dar a luz a su hijo Horus. Los capiteles son característicos de la época grecorromana.



PAREJA REAL. — Los dos templos de Abu Simbel están recubiertos de retratos de Ramsés II y la seductora reina Nefertari, a quien él consagró el Pequeño Templo. Arriba, una representación del Faraón sobre un muro interior del Templo de Nefertari. Abajo, una estatua de la reina Nefertari al pie de unas de las cuatro figuras colosales de Ramsés II esculpidas sobre la fachada del Gran Templo. Fotos Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo, El Cairo.



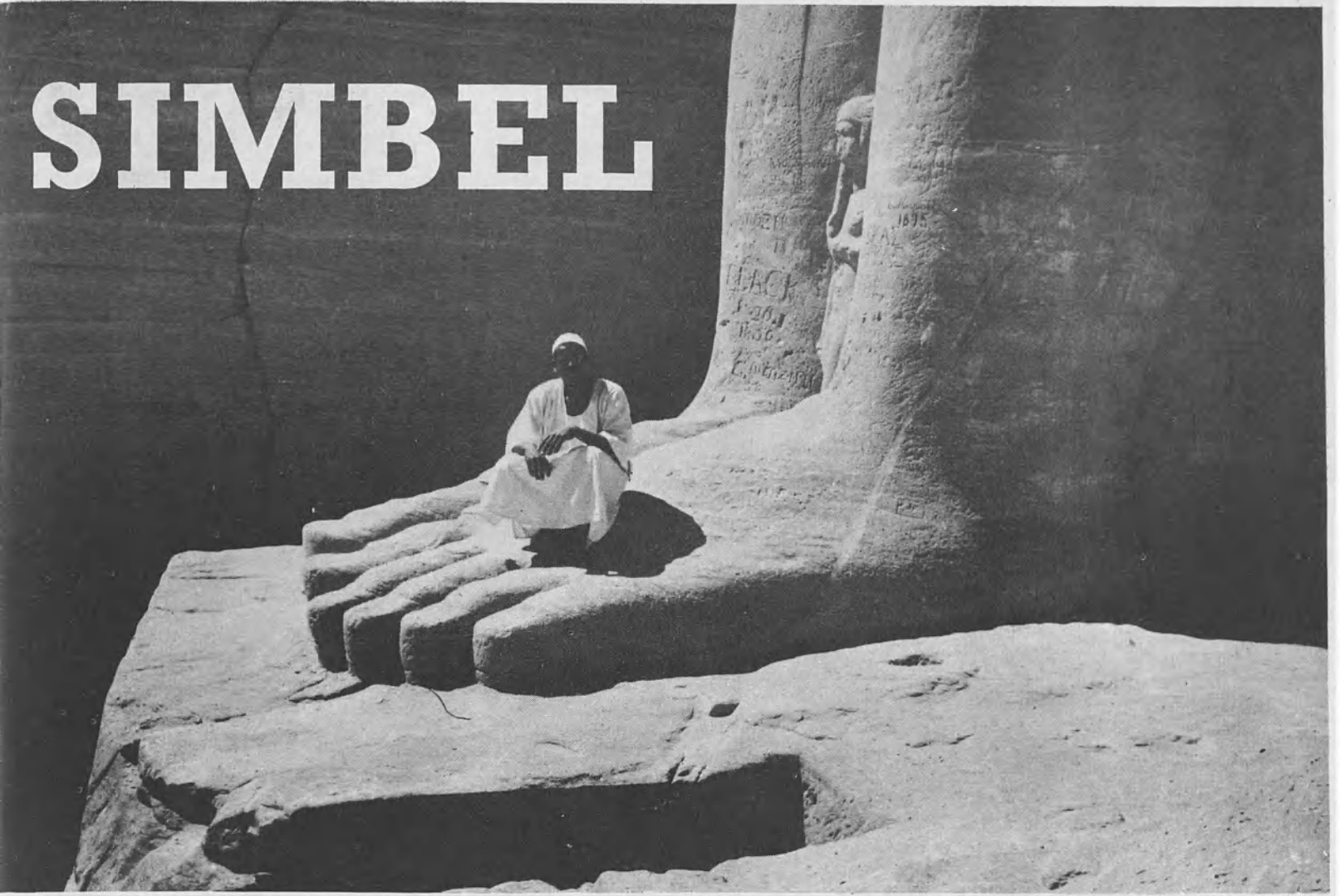
ABU

alianza de lo grandioso y de lo bello

Ramsés II fué el más grande de los constructores entre los faraones de Egipto. El gran conjunto de Abu Simbel, labrado en el interior de la roca es su obra arquitectónica más gloriosa por sus proporciones monumentales. El Gran Templo (derecha) mide 36 metros de alto y 42 de ancho. En la fachada, cuatro colosos de más de veinte metros de alto, con la figura del Faraón miran desde el acantilado el correr majestuoso del Nilo. Arriba, a la derecha, el detalle de un pie gigantesco de uno de esos colosos. La relación de tamaño está indicada por la figura humana. Entre los pies de cada una de las estatuas se ve tallado un hijo de Ramsés.

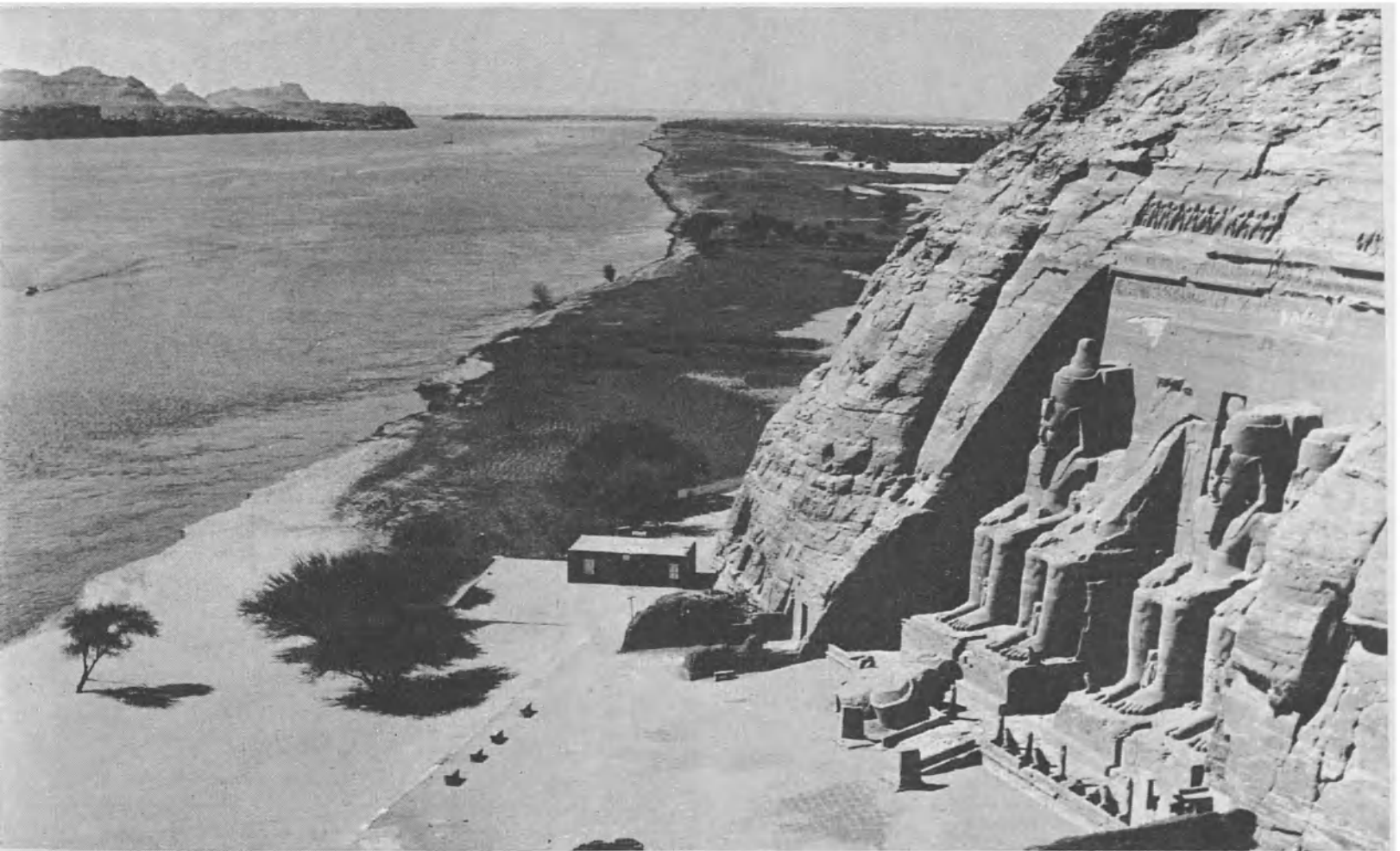
SIGUE EN LAS PAGS. 18 A 22

SIMBEL



Unesco-Laurenza.

Unesco-Mariani



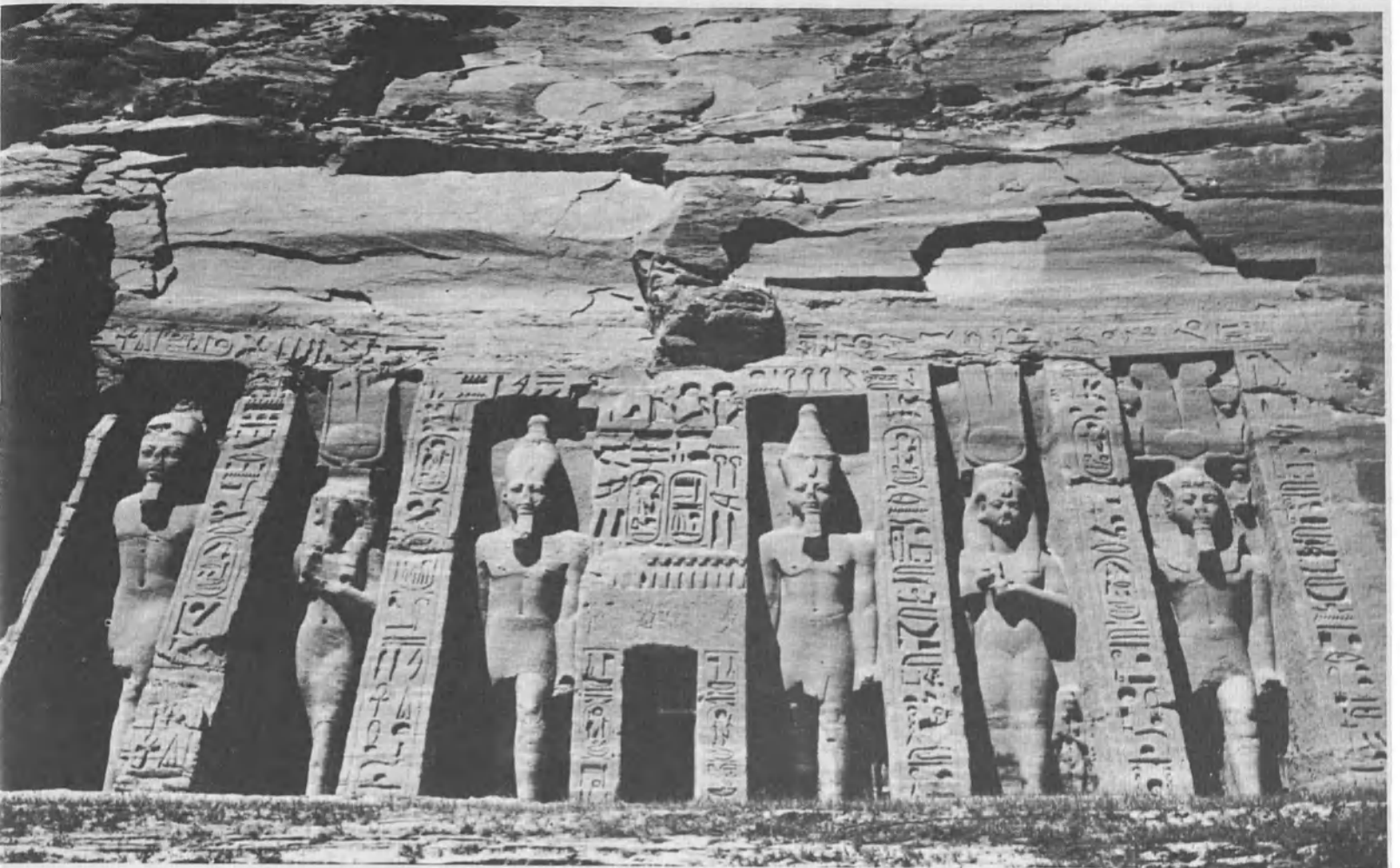


Unesco-Laurenza



LO DECÍAN CON FLORES HACE TRES MIL AÑOS

Durante más de tres mil años, las seis poderosas figuras (en lo alto a la derecha) han custodiado la entrada del Templo de Nefertari, en Abu Simbel. Dos esculturas que representan a la reina Nefertari están de pie entre las de su esposo Ramsés II. En los muros interiores del templo -dedicado al mismo tiempo a Hator, diosa del amor y de la belleza- se ven las figuras en relieve de la joven reina (derecha) y de Ramsés II (extrema derecha) ofrendando flores de papiro. La cabeza esculpida en el sistro agitado por la mano de la reina simboliza a Hator, que aparece asimismo en el detalle de un pilar (arriba). Las dos cabezas colosales (en la parte superior de la página) que adornan la fachada del Gran Templo miden cuatro metros de oreja a oreja. La medida de la boca es de 1 metro 10.



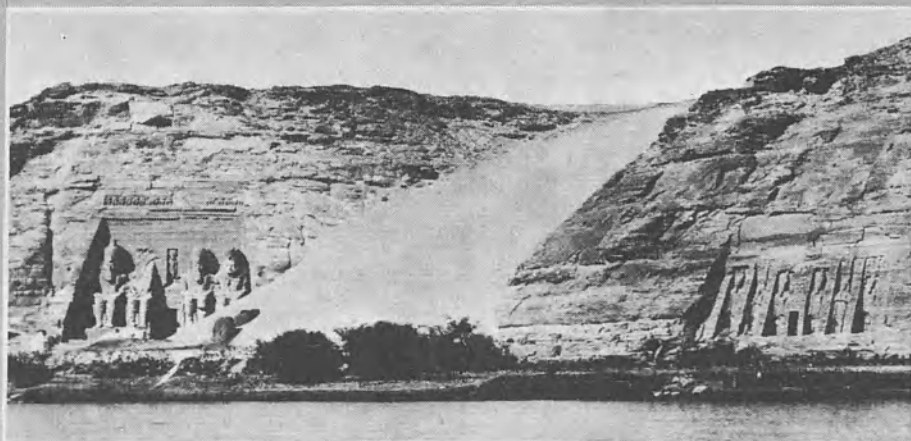
Centro de Documentación sobre el Egipto antiguo, El Cairo



UN PUEBLO DE COLOSOS SURGIDO DE LAS ARENAS

por Luis A. Christophe

Miembro del Instituto de Egipto, El Cairo

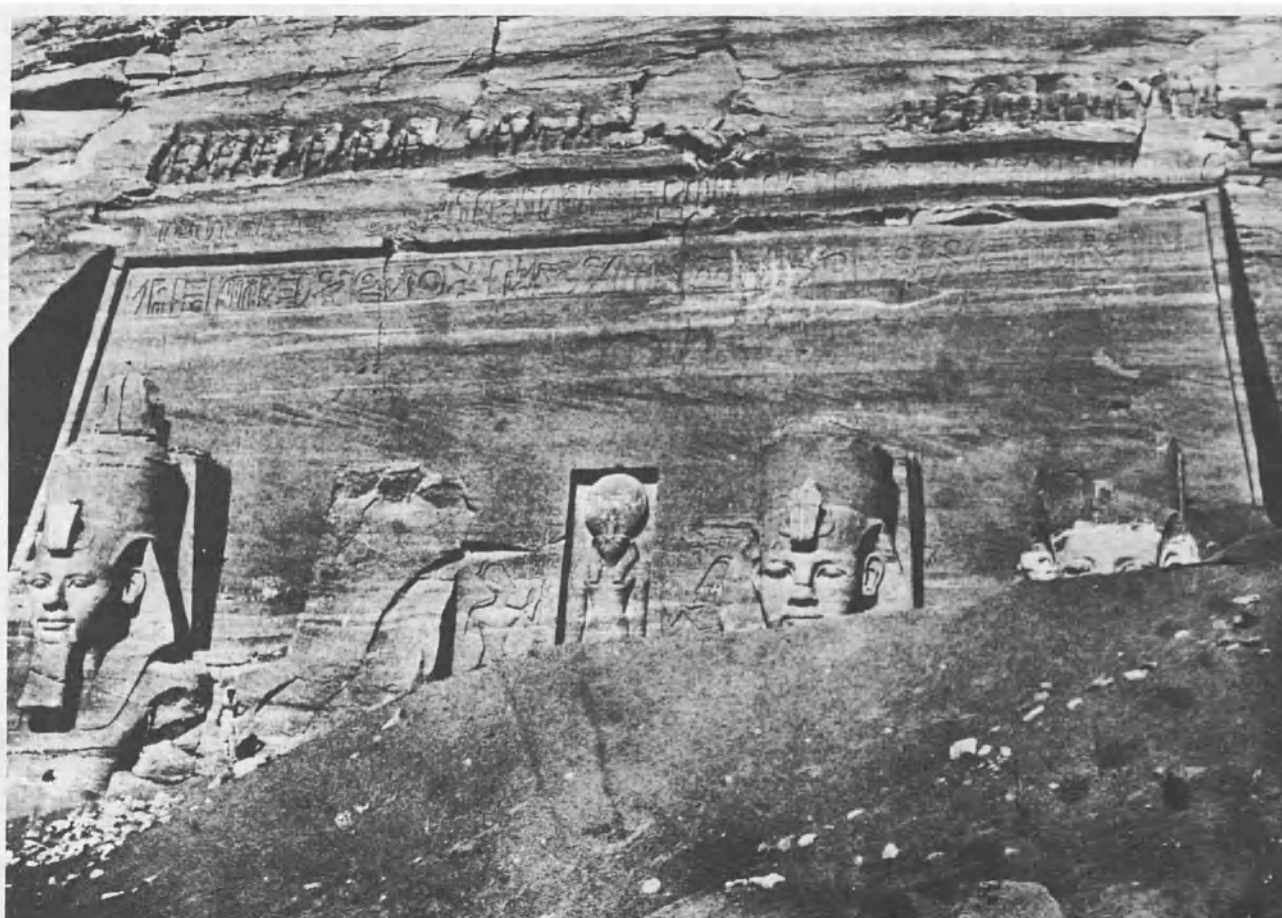


Fotos Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo, El Cairo

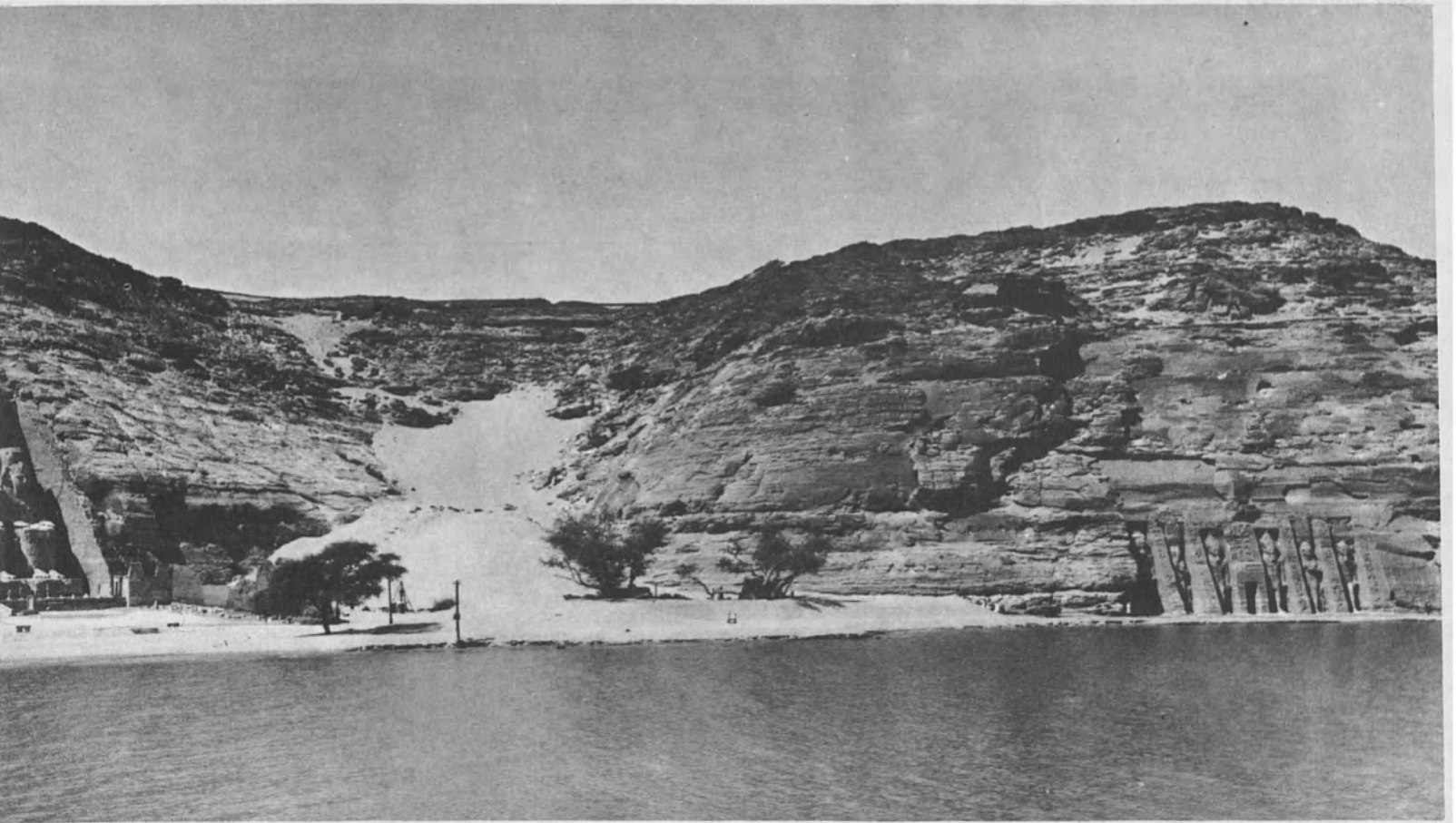


“Es como la Catedral de Nuestra Señora de París tallada en un solo bloque de piedra...” escribió Máximo du Camp refiriéndose a Abu Simbel en su libro “El Nilo” en que narra su viaje al Egipto y Nubia, en compañía de Gustavo Flaubert, a

riéndose a Abu Simbel en su libro “El Nilo” en que narra su viaje al Egipto y Nubia, en compañía de Gustavo Flaubert, a



PRIMERA FOTO : 1850. La primera imagen fotográfica del Gran Templo de Abu Simbel es un daguerrotipo de 1850 debido a Máximo du Camp. La fachada estaba oculta en parte, por motivo de que la corriente de arena que se ve en medio de la foto de arriba era más voluminosa en esa época, y se amontonaba sobre las estatuas colosales de Ramsés II. La fachada del templo estaba completamente sepultada en el arenal en 1817, cuando el italiano Belzoni “inventor del templo” escribía : “Acumulada por los vientos durante siglos, esa masa de arena había formado una inmensa cúpula, y toda la población del país no habría bastado para retirarla y echarla al río, aún trabajando un año entero.” En esa época no se sabía si las estatuas representaban figuras de pie o sentadas.



mediados del siglo pasado. Arriba, la primera foto panorámica de Abu Simbel tomada en 1905, que muestra el gran "río

de arena", procedente del desierto. A la derecha, vista de la fachada del Gran Templo y del Templo de Nefertari (izquierda).



Un joven viajero suizo, de 28 años de edad, llamado Johann Ludwig Burckhardt llegaba en septiembre de 1812, al Cairo, con el fin de unirse a una caravana que se dirigía a Fezzan y, de allí, explorar las fuentes del Níger. En espera de llevar a cabo su proyecto, decidió hacer un viaje al Nílo para ver los monumentos del antiguo Egipto que acababan de ser revelados por la primera vez a los europeos.

En ese período inicial del siglo XIX, no les era posible a los viajeros extranjeros remontar el Nílo en barca más allá de la ciudad de Derr, a una distancia de 280 kms. al sur de Asuán, y ninguno había todavía emprendido la ardua jornada por tierra, con excepción de un inglés llamado Legh, quien en febrero de 1813 obtuvo permiso para viajar a lomo de camello hasta la fortaleza de Ibrim, situada a 30 kms. al sur de Derr.

Pero Burckhardt no era un europeo común. Había estudiado el árabe en Londres y Cambridge y había vivido algunos años en Siria, así como también en el Líbano y Palestina, bajo el disfraz de un mercador mahometano de la India, llegando a conocer tan íntimamente la lengua arábiga, la religión islámica, y los hábitos y costumbres de esos pueblos, que ganó fama de hombre sabio, tanto o más que los mismos Ulemas. Ulteriormente, el viajero suizo fué el primer europeo que llevó a cabo los ritos del peregrinaje a la Meca y adoptó el nombre de Ibrahim ibn Abdallah, conocido como el famoso «Cheikh Ibrahim».

Ya en 1813, Burckhardt decidió explorar por tierra el valle del Nílo, al sur de Derr y se dirigió a través del desierto con sus camellos, aventurándose en el Sudán hasta Dongola, más allá de la tercera catarata de Dal. En su camino hacia el sur, siguió la ribera oriental o derecha del Nílo, con una parada en Ibrim y luego en la pequeña aldea de Ferrayg, en donde preguntó por las ruinas faraónicas que se podían visitar en las cercanías. Los vecinos la señalaron un lugar llamado Ibsambul (Abu Simbel) exactamente al norte de Ferrayg, pero en la otra orilla del río, en donde existía un pequeño templo. Habría que notar que los pobladores hablaron únicamente de un templo y, hasta un año después, las gentes de Derr y de Ibrim le repitieron a otro viajero igual cosa.

En su regreso del Sudán con rumbo hacia el norte,

Burckhardt recorrió entonces la ribera occidental del Nílo para visitar los emplazamientos arqueológicos de esa región y, particularmente el Templo de Abu Simbel que nadie había descrito hasta esa fecha. El 22 de marzo de 1813 hizo alto en la meseta y, después de dejar sus camellos al cuidado de su guía nubio, descendió al barranco lleno de arena. Después de contemplar a su gusto el pequeño Templo de Nefertari, abandonó el lugar para reunirse con su compañero de viaje.

En su diario escribió: «Cuando suponía haber visto ya todas las antigüedades de Abou Simbel, y me disponía a salir del barranco arenoso de la misma manera que había descendido, al alejarme un poco hacia el sur, por casualidad mis ojos descubrieron la parte aún visible de cuatro estatuas colosales, talladas en la roca viva a una distancia de cerca de doscientos metros del templo.»

Casi completamente sepultada bajo las arenas, desde hace más de mil años, la fachada del Gran Templo de Abu Simbel —y, como lo creía Burckhardt lógicamente, un edificio cavado asimismo en la roca escarpada— venía a ocupar su lugar de primera fila como uno de los más espléndidos monumentos de la antigua arquitectura egipcia y una obra maestra en el patrimonio histórico y artístico del género humano.

Burckhardt efectuaba su viaje por cuenta de la Sociedad Africana de Londres; pero se ignora si le envió un informe escrito sobre su descubrimiento antes de regresar al Cairo en junio de 1815. Sin embargo, se sabe que el Coronel Esnest Missett Cónsul General británico en Alejandría en ese tiempo, a quien conoció Burckhardt, habló a otras personas de esos descubrimientos y despertó un vivo interés en todos los círculos. Nubia ya no era una región desconocida e inaccesible y se abrió a los viajeros intrépidos para entregar al mundo sus tesoros arqueológicos.

Muy pronto llegaron los exploradores pero se mostraron desilusionados ante las inmensas montañas de arena que cubrían la fachada o por la falta de mano de obra local para llevar a cabo los trabajos. La fachada colosal no fué libertada de su prisión de arena hasta 1817, en que se franqueó la entrada ante Giovanni Battista Belzoni —a su vez un coloso de seis pies de alto y de fuerza asombrosa quien llegó a fines de 1816 a Abu Simbel encabezando una expedición organizada y financiada por

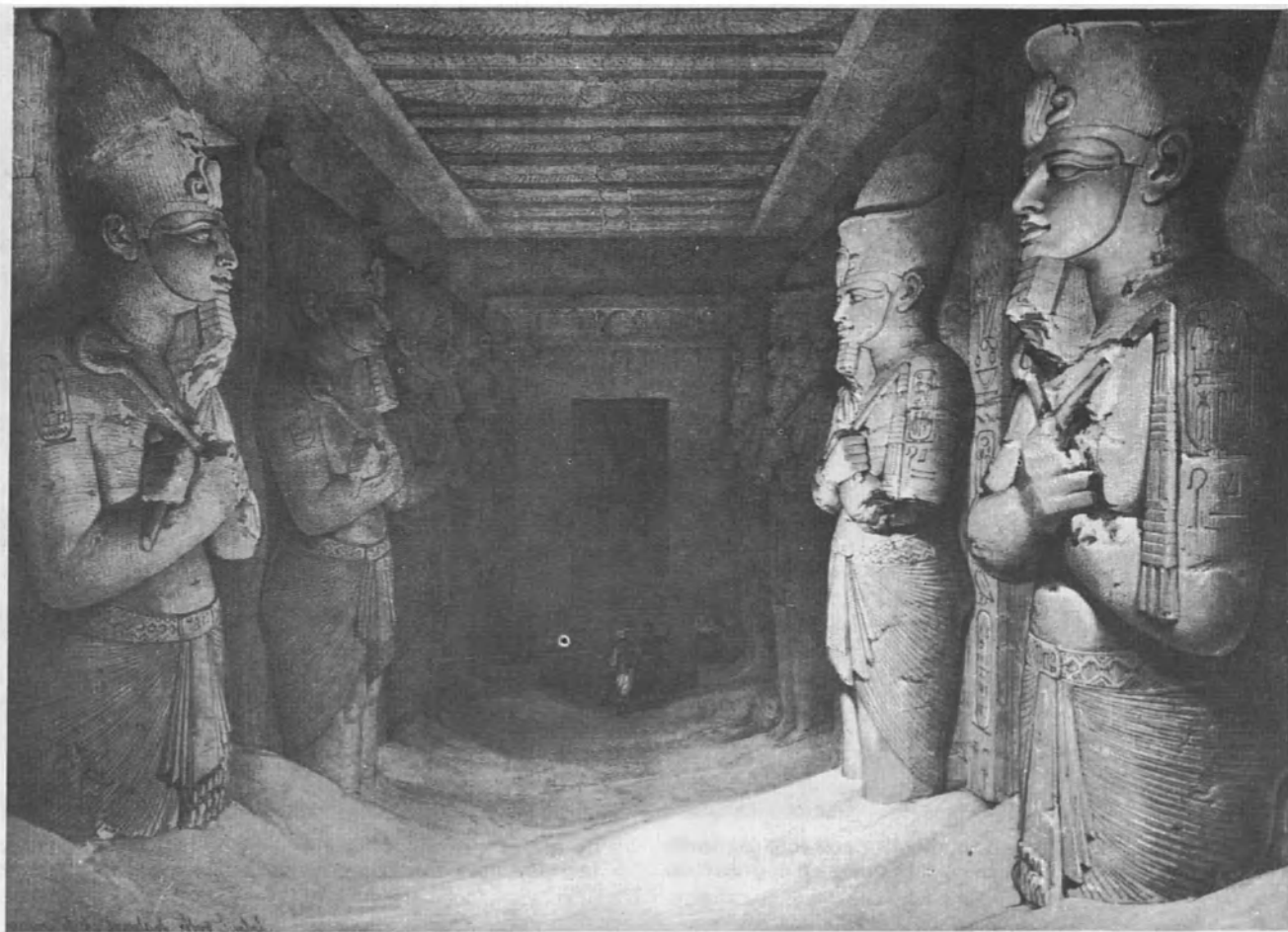


Foto Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo, El Cairo

LA ENTRAÑA DE LA ROCA LABRADA. Hace cien años no era fácil penetrar en el interior del Gran Templo. Había que deslizarse desde lo alto de los montículos de arena que obstruían la puerta y se llegaba así a una sala sostenida por ocho pilares, cada uno de los cuales sirve de apoyo a un coloso de diez metros de alto. Estos colosos, en esa época parcialmente cubiertos por la arena, son estatuas de Osiris, representado con el semblante del Faraón Ramsés II. Este grabado de 1855, está reproducido del libro "Egipto y Nubia" por David Roberts.

el nuevo Cónsul General británico, Henry Salt.

Como sus predecesores, Belzoni encontró muchas dificultades y la negativa de los pobladores a secundarle en sus trabajos. Finalmente, el Gran Templo de Abu Simbel se abrió oficialmente el 1° de agosto de 1817 en presencia de Belzoni, de H. W. Beechey —secretario de Salt— y dos capitanes de la Real Flota británica. Se habían necesitado veintidós días para retirar la arena que obstruía la entrada. En los primeros cinco días realizaron el trabajo cien indígenas que luego se negaron a proseguir. Únicamente Belzoni, Beechey, los dos oficiales de Marina, un soldado turco y un sirviente griego siguieron en la labor, trabajando diez horas por día, con un calor de 44° centígrados a la sombra. El trabajo se hacía desde el alba hasta los ocho de la mañana y desde las dos de la tarde —hora en que la montaña les daba sombra— hasta el crepúsculo. La altura de la arena retirada alcanzó a más de diez y seis metros.

Mientras consolidaban el amenazador montículo de arena, vieron con asombro salir una enorme rana del orificio que habían abierto en el ángulo superior meridional de la puerta del templo. Cuando el batracio se perdió entre las ruinas, el equipo entero se deslizó por la pequeña abertura, trepó sobre la arena que colmaba el corredor de entrada y descendió por el otro lado hasta el centro de la sala ornamentada de pilares osiriacos. A la luz de las antorchas, los cuatro hombres admiraron, entre el humo y un calor de estufa, los colosos interiores y los relieves de las salas sucesivas y después transportaron a la barca anclada en el Nilo los fragmentos de estatuas que yacían amontonados en el suelo del edificio, y que se exponen ahora en el Museo Británico.

Un problema permanecía en su integridad: ¿los colosos de la fachada estaban de pie o sentados? Durante el invierno de 1818 a 1819, una gran expedición, logró

limpiar enteramente la figura del coloso meridional y, como hubo que extraer la arena que cubría las piernas del coloso vecino, para proteger los trabajos en el sector, fueron entonces descubiertas las famosas inscripciones griegas que datan de la campaña militar de Psamético II en el país de Nubia. (Ver pág. 39.)

A partir de ese momento, diversos sabios explotaron las riquezas artísticas del edificio: Bonomi, Lane, Burton, Wilkinson, Champollion, Rosellini, Hay, Lepsius y muchos otros. En 1850, Gustavo Flaubert visitó Nubia con Máximo du Camp, quien tomó las primeras fotografías del Gran Templo.

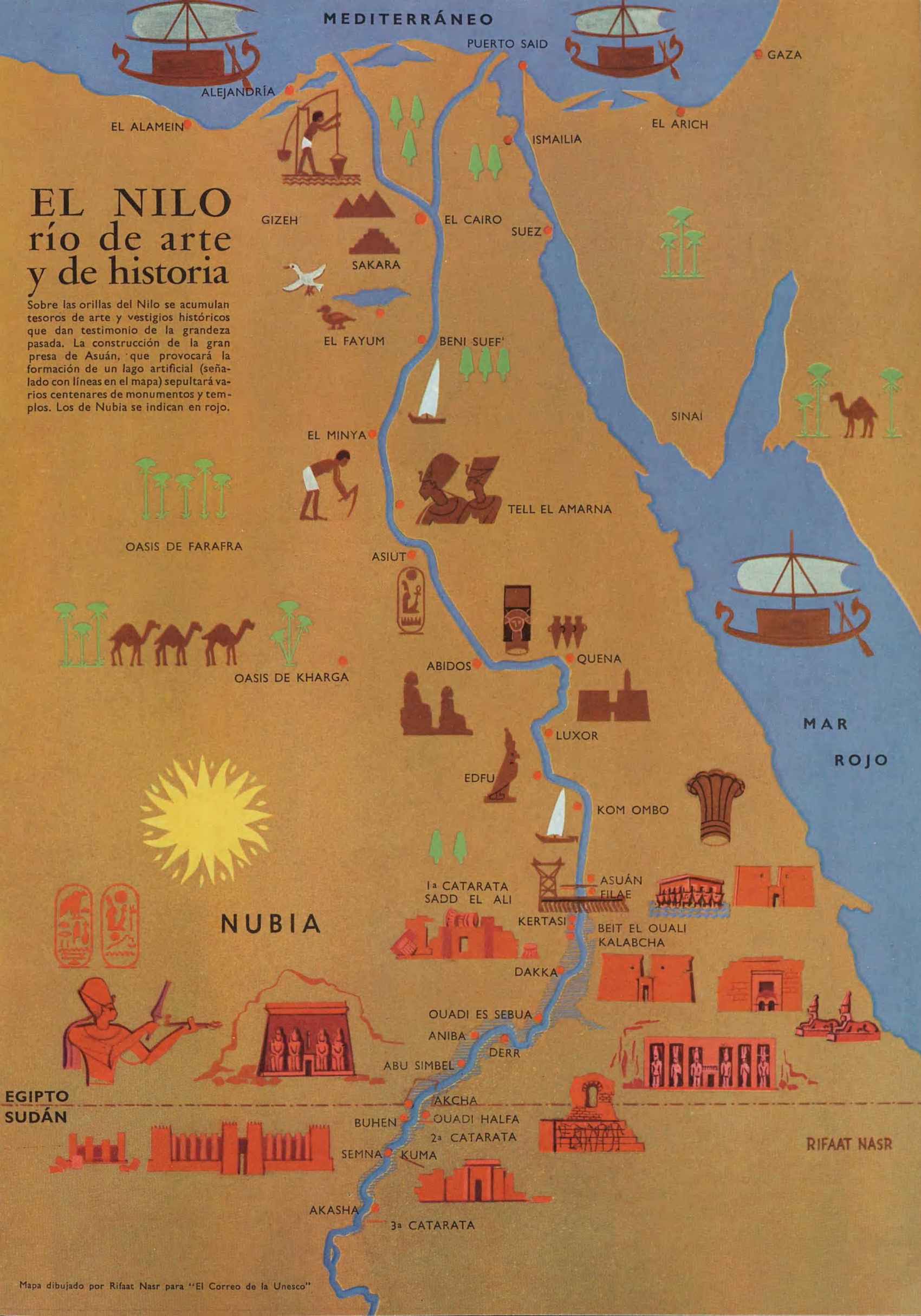
En los días en que se emprendía el primer trabajo para aumentar la altura de la presa de Asuán (1902), el sabio Gaston Maspero, en ese entonces Director General del Servicio de Antigüedades de Egipto, encargó al arquitecto Barsanti la construcción de nuevos muros para desviar la corriente de arena y reforzar la muralla que Johnson había construido en 1892 en la cúspide de la meseta desértica. Habiendo desaparecido todo peligro en 1909-1910, Barsanti se dedicó entonces a desarenar la figura total de los colosos, y la extensión de la terraza, así como el atrio y los alrededores del Templo.

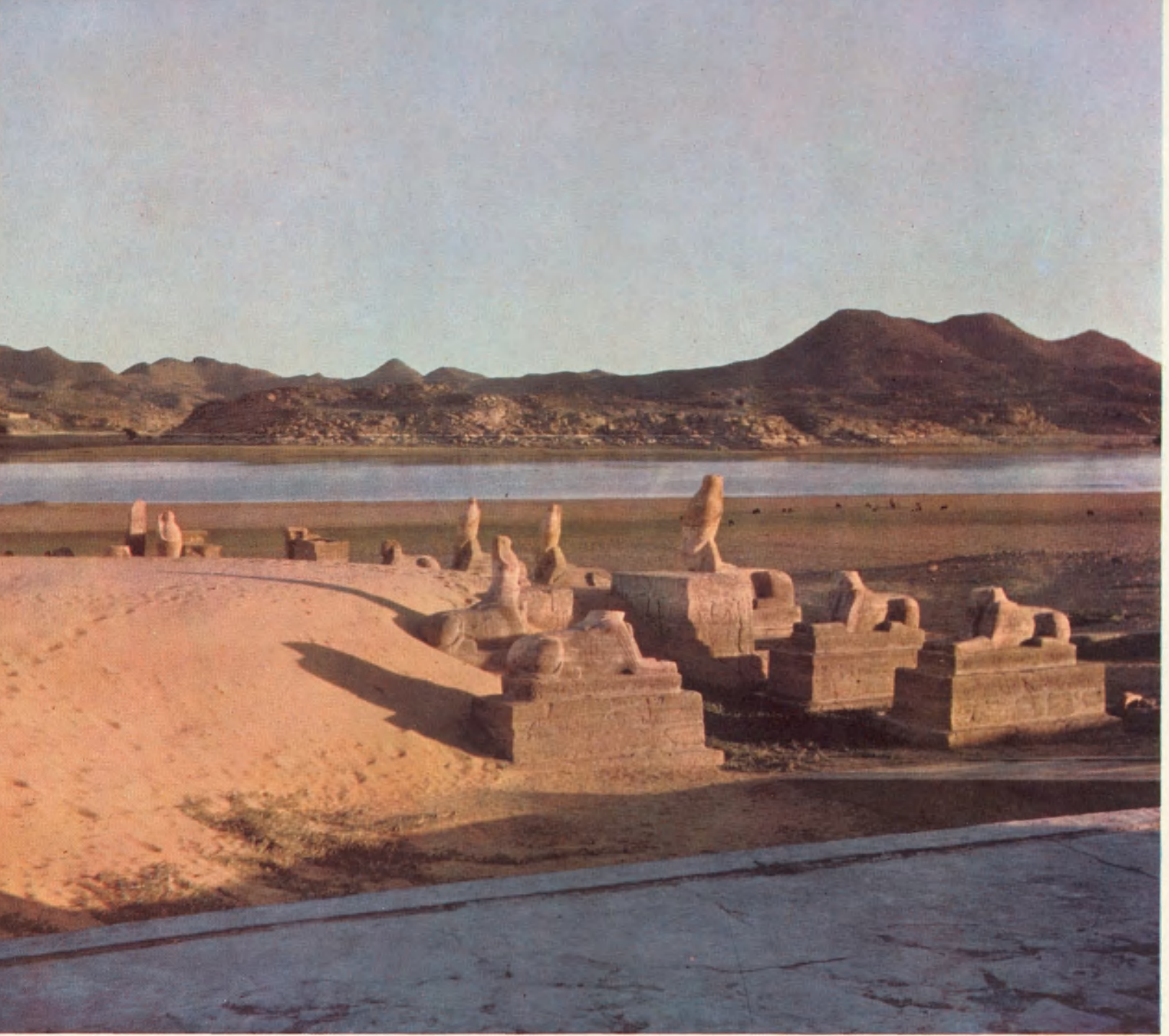
Todos esos esfuerzos sucesivos lograron entregar a la admiración deslumbrada del mundo hace apenas cincuenta años, un conjunto arquitectónico que pudo ser colocado junto a las siete maravillas del mundo, si su lejanía y su desaparición progresiva bajo la arena invasora no lo hubieran restado del patrimonio artístico de la antigüedad. De Burckhardt a Barsanti, se han sucedido los viajeros, exploradores y sabios de todas las nacionalidades que han trabajado con afán para sacar de su sudario de arena y hacer revivir una de las obras maestras más puras del arte faraónico.

MEDITERRÁNEO

EL NILO río de arte y de historia

Sobre las orillas del Nilo se acumulan tesoros de arte y vestigios históricos que dan testimonio de la grandeza pasada. La construcción de la gran presa de Asuán, que provocará la formación de un lago artificial (señalado con líneas en el mapa) sepultará varios centenares de monumentos y templos. Los de Nubia se indican en rojo.





OUADI-ES-SEBUA. Este sitio debe su nombre —“los leones” en árabe— a la avenida sagrada, constituida por una hilera de esfinges, que conduce desde el Nilo hasta el templo dedicado por Ramsés II, “el rey constructor”, al dios Amón.

DAKKA. Santuario grecorromano dedicado a Thot, dios de la escritura y de la sabiduría. Fué construido en los tiempos de Tolomeo Filadelfo por Ergamene, rey de Etiopía. Es el único templo de Nubia, cuya entrada mira hacia el norte.

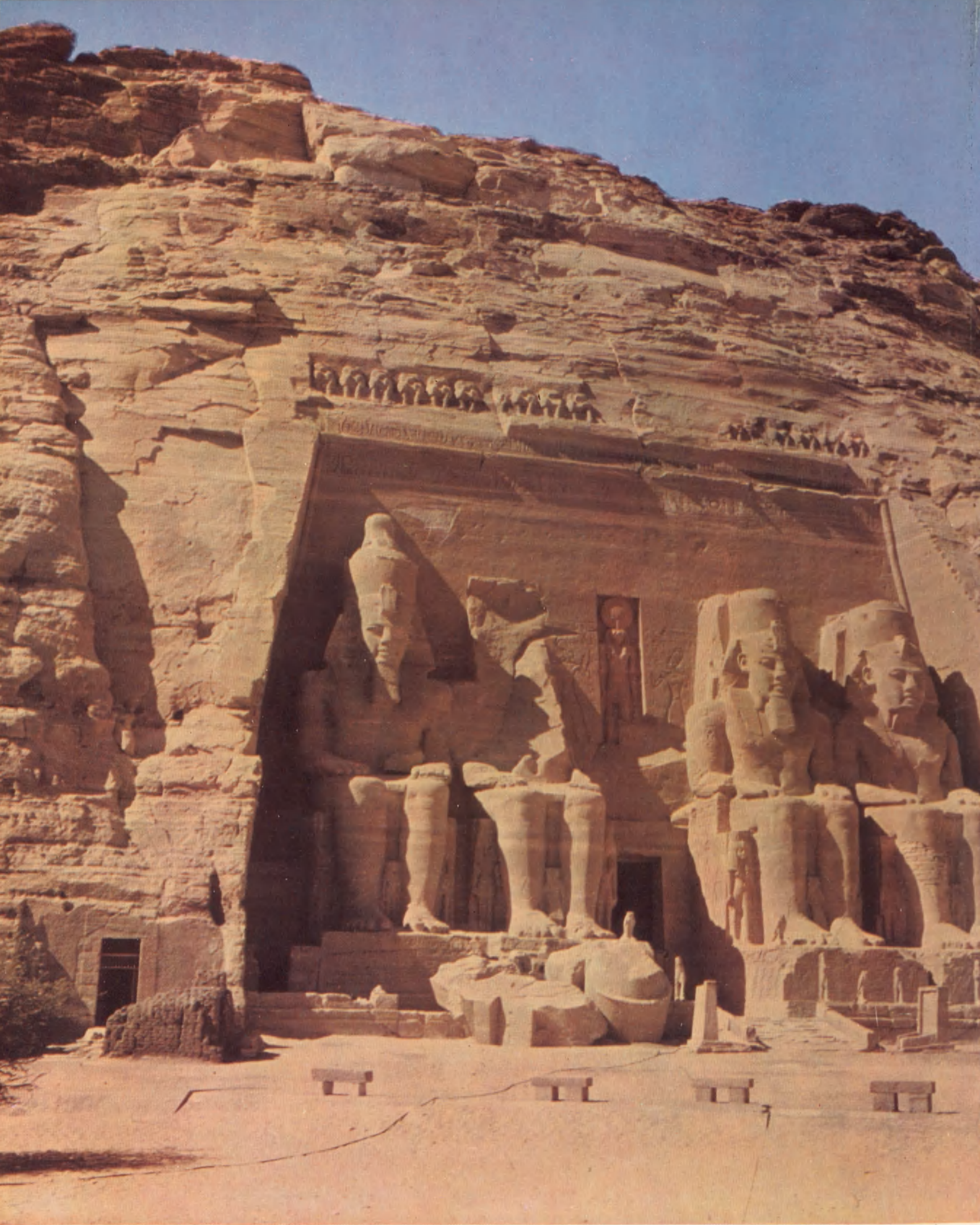
Fotos Christiane Desroches-Noblecourt



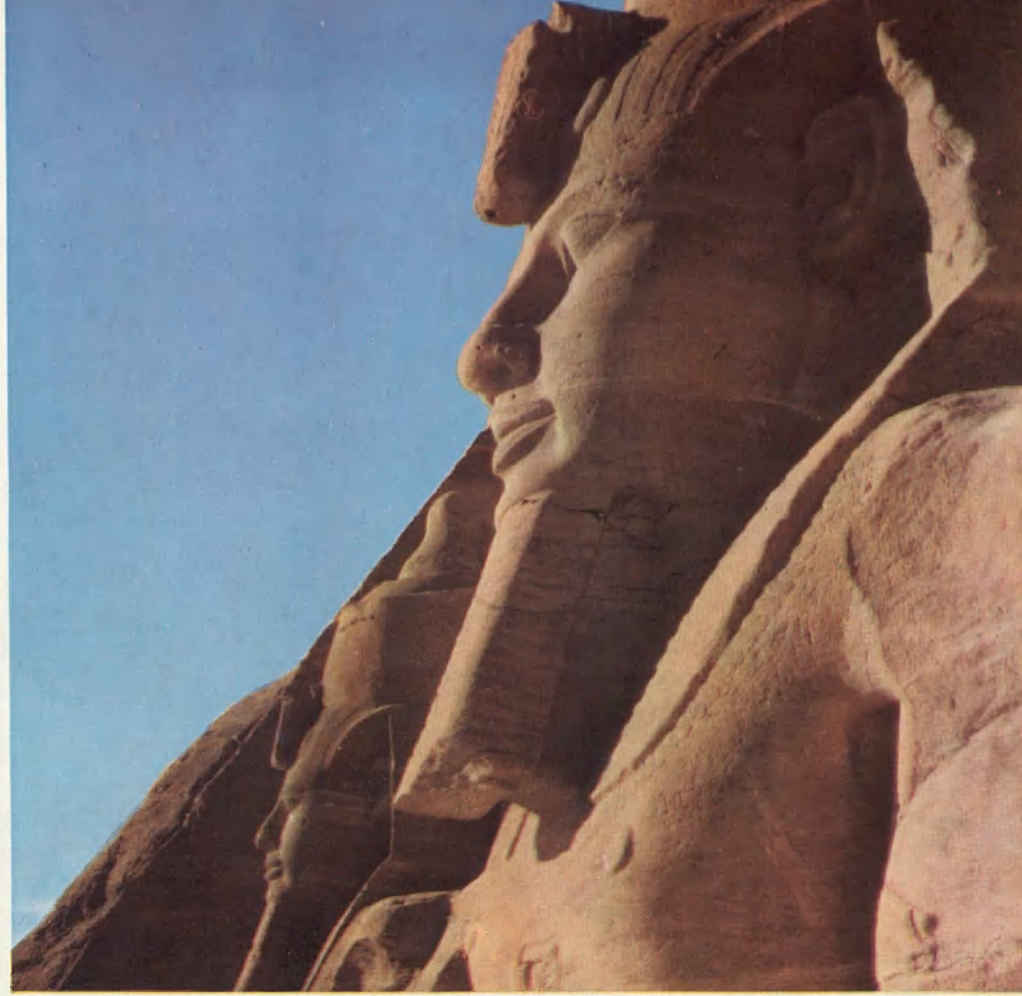


Christiane Desroches-Noblecourt

ABU SIMBEL. Dos de los ocho pilares que representan al dios Osiris con las facciones del Faraón Ramsés II. Se encuentran en el vestíbulo interior que conduce al santuario.

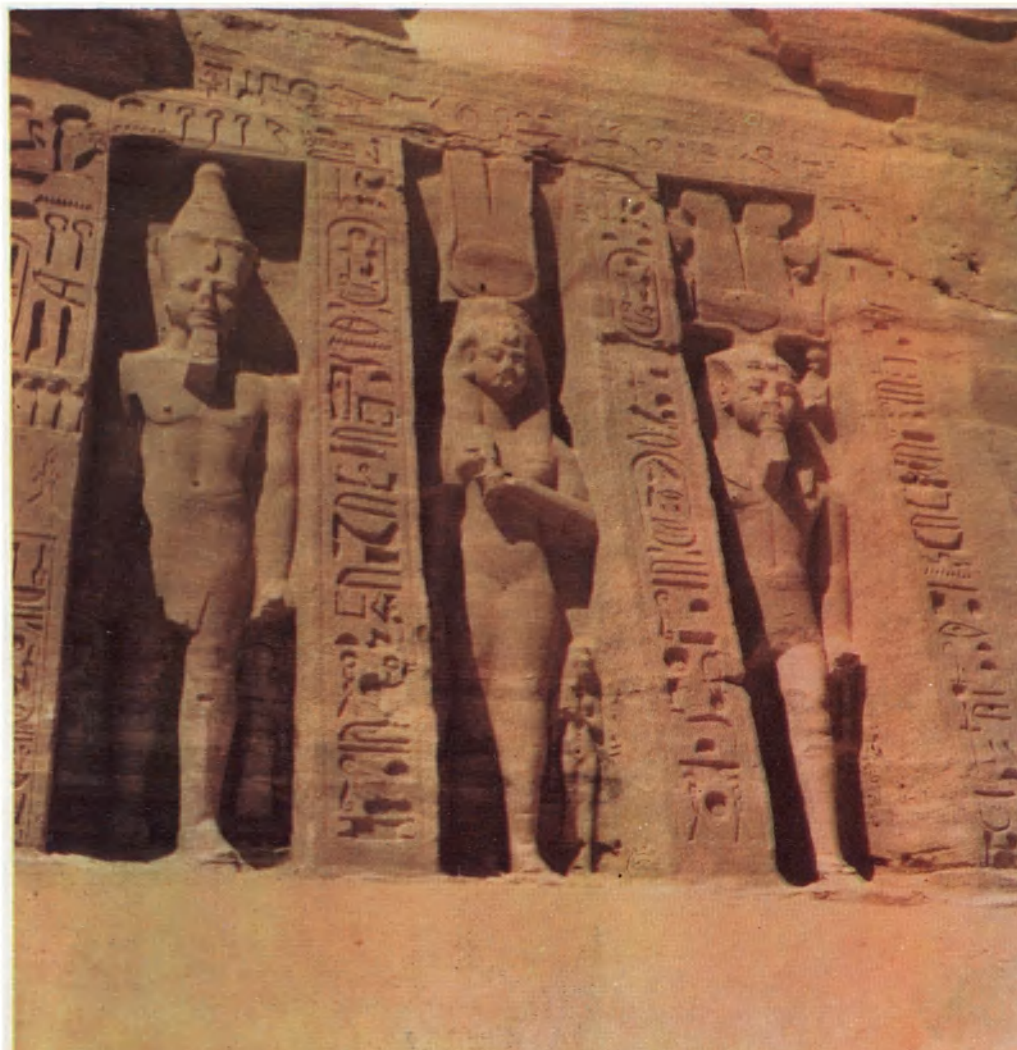


ABU SIMBEL. Las cuatro estatuas colosales que custodian la entrada del Gran Templo fueron erigidas por el Faraón Ramsés II para honrar a los dioses Horus, Amón y Ptah y a su propia imagen deificada. En lo alto una cornisa de monos en actitud de saludar al sol naciente.



ABU SIMBEL. Perfil de las estatuas gigantes de Ramsés II en la fachada del Gran Templo. Estas obras se encuentran talladas en la roca de la escarpa occidental del Nilo, Baja Nubia.

ABU SIMBEL. Templo de la Reina Nefertari. Parte de la fachada del templo dedicado por Ramsés II a su esposa y a la diosa Hator. La reina Nefertari está representada por la escultura central.





FILAE. El grandioso pórtico de catorce columnas del "pabellón" greco-romano de Trajano, fotografiado en el período en que la isla es invadida por las aguas del Nilo.

Ch. Desroches-Noblecourt



FILAE. Fachada exterior del templo de Isis. Las figuras esculpidas a la izquierda de la puerta representan al Faraón en actitud de hacer sus ofrendas a la diosa Isis.

© Albert Raccah



Christiane Desroches-Noblecourt

FILAE, "PERLA DEL EGIPTO". La célebre columnata que conduce al Gran Templo de Isis, en la isla de Filae. Estas columnas fueron erigidas durante la dominación romana de Augusto y Tiberio. Los templos de Filae aparecen como un conjunto grandioso, sobre el Nilo y la isla de Bigeh, al resplandor del poniente que alumbra sus santuarios de color rosa.



Christiane Desroches-Noblecourt

GERG HUSEIN. Parte exterior del templo consagrado por Ramsés II al dios Ptah. El templo está cavado enteramente en la roca, a orillas del Nilo. En la antigüedad se llegaba allí por una vasta gradería, custodiada por carneros arrodillados, de la que no queda rastro alguno.



Foto Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo, El Cairo

La "Estela del Casamiento" esculpida sobre un muro del Gran Templo de Abu Simbel se halla roída por los elementos y las partículas de arena, y ofrece el aspecto de una hoja de libro antiguo, amarillenta por el tiempo, cuyo texto apenas legible resulta emocionante. El grabado representa la unión de Ramsés II y de la hija del Rey de los Hititas, celebrada en el siglo XIII antes de la Era Cristiana. En el fragmento de la estela reproducido arriba se ve, en el centro, la llegada de la princesa seguida de su padre. Era en la época del invierno y el cielo estaba gris; pero, apenas apareció el Faraón, el Sol comenzó a resplandecer. Entonces la princesa recibió un nombre egipcio que significa: "Aquella que ve a Horus, esplendor del Sol". El texto de la estela se lee al pie de la escena.

EL SOL FUÉ TESTIGO DE LA BODA DEL FARAON

por Jaroslav Cerny

Profesor de Egiptología de la Universidad de Oxford

Cuando se termine la nueva Gran Presa que se construirá al sur de Asuán, muchos monumentos egipcios antiguos de inmenso valor histórico y artístico, desaparecerán para siempre bajo las aguas del Nilo. Entre ellos figurará la llamada «Estela del Casamiento» de Ramsés II, Faraón de la XIXª dinastía que reinó desde 1290 hasta 1223 antes de la Era Cristiana. La magnífica estela, se halla esculpida en la roca arenisca vertical, en el lado meridional de la plataforma del gran templo rupestre (Speos) de Abu Simbel, y constituye una de las reproducciones de un documento redactado en la corte de Ramsés II y enviado a diversos templos egipcios para grabarse sobre sus muros.

La reproducción de Abu Simbel es la única que ha llegado hasta nuestros días en forma completa, aunque se conocen tres reproducciones más procedentes de los templos de Asuán y Karnak en Egipto y del templo de Amara en el Sudán. Sin embargo, ninguna de esas versiones puede rivalizar con la de Abu Simbel por su estado de conservación. Pero, aún en Abu Simbel, la inscripción ha sufrido cierto deterioro. Para empezar, el escultor al que se confió la tarea de esculpir el documento en la piedra no dispuso de una superficie suficiente. Sólo logró esculpir cuarenta y una líneas del texto y, aunque redujo

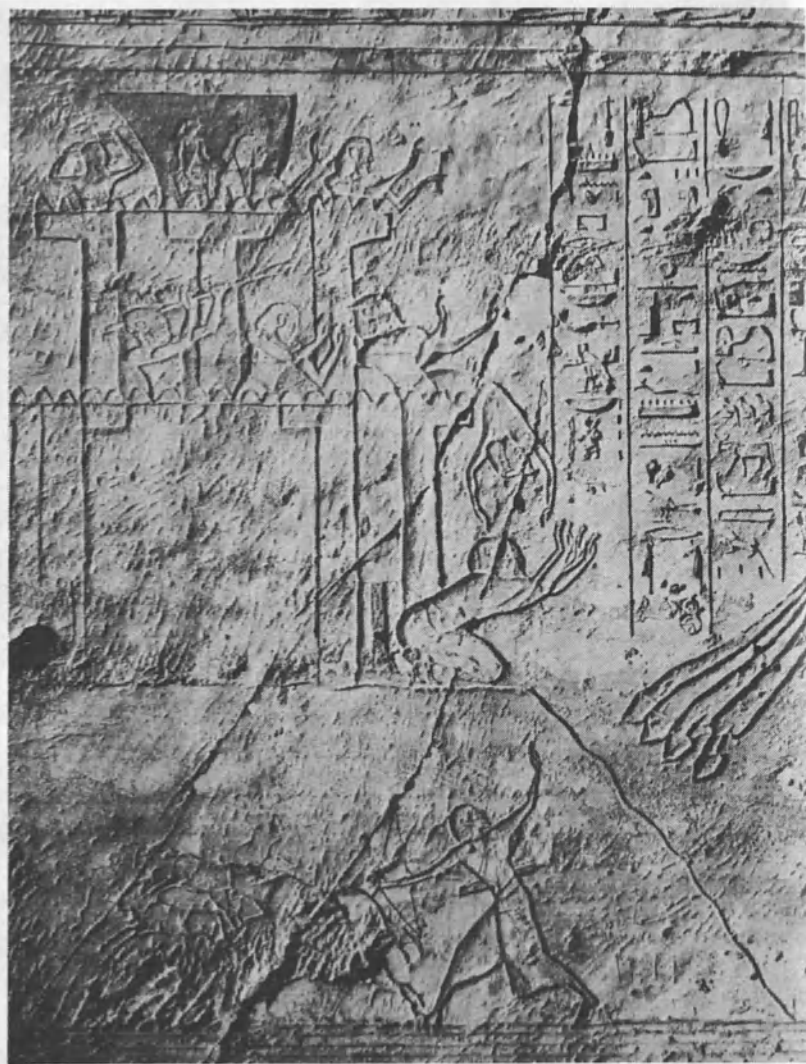
gradualmente el tamaño de los signos, se vió obligado a detenerse al llegar al borde del muro de piedra, omitiendo el final de la historia. Además, la inscripción estuvo expuesta a la intemperie durante mucho tiempo —probablemente durante siglos— hasta que, por último, quedó completamente cubierta por la arena.

En la época en que esto sucedió, los diminutos granos de arena que golpeaban contra la inscripción, impulsados por el viento del norte que prevalece en ese lugar, ya habían deteriorado de manera considerable la superficie de la piedra. No es sorprendente, por ello, que el erudito alemán Lepsius, —el primero en estudiar la estela en diciembre de 1843, y nuevamente en agosto del año siguiente— hubiese copiado apenas 18 líneas del texto, con muchas lagunas, ya que se supone que la parte inferior de la estela se encontraba cubierta de arena.

Sólo hacia fines del siglo pasado, el egiptólogo francés E. Bouriant copió, aunque de manera imperfecta, toda la inscripción. Una gran parte del texto original está sumamente mutilada por la corrosión, y muchas palabras, y aún líneas enteras, son tan poco nítidas a la luz del día, que sólo podrá obtener resultados satisfactorios un erudito que disponga de tiempo bastante y de poderosos

LOS MUROS DEL TEMPLO SON POEMAS EN LOOR DE RAMSÉS II

Sobre los muros de la primera sala del Gran Templo de Abu Simbel se narran las hazañas del Faraón que quiso ser un dios para sus súbditos. Se trata de un relato versificado sobre la batalla de Kadesh considerado como el más hermoso poema narrativo del "Nuevo Reino" y que es, en todo caso, la mejor obra escrita por el poeta Pentaurt a la gloria de Ramsés II. Los artísticos bajos relieves policromados representan asimismo las conquistas del Faraón al que se pinta siempre en rojo. Sobre el muro meridional (a la derecha) se ve a Ramsés II lanzándose en su carro de guerra contra el enemigo. Al pie de la ciudadela asediada y próxima a sucumbir (izquierda y parte inferior del bajo relieve) un pastor emprende la fuga conduciendo a su rebaño (abajo, en ampliación). En la página opuesta, abajo, se ve un personaje que forma parte de otra escena de victoria : la de Ramsés II sobre un régulo libio.



medios de iluminación eléctrica durante la noche. En esas condiciones han podido trabajar los expertos enviados por la Unesco durante los cuatro últimos años para colaborar con el Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo.

Instalados durante semanas delante del templo, los eruditos y técnicos dispusieron de tiempo y de reflectores eléctricos de una potencia suficiente, pero aún así necesitaron muchas horas de trabajo nocturno para arrancar sus secretos a la inscripción. La historia contada en ese texto esculpido es bastante notable para merecer la atención de cualquier persona que se interesa por los hechos de la antigüedad.

La «Estela del Casamiento» relata la boda de Ramsés II con una princesa enviada a Egipto por su padre, el rey de los hititas, para reforzar la paz entre los dos países, cuyas relaciones pasadas no habían sido muy pacíficas. Desde la época del reinado de Seti I, padre de Ramsés II, los hititas —cuyo reino estaba situado en Asia Menor— habían avanzado hacia el sur, internándose en Siria, país que los egipcios siempre consideraron comprendido dentro de su esfera de acción. Una expedición militar, dirigida por Ramsés II, en el quinto año de su reinado (1285 a. de J.C.), había culminado en la batalla de Kadesh, nombre de una ciudad de gran importancia estratégica a orillas del río Oronte, en Siria.

Los hititas y sus aliados atacaron por sorpresa al ejército egipcio, cuando éste aún estaba en marcha, en mala formación, y sólo la valentía personal de Ramsés II salvó a los egipcios de una derrota desastrosa. A pesar de las aseveraciones de los egipcios, esa batalla no debe haber sido decisiva y es probable que la lucha haya continuado durante algún tiempo hasta que Ramsés II y el rey de los hititas, Muwattali, concertaron un tratado de paz en el año vigésimo primero del reinado de Ramsés, es decir, en 1269 antes de nuestra Era. Se redactaron dos versiones del tratado —una en egipcio, en jeroglíficos, y otra en lengua babilónica, en escritura cuneiforme— que se han conservado hasta hoy.

Se podría suponer que el momento en que se concertó



Foto Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo, El Calro

el tratado, era el más propicio para unas nupcias diplomáticas. Sin embargo, la «Estela del Casamiento» no lleva la fecha del año 21, año en que se firmó el tratado de paz, sino la del año 34, cuando Ramsés II era ya un hombre de unos sesenta años.

Lo mejor es dejar que la estela misma relate el acontecimiento así como sus orígenes. Después de una larga introducción que ocupa las primeras veinticinco líneas y que contiene los acostumbrados elogios al Faraón, el texto continúa así :

«Entonces, él (Ramsés II) equipó su infantería y sus formaciones de carros para que fueran a atacar la tierra de los hititas. El solo se apoderó de esa tierra ante la vista de todo su ejército. Ganó su celebridad en ella para siempre. Los hititas recordarán la victoria de su brazo. A los que escapaban a su mano, los cubría de injurias; su fuerza era en medio de ellos como una antorcha ardiente. Y después que pasaron muchos años, mientras el país de los hititas parecía devastado por los desastres que le infligía el poder del gran dios viviente Ramsés, el gran rey de los hititas escribió para aplacar a Su Majestad diciéndole, después de haber exaltado su fuerza y sus victorias: Olvida tus agravios, retira tu castigo, déjanos respirar el aliento de la vida. ¡En verdad, tú eres el hijo de Sutej (el dios)! El te concedió la tierra de los hititas y te traemos como tributo todo lo que tú deseas. Llevamos nuestras ofrendas a tu noble palacio. Mira, estamos bajo tus pies, Oh rey victorioso, y se ha procedido con nosotros tal como tú lo ordenaste.»

«Y el gran rey de los hititas

escribió, año tras año, para aplacar al Faraón, pero éste nunca lo escuchó. Y cuando vió a su país en tan triste estado por la cólera del rey de Egipto, el gran rey de los hititas habló de esta manera a sus soldados y a sus notables: Hace ya mucho tiempo que nuestra tierra está decayendo y que no se aplaca la cólera de nuestro señor (el dios) Sutej contra nosotros. El cielo no nos envía lluvia; todos los países son enemigos que nos combaten. Despojémonos de todos nuestros bienes, empezando por mi hija mayor y llevemos dones propiciatorios al buen rey divino (Ramsés) para que nos conceda la paz y nos deje vivir.» Después, hizo partir a su hija mayor precedida por un tributo magnífico de oro, plata, metales comunes, innumerables esclavos y caballos, bueyes, cabras y ovejas por decenas de millares.»

«Cuando la hija del gran rey de los hititas emprendió su viaje hacia Egipto, la seguían la infantería y las formaciones de carros y los notables de Su Majestad, junto con la infantería y las formaciones de carros de los hititas, sin distinción entre los guerreros extranjeros y las tropas egipcias. Todos comían y bebían juntos, tenían un solo corazón como hermanos, ninguno se disputaba con su compañero: la paz y la fraternidad reinaban entre ellos, tal como era la voluntad del propio dios. Y los grandes reyes de todos los países que atravesaron estaban sorprendidos y retrocedían desconcertados al ver a la gente de la tierra de los hititas reunida con los soldados de Egipto.»

Aquí termina bruscamente el texto de Abu Simbel, pero las versiones fragmentarias de Karnak y Amara nos dan una idea de la continuación. Por ellas sabemos que cuando la princesa y su escolta llegaron a la residencia de Ramsés, éste encontró muy hermosa a la princesa de los hititas, la instaló en su palacio y se le vió todos los días en su compañía. No se conoce el nombre de esta princesa en su país natal, pero se nos cuenta que en Egipto se le dió el poético nombre de Maat-Hor-Nefru-Ra, o sea «Aquella que ve a Horus, esplendor de Ra (el sol)». Es extraño que no se mencione el tratado de paz del año 21, pero quizás había dejado de estar en vigor por circunstancias aún desconocidas para nosotros.



FILAE

Isla Sagrada

por *Etienne Drioton*

Profesor del Colegio de Francia

Con sus templos, sus pilones majestuosos, sus columnatas, su " pabellón " de Trajano -de líneas puras- la isla de Filae ofrece un conjunto de tesoros de arte y de historia como existen muy pocos en el mundo. Debido a la presa de Asuán, que forma un gran embalse, Filae se encuentra sumergida bajo las aguas del Nilo durante nueve meses por año. La foto fué tomada en momentos en que las aguas comenzaban a invadir los monumentos. La foto de la derecha muestra un detalle del primer pilón del templo de Isis. Para salvar de la destrucción esta hermosa reliquia de la antigüedad existe el proyecto de elevar un muro protector entre las islas vecinas.

Foto Christiane Desroches-Noblecourt

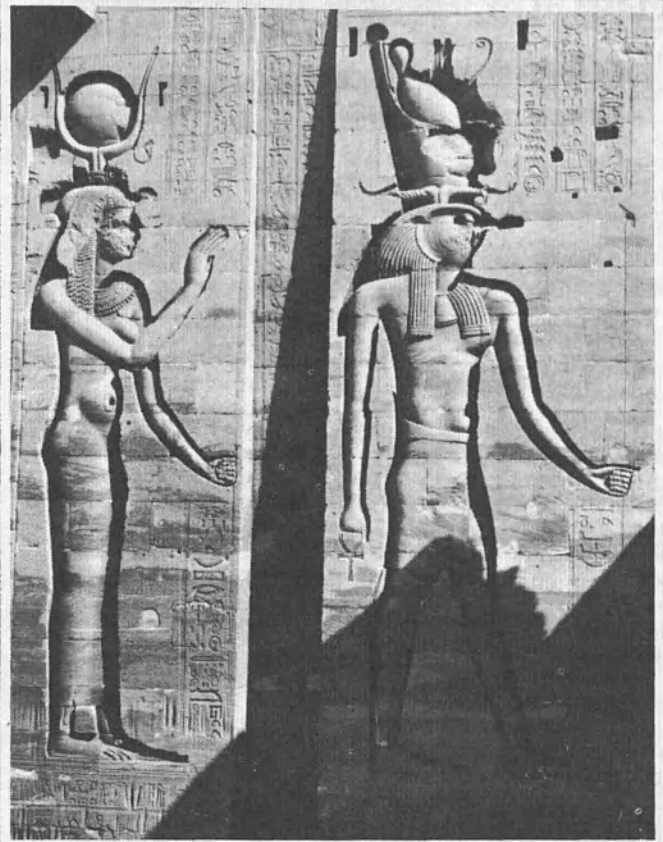


El templo de Filae era aún para la generación precedente a la mía, la perla de Egipto. Mi maestro Georges Bénédite, que se dedicó a copiar las inscripciones de ese templo en 1887 y 1888, —o sea diez años antes de la construcción de la presa de Asuán— evocaba con frecuencia, como el mejor recuerdo de su vida, la impresión de encantamiento siempre renovado que sentía cada vez que divisaba la isla santa de Isis después de haber atravesado el áspero desierto granítico de Asuán: el templo de la diosa —en medio de las palmeras, las mimosas y las acacias— reflejaba sus pilones, sus pórticos y sus pabellones espléndidos en la superficie azulada del Nilo. Era, según decía Bénédite, la visión del paraíso al salir del infierno.

Pero Filae no fue célebre en la antigüedad sólo por su belleza, empañada ahora por la muerte de la vegetación al quedar sumergida la isla durante la mayor parte del año, sino también por haber llegado a ser, con las islas vecinas, en la última época de su historia, uno de los más grandes centros religiosos del antiguo Egipto, que sustituyó a Abido en el culto de Osiris.

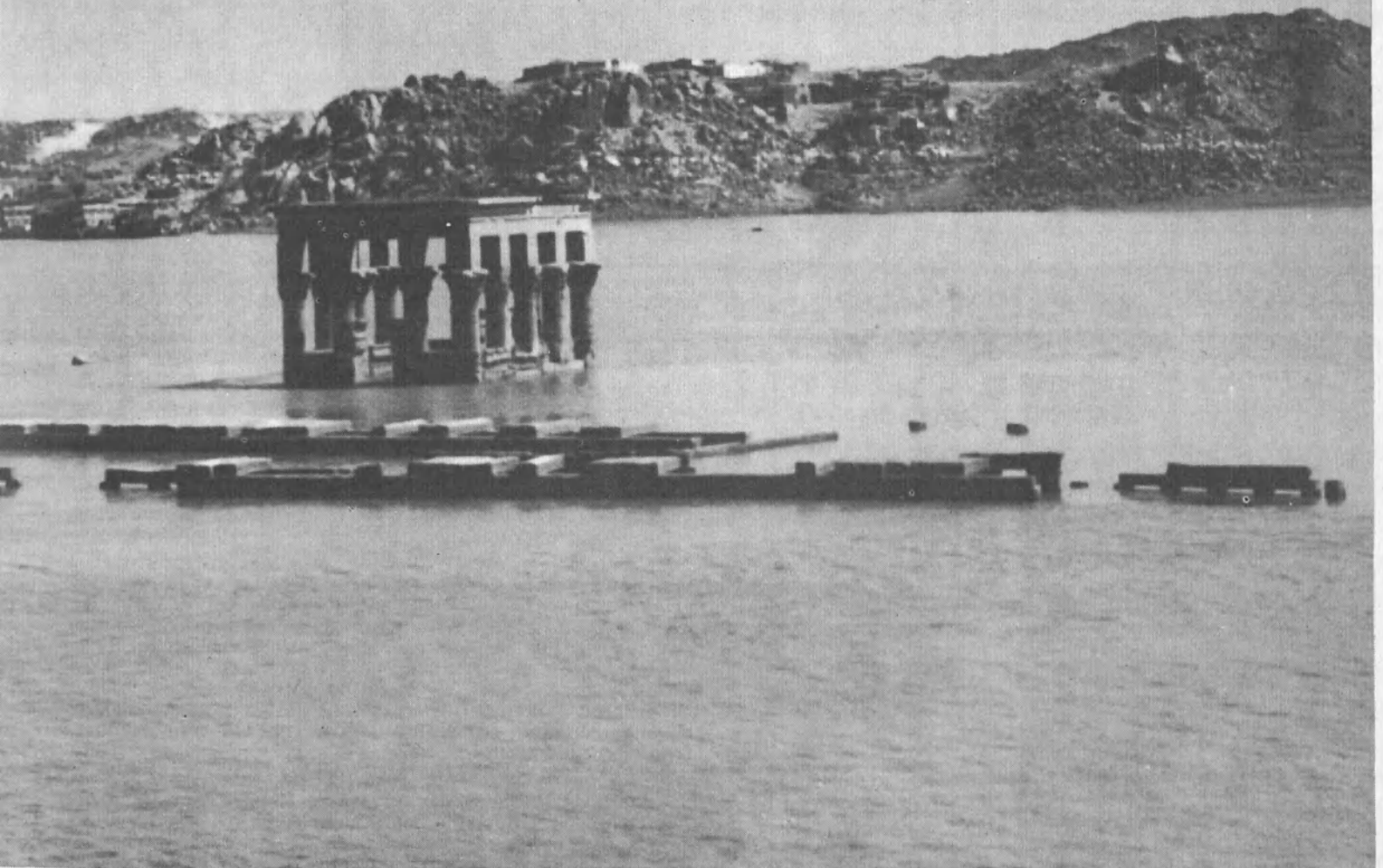
Filae era la más pequeña de tres islas, restos de un umbral granítico, escalonadas de suroeste a nordeste, donde empiezan las corrientes impetuosas de la primera catarata, que el Nilo ha desmantelado para abrirse camino. Es, también, la más oriental de las islas. Separada de ella por un canal estrecho, se encuentra al oeste la isla de Bigeh, doce veces mayor en tamaño, y además otra isla, tres veces más extensa aún que Bigeh: la isla de El-Hesé, paralela a la orilla occidental del río.

Herodoto no llegó a esa región en su viaje efectuado 450 años antes de nuestra Era. Se detuvo no lejos de allí, en Elefantina, siete kilómetros antes de Filae, y se limitó a interrogar a sus habitantes acerca de lo que pudiera haber de interesante más allá. De cuanto le dijeron, el historiador dedujo que la región situada más arriba de



Unesco-Laurenza

SIGUE A LA VUELTA



FILAE

Isla Sagrada

(Continuación)



El flautista

Elefantina era montañosa y que las fuentes del Nilo se encontraban entre los peñascos Krofi y Mofi, pero no advirtió nada que valiera la pena de señalar antes de la isla de Takhompso, situada a una treintena de kilómetros más al sur. Eso quiere decir que esta región no ofrecía nada notable en aquella época.

Tal hecho concuerda, por lo demás, con los datos negativos proporcionados por la arqueología. El edificio más antiguo que subsiste en la isla de Filae es el pequeño templo de Nectanebo II (359-341 antes de J.C.). Ese monumento está dedicado a Isis identificada con Hator y relacionada con los dioses de Bigeh.

Sólo queda del templo de Bigeh la fachada de un vestíbulo construido en tiempos de Tolomeo XIII y la parte central de un pilón decorado bajo el reinado del Emperador Augusto. El templo reemplazaba a un edificio del tiempo quizás de Sesostri III (1887-1850 antes de J.C.) o en todo caso de Thutmosis III (1504-1450 antes de J.C.) y Amenofis II (1450-1425 antes de J.C.), que lo habían adornado con estatuas. Los dioses que allí se veneraban eran los de Elefantina: el carnero Khnum y sus «diosas paredras», otras tantas imágenes de Hator. En la composición de su panteón nada revelaba la presencia particular de Osiris o de Isis. En cambio, la primacía de estas divinidades en esa isla era cosa establecida en el primer siglo de la Era Cristiana, según lo escribió el historiador Diodoro de Sicilia:

«Otros afirman que los cuerpos de estas dos divinidades (Isis y Osiris) no reposan en Menfis, sino cerca de las fronteras de Etiopía y de Egipto, en una isla del Nilo, situada cerca de Filae y que se llama por ese motivo *la llanura sagrada*. Y, para reforzar tal opinión, muestran los monumentos que se encuentran en esa isla: la tumba de Osiris, venerada por los sacerdotes de todo Egipto, y las 360 pilas para libaciones que la rodean. Los sacerdotes llenan cotidianamente de leche esas pilas, e invocan el nombre de esas divinidades en medio de lamentos. La isla, por esta razón, está vedada a todo el mundo, con excepción de los sacerdotes.»

Las inscripciones jeroglíficas esculpidas en el templo de Filae corroboran y completan las noticias de Diodoro



El arpista

de Sicilia, sobre el conjunto religioso del archipiélago de Filae. En particular, en la puerta del emperador Adriano, está grabado un decreto de los dioses en dos inscripciones. He aquí la traducción del texto mejor conservado:

«La Colina Santa es el territorio sagrado en oro de Osiris y de su hermana Isis. Ha sido predestinada para ello desde el origen (del mundo)... Nunca faltará la leche en esta Colina del Bosque Sagrado, ni en el templo donde está sepultado Osiris. Que se construyan 365 altares de ofrendas en torno a este lugar, sobre las cuales se pondrán hojas de palmera, para que las libaciones no cesen, ni el agua se agote a su alrededor. Que el Gran Sacerdote celebre el oficio divino todos los días y que una libación se consagre a Isis, señora de Filae, al verter la libación cotidiana. Que no se redoble el tamboril, ni se toque la flauta o el arpa. Nunca deberá penetrar ningún hombre, ni nadie, grande o pequeño, pisará su suelo. En un radio de 40 codos —al sur, al norte, al oeste, y al este— no se cazarán ningún pájaro ni se pescará ningún pez. No podrá alzar la voz ninguna de las personas que se encuentren presentes en la colina, en el tiempo sagrado en que Isis, señora de Filae —que está en el trono— pasa por la isla para llevar a cabo la libación, cada diez días. Isis, señora de Filae, se embarcará con rumbo a la Colina Santa en los días de fiesta, en la barca sagrada cuyo nombre es... (destruido). Ra ha firmado este escrito —Chu, hijo de Ra, ha firmado este escrito— Kob, hijo de Chu, ha firmado este escrito, que fue redactado por Thot en persona.»



Fotos Unesco Raccah

El tamborilero

Este era, en el siglo II, el mapa religioso de la isla de Bigeh, consagrada total o parcialmente a Osiris, y declarada «Abaton», término griego que significa «territorio donde esta prohibido penetrar». En efecto, no había que correr el riesgo de perturbar el último sueño del dios en su bosque sagrado. Esta disciplina del silencio regía en la misma época en todos los santuarios de Osiris, y en particular en los de Menfis y Abido, asimismo dotados del carácter de «Abaton»; pero que no habían de adquirir la notoriedad del de Bigeh.

Junto a esa isla consagrada al dios muerto, la diosa Isis, en su templo de Filae pertenecía al mundo de los vivos. En esta calidad y para mantener relación con el mundo de los difuntos, Isis era, por decirlo así, la encargada del culto de su hermano y esposo. En todas las fiestas, el ídolo de Isis era sacado de su tabernáculo, embarcado y transportado a Bigeh para presidir las solemnes libaciones que se hacían en la tumba de Osiris.

La geografía religiosa de Filae sería incompleta si no se mencionara la isla de El-Hesé. Las excavaciones del arqueólogo norteamericano Reisner han hecho posible el descubrimiento de algunas estelas funerarias que demuestran que la isla más occidental y más extensa de ese conjunto estaba ocupada por una necrópolis, donde los fieles, —separados de la tumba de Osiris por la disciplina del Abaton— podían ser inhumados lo más cerca posible de él, según una costumbre legada por la más remota tradición abidoniana.

Como puede verse, la historia de Filae refleja con fidelidad las corrientes religiosas de Egipto en tiempo de los Tolomeos y de los emperadores romanos. En el curso de las invasiones asirias, babilónicas y persas, el pueblo había abandonado progresivamente el culto de los dioses

de la religión oficial, es decir los dioses solares que no habían conseguido proteger las tierras de Egipto. La fe popular se inclinó hacia Osiris, cuya leyenda explicaba todas las desgracias y permitía todas las esperanzas. El culto de Osiris se desarrolló con rapidez durante aquellos calamitosos tiempos, y no es sorprendente verlo implantarse en el umbral de la catarata, lugar donde no se había honrado hasta entonces más que a los dioses de Elefantina.

Al extenderse ese movimiento religioso por todo Egipto, se forjó una leyenda para explicar la profusión de templos de Osiris, cada uno de los cuales poseía una tumba del dios: Seth había despedazado en dieciséis fragmentos el cadáver de Osiris y los había dispersado por todo el territorio egipcio para impedir que Isis pudiera reunirlos; pero ésta, en busca de los restos de su hermano, había erigido una tumba y un templo en los lugares en donde había encontrado alguno de esos fragmentos. Así se creyó que en Bigeh estaba la pierna izquierda de Osiris. Pero esta solución no bastó para poner de acuerdo a los sacerdotes de los templos, cada uno de los cuales pretendía ser el único poseedor de las auténticas reliquias de Osiris. Finalmente, se impuso la leyenda de que Isis, para desorientar a Seth, había depositado en diversos lugares de Egipto numerosos sarcófagos de Osiris, uno sólo de los cuales, que nadie podía distinguir de los demás, contenía el cuerpo del dios. Así cada templo podía decir que su sarcófago era el privilegiado.

La tendencia a dar a Isis, sobre Osiris, una primacía que no había conocido la época faraónica, era otro rasgo característico de la religión de esos tiempos, como lo patentizan las instalaciones religiosas del archipiélago de Filae. Al acentuarse el carácter mortuorio de Osiris, Isis fue cada vez más el elemento viviente, compasivo para los humanos, de la divina pareja. A Isis se consagró el templo de Filae. Y no olvidemos que junto a las grandes diosas venidas de Asia, ella fue quien patrocinó en el Imperio Romano los misterios que no se denominaron osiriacos, sino isiacos.

En fin, para citar todos los *mirabilia* que la antigüedad atribuyó al grupo de islas de Filae, no se puede pasar en silencio que en ese lugar se localizó la vieja leyenda, referida por Herodoto, acerca de los peñascos. Un bajo relieve del templo de Filae muestra, escondido bajo tierra entre las rocas de la isla de Bigeh, al dios Nilo en una caverna desde la cual hace manar el agua.

Los antiguos egipcios, cuyos ejércitos habían emprendido tantas veces el camino del Sudán, sabían ya que el Nilo venía de más lejos hacia el sur; pero creían también que sus particularidades —sus crecidas regulares y el poder fertilizante de sus aguas— eran debidas a un genio bienhechor, oculto en un lugar ignorado del lecho del río, singularmente en la catarata cuyos remolinos atestiguan su presencia y su actividad. Como se ve, la geografía de los antiguos egipcios no era propiamente física, sino una geografía mítica.

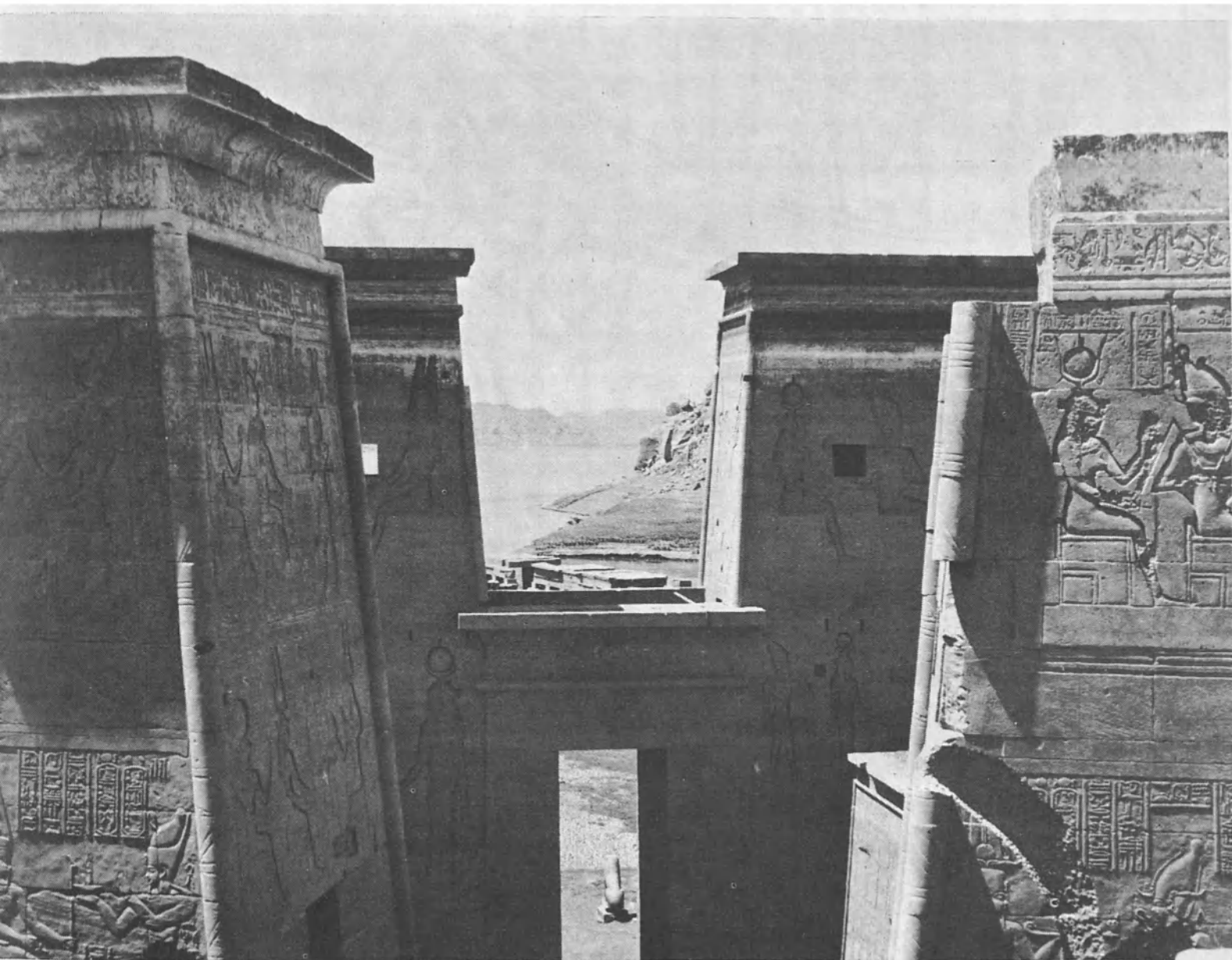
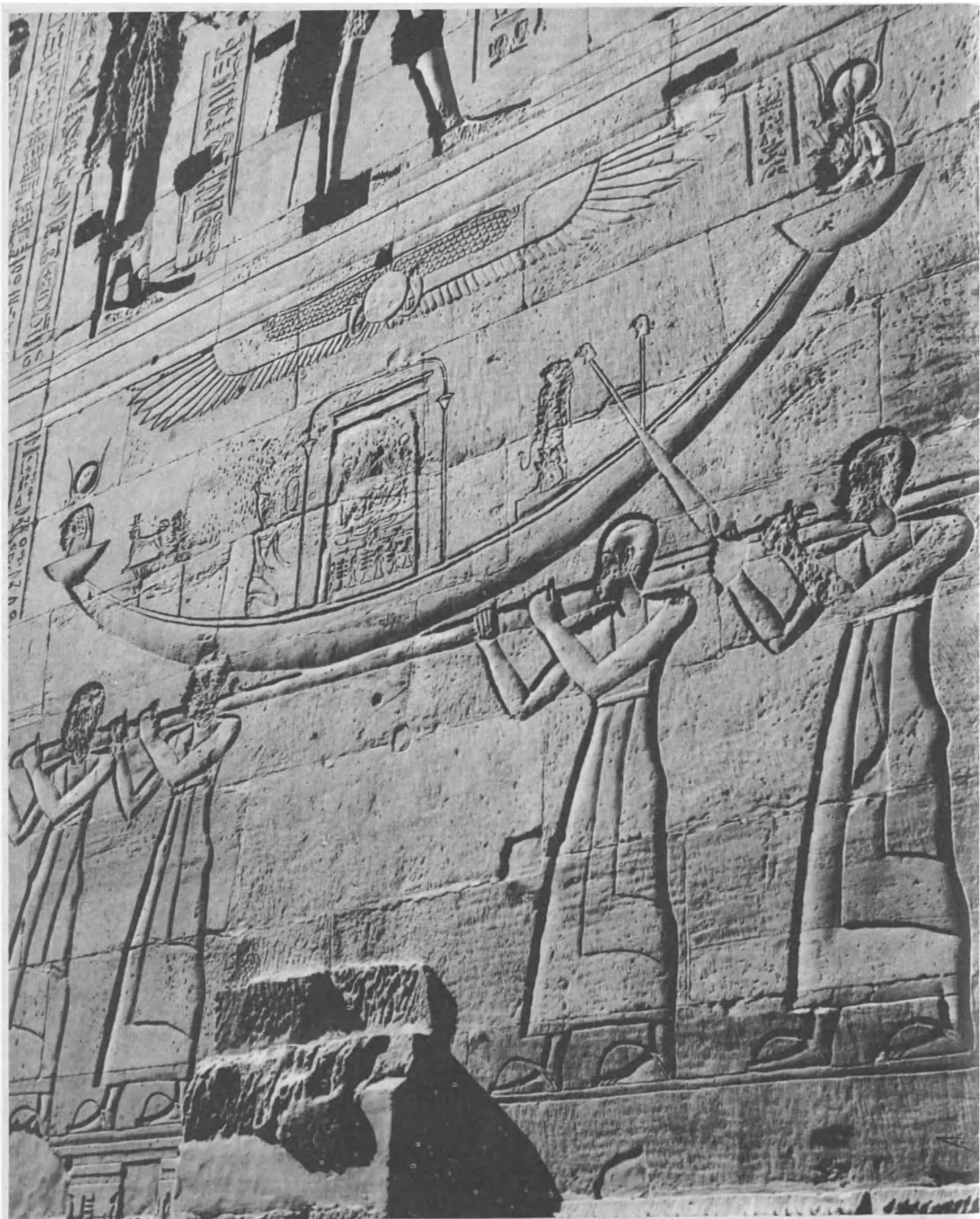


Foto Unesco-Raccah

En lo alto del primer pilón del Templo de Isis, en Filae (18 m. de altura en el segundo plano) se distingue una línea blanca que es la marca dejada por el Nilo, en su mayor nivel, cuando el templo queda completamente bajo las aguas. En el quicio de la puerta se ve el león característico de los templos de Nubia y del Sudán. En primer plano, el segundo pilón. El nombre Filae o Philae proviene probablemente de Pi-lag que significa "la extremidad" lo que concuerda con la situación de la isla en el límite meridional del Egipto, en el extremo de Nubia. En la época árabe, la isla se conoció con el nombre de Qasr (castillo) o Qasr Anas el-Wogoud, personaje legendario de "Las mil y una noches". Los músicos de la página opuesta provienen del Templo de Hator.



© Albert Raccah

LA BARCA SAGRADA de la diosa Isis está representada en este bajo relieve del Gran Templo de Filae. En todas las fiestas religiosas, los fieles sacaban el ídolo de Isis de su tabernáculo, y lo transportaban sobre el Nilo, desembarcándolo en la vecina isla de Bigeh para que presidiera las libaciones solemnes sobre la tumba de Osiris, su hermano y esposo.

HISTORIA GRECORROMANA ESCRITA EN LA PIEDRA

por **André Bernand**

Consejo Nacional de Investigación Científica, Francia

y

Abdullatif Ahmed Aly

Profesor de la Facultad de Letras del Cairo

Una trágica paradoja preside hoy día los destinos de la Nubia Egipcia, esta región tan llena de vestigios de la época grecorromana —en donde hay más de 1.200 inscripciones griegas, grabadas en la piedra, en donde se conservan 16 templos, 7 santuarios excavados en la roca y el Templo de Abu-Simbel, joya arquitectónica del antiguo Imperio, que contiene uno de los más antiguos textos del mundo griego— está condenada a desaparecer bajo las aguas del Gran Embalse.

La mano del hombre que construyó esos templos, esculpió esas estatuas y bajos relieves y grabó esas inscripciones, va a hacer desaparecer dentro de pocos años lo que tardó 10 siglos en edificar, sin tener en cuenta más que la época grecorromana.

En verdad, el suelo y la historia de Nubia están marcados por un signo paradójico: el río, al revés de lo que sucede con todos los demás, se ensancha hacia sus fuentes, se encuentra obstruido por las cadenas de los Yebel penetrando cada vez más profunda y majestuosamente en el corazón del continente africano; el valle es a veces estrecho, como en Bal-el-Kalabcha donde se precipitan con gran estrépito las aguas del Nilo por una garganta y, otras veces, inmenso como en la llanura de Dakka, donde en algunas ocasiones se levantan verdaderas tempestades. En este suelo, es difícil imaginarse cómo pueden vivir los hombres, dada la aridez del desierto y la intensidad del sol, y, sin embargo, allí es donde se acumulan más que en ninguna otra parte los edificios militares y religiosos grecorromanos. Finalmente, por una paradoja de la historia, en esos confines del mundo griego, en esa «marca» lejana del mundo romano aparecen los vestigios de los mercenarios del rey Psamético, de los soberanos Lagidas y de los emperadores romanos. ¿Qué fueron a buscar esos hombres en esa región que conduce a los fabulosos países de los orígenes del Nilo y de los «negros etíopes»?

No es mucha la información que pueden ofrecernos los textos de los autores de la antigüedad sobre la historia de la Nubia grecorromana. Herodoto, Diodoro de Sicilia, Agatárquides, Estrabón, Plinio, Tolomeo, se limitan a darnos algunas informaciones, sobre todo etnográficas, rara vez históricas, y las más de las veces vagas o imaginarias. Por fortuna, la epigrafía griega dejó en Nubia más de 1.200 inscripciones griegas, cuyo *corpus* no ha sido elaborado aún, y que muchas veces se conocen muy imperfectamente debido a la falta de fotografías de los lugares y de los textos. En toda Nubia se han encontrado aproximadamente una docena de inscripciones latinas, lo cual prueba cuánto trabajo queda todavía por hacer, pues la ocupación romana de Nubia duró desde Augusto hasta la caída del Imperio.

Los cerdos expulsados del templo

Esta documentación epigráfica, fuente capital para la historia de la Nubia grecorromana, podrá ser explotada a fondo únicamente el día en que se vuelvan a leer sobre las piedras todos esos textos, que ya han sufrido demasiado bajo las aguas de la inundación anual, especialmente los textos de Kalabcha, la mayoría de los cuales estaban pintados. Gracias a la ayuda de la Unesco y a la actividad del Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo se han podido copiar, estampar y fotografiar las inscripciones de Abu-Simbel y del Yebel Abu-Duruah, las primeras en abril de 1956, las segundas en septiembre de 1959. Pero todos los demás textos deben ser examinados nuevamente antes de la terminación de la Gran Presa.

La compilación de esos textos se impone con tanta más razón cuanto que la epigrafía griega de Nubia no presenta por lo general lagunas. Las inscripciones de alguna extensión son raras, entre ellas la de Kalabcha que contiene un decreto de Aurelio Besarion, estratega del *nomos* de Ombo y de Elefantina —en el segundo tercio del siglo III antes de la Era Cristiana— concediendo 15 días a los habitantes de Talmis (la actual Kalabcha), a petición del gran sacerdote Mirón, para sacar de la localidad a los cerdos que ensuciaban el templo. En el mismo lugar, la célebre inscrip-

ción del rey Silco, de la época cristiana conmemora la victoria del «Rey de los Nobatas y de todos los Etíopes» que en dos ocasiones, llegó a Talmis y a Tafis para vencer a los invasores blemis. En Abu-Simbel, el texto más largo no tiene más de cinco líneas y evoca la expedición a la Alta Nubia llevada a cabo por los mercenarios de Psamético II.

Sin embargo, un grupo de inscripciones constituye un conjunto de verdadera importancia: se trata de los textos en verso o epigramas, de los que 10 están grabados en Filae, 5 en Talmis, 2 en Pselis. Este conjunto, difícil de comprender muchas veces, presenta, en algunos casos, piezas de gran encanto que permiten apreciar el nivel de cultura de los peregrinos que llegaban al santuario de Isis. Esta inscripción lo atestigua: «Hemos aquí llegado a la isla que se encuentra en los confines del Egipto y que, encantadora y venerable, pertenece a Isis. Vemos sobre el Nilo rivas rápidas que desde el país de Kouch transportan material para templos a nuestro país, fértil en cereales, digno de ser visitado y que veneran todos los mortales». Por desgracia, los epigramas de Nubia, llenos de tantas evocaciones, resultan muy difíciles de descifrar, y sería necesario que un especialista pudiera leerlos sobre la piedra antes de que desaparezcan definitivamente.

El relato de Arkón y de Pelekos

Las inscripciones de Nubia son dedicatorias de templos o de capillas, firmas de sacerdotes o de militares y también «proscinemas», es decir, actos de adoración a una divinidad hechos por los peregrinos para encomendar al dios la protección de un ser querido. Muchos de esos textos llevan fechas. La mayoría pueden ser situados en una época mediante el análisis de la escritura o el estudio arqueológico del monumento. Por breves que sean esos testimonios, aportan elementos suficientes para redactar una historia de la Nubia grecorromana, que todavía no ha sido escrita.

Y, sin embargo ¡qué prodigiosa historia! En Abu-Simbel, a la sombra de la masa colosal de Ramsés II, por fuerza hay que imaginar aquella expedición al país nubio descrita en el texto misterioso grabado sobre la pierna de la estatua, raro documento que nos permite conocer la compleja organización del ejército de Psamético:

«Habiendo venido el rey Psamético a Elefantina, hé aquí lo que hicieron redactar los que navegaban con Psamético, hijo de Teocles, y que subieron más arriba de Kerkis, hasta donde el río lo permitía: el jefe de la legión extranjera era Potasimto, y el de los egipcios, Amasis. Los que esto redactan son Arkón, hijo de Amoibickjos, y Pelekos, hijo de Euramos.»

En Filae, ante la multitud de textos que cubren no sólo las caras de la estela, sino otras partes del santuario, hay que imaginar la multitud de peregrinos y el esplendor de las fiestas en honor de Isis, cuyo culto persistió mucho después del edicto de Teodosio (fin del siglo IV después de J.C.). Desde la cima de la ciudadela de Ibrim, —la antigua Primis— cuya puerta oriental es romana y desde donde se divisa, hacia el norte de la meseta, una construcción que data del Emperador romano Septimio Severo (193-211) se puede seguir con el pensamiento —mientras se apodera de nosotros el vértigo por la descomunal altura— la huida alocada de la reina Candaces, el año 22 antes de J.C., frente a los ejércitos del legado Petronius.

Si los romanos, a partir del año 29 después de J.C., organizaron su protectorado en la Baja Nubia, parece que sólo se limitaron a imitar el ejemplo de los Tolomeos. En efecto, bajo los soberanos de la dinastía egipcia de los Lagidas, predecesores de los Tolomeos, se instalaron ocupantes griegos en la región de los Doce Esquenes, desde Filae hacia el sur. No se cree que esa región constituyera nunca un *nomos* o provincia aparte. Salvo en circunstancias excepcionales, como ocurrió durante la guerra contra Candaces, a juzgar por las inscripciones y los vestigios de construcciones militares, no parece que los romanos establecieron firmemente su poder en Nubia más allá del Dodecasquene.



Maat, diosa de la exactitud y la razón, protege los documentos de la historia: tal es el emblema del Centro de Documentación y Estudios sobre el Egipto Antiguo, instalado en El Cairo.

BAJO EL SIGNO DE MAAT, DIOSA DE LA EXACTITUD

En las orillas desérticas del Nilo, en la Baja Nubia, un pequeño ejército está librando un combate sin precedentes en la historia. Su objetivo es conservar los tesoros de un patrimonio milenario y recoger sus lecciones antes de que el tiempo haya borrado su rastro.

Con su Estado Mayor en El Cairo, su flotilla en las aguas del Nilo, sus agentes de enlace, sus patrullas de exploración y sus equipos de operaciones sobre el terreno, ese ejército representa una fuerza nueva al servicio de las ciencias humanas y de la belleza. Hace ya cinco años que, bajo el signo de Maat, diosa de la exactitud y de la razón, está empeñada en vencer al tiempo y en realizar su propósito antes de que venzan los plazos inexorables. Los efectivos de ese ejército pacífico forman parte del Centro de Documentación y Estudio sobre la Historia del Arte y de la Civilización del Antiguo Egipto, título con el que se designa una empresa única que en la esfera de la arqueología, va a alcanzar demisiones verdaderamente faraónicas.

Bajo el cielo tórrido de Nubia, los egiptólogos del Centro y sus equipos de técnicos se afanan, año tras año, en efectuar sus trabajos con toda la rapidez compatible con el rigor de sus métodos científicos. El calor intolerable del estío, las crecidas del Nilo y las inundaciones provocadas por las lluvias torrenciales y súbitas sobre Etiopía, limitan la duración de las misiones. Los equipos de técnicos comprendieron que no había un solo día que perder, menos aún cuando las autoridades egipcias aprobaron el gigantesco proyecto de la Gran Presa del Saad el Aali, con lo que los plazos de terminación se precipitaron de un modo dramático. Un lago artificial de cerca de 500 kilómetros cuadrados iba a recubrir toda Nubia, sepultando bajo sus aguas tesoros incomparables. Era inútil lamentarse, en nombre de las civilizaciones pasadas, de ese hecho dictado por los imperativos económicos de hoy, y había que obrar rápidamente. Los primeros equipos de egiptólogos llegaron a Abu Simbel, el lugar más importante de Nubia desde este punto de vista, a principios de septiembre de 1955.

A 40 kilómetros de la frontera sudanesa, mas allá de la segunda catarata, los dos santuarios de Ramsés II alzan sus fachadas grandiosas, matizadas con el color del desierto, bajo la luz deslumbradora. Tallados en la misma roca, y por consiguiente inamovibles, están condenados a desaparecer sumergidos bajo 50 metros de agua. La única solución era aprovechar el plazo disponible para levantar,

los planos arqueológicos y epigráficos utilizando las técnicas modernas.

Pronto se alzaron andamiajes a los pies de Ramsés y de Nefertari, en los que trabajaron sucesivamente arqueólogos, fotógrafos, dibujantes, arquitectos y vaciadores. Los trabajos comenzaban al alba y continuaban con frecuencia en la noche, ya que el calor y la luz excesivos impedían que los fotógrafos operasen por la tarde. En ciertos momentos, los aparatos tomavistas, las cámaras para películas documentales, los proyectores y los grupos electrógenos daban a los templos venerables el aspecto de un estudio cinematográfico.

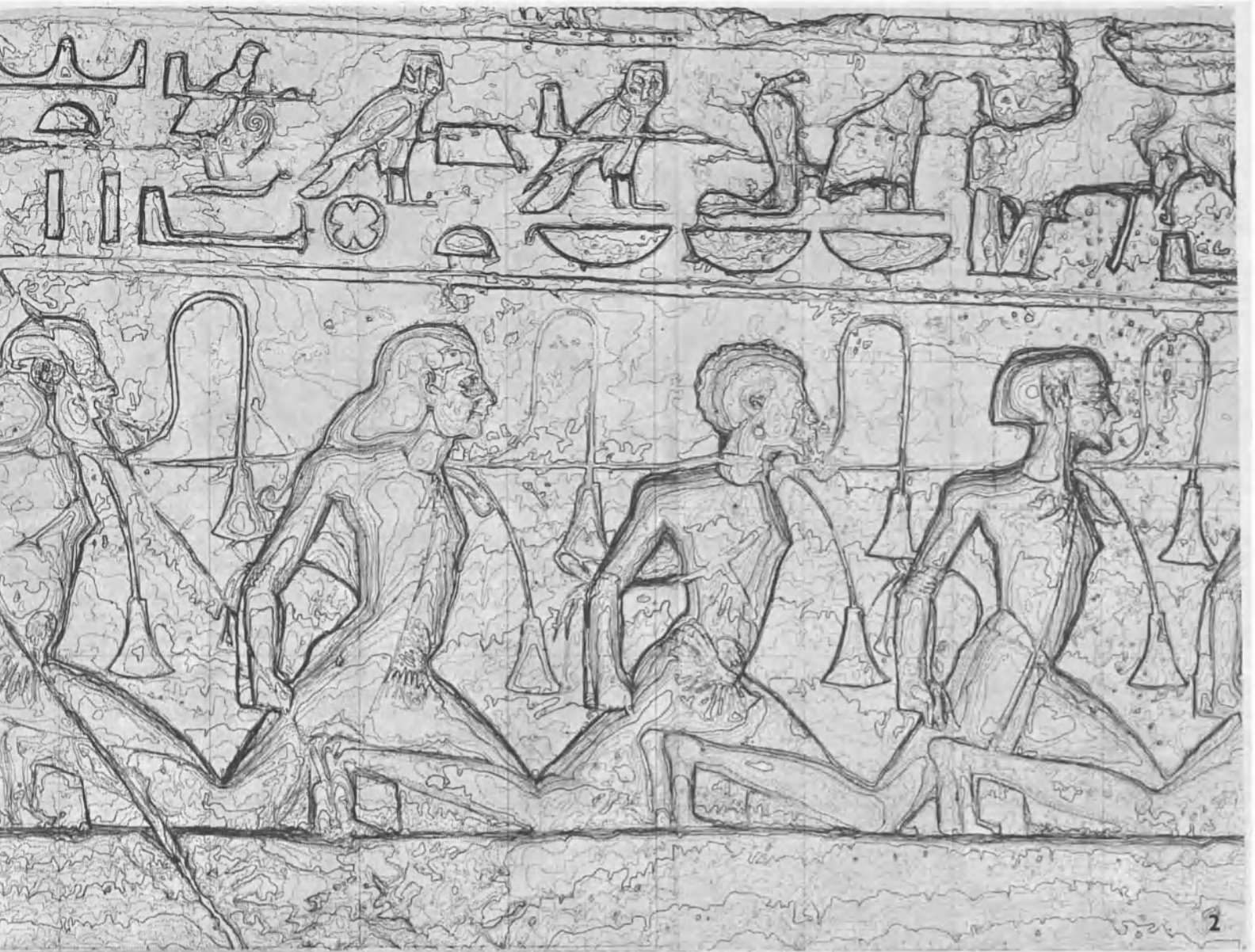
Ni un centímetro cuadrado del gran conjunto de Abu Simbel ha escapado a la más minuciosa investigación. Las fotografías en negro y en color, los clisés fotogramétricos, los planos de los arquitectos, los vaciados y las copias de los textos jeroglíficos, de los dibujos rupestres, de las inscripciones griegas, coptas y semíticas se han ido acumulando progresivamente en el Centro de Documentación del Cairo. Ese material ha llegado a constituir el inventario más completo que se ha reunido hasta hoy acerca de esos monumentos. También se están acabando los estudios sistemáticos de los templos de Dabot y de Kalabcha.

El Centro dispone de un laboratorio flotante

El Centro de Documentación, al mismo tiempo que proseguía sus trabajos sobre el terreno, tuvo que consolidar su propia estructura y constituir su equipo.

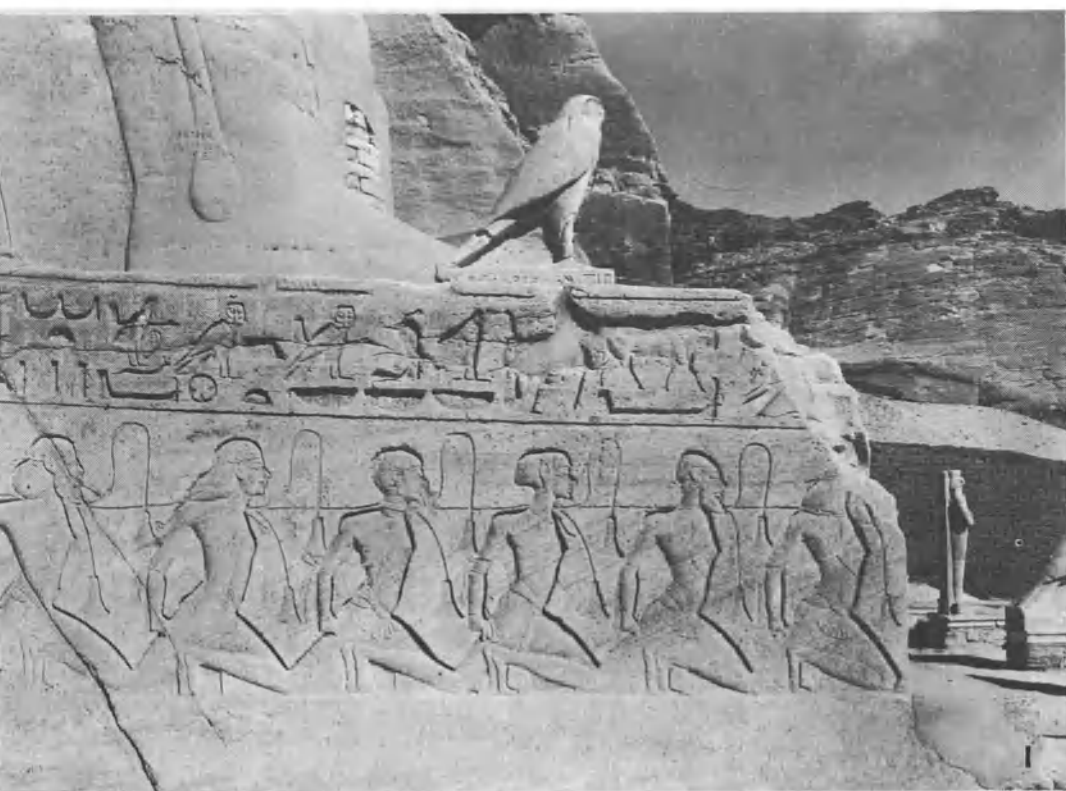
Desde el principio de la campaña en Nubia, fué necesario, bajo un calor tórrido, aprovisionar los equipos y proteger el material fotográfico. La adquisición de un pequeño barco de cinco cabinas —el «Horus»— facilitó considerablemente esas tareas así como las misiones rápidas, las visitas de inspección y los trabajos de los equipos. Para completar esos servicios, el Centro dispondrá en lo sucesivo de un laboratorio flotante, el «Awama», construido especialmente por cuenta del Gobierno de Egipto. Ese laboratorio puede ser remolcado por el Nilo y anclado en la proximidad inmediata de los trabajos en ejecución. En el interior de la nave se encuentran los talleres, los almacenes, las bibliotecas y los alojamientos de los equipos de trabajo.

Finalmente, hace un año, el Centro se estableció de manera definitiva con la construcción de un edificio mo-



© Instituto Geográfico Nacional de Francia, St. Mandé

Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo, El Cairo



PRISIONEROS DE LA FOTOGRAMETRIA

Las fotografías de esta página y de la siguiente muestran los resultados magníficos alcanzados por una nueva ciencia, la fotogrametría, que facilita la determinación de la forma y dimensiones de un objeto, según las fotografías estereoscópicas, haciendo posible su reconstitución en el laboratorio, con la exactitud del modelo. La obra presentada aquí fué llevada a cabo a petición del Centro de Documentación y Estudio sobre el Egipto Antiguo para el Instituto Geográfico Nacional de Francia. Las ilustraciones muestran :

1. Fotografía ordinaria de un bajo relieve que representa un grupo de prisioneros al pie de la estatua colosal de Ramsés II, a la derecha de la entrada del Gran Templo de Abu Simbel.
2. El mismo friso aparece con todas las líneas y curvas de nivel marcadas cuidadosamente, gracias al método de fotografía estereoscópica.

FOTOGRAMETRIA (Continuación)

3. La delineación se coloca en un pantógrafo, aparato especial que reconstituirá el friso, en la escala deseada.

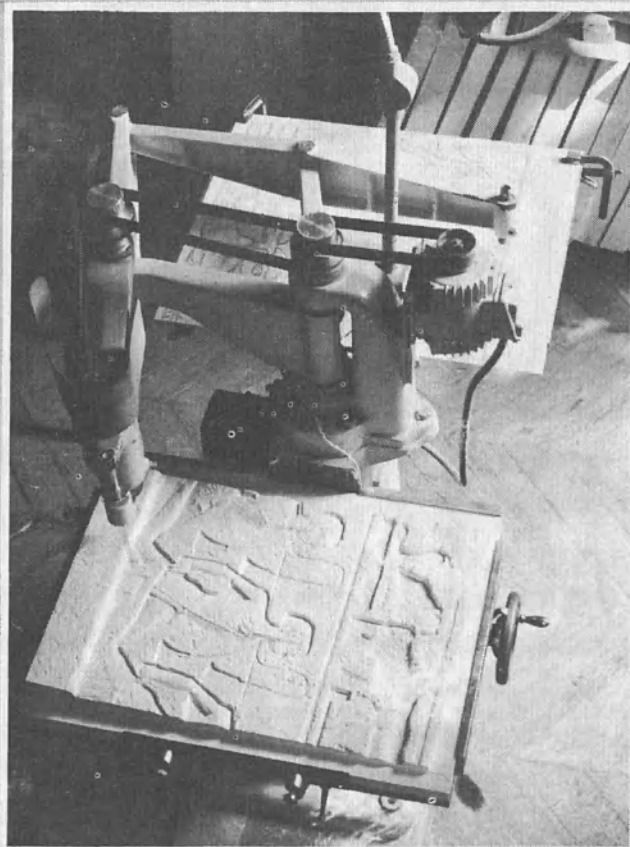
4. Las líneas del contorno se reconstituyen sobre un bloque de yeso colocado en el otro extremo del pantógrafo.

5. Detalle de una de las figuras de los soldados prisioneros antes de la determinación de las curvas de nivel.

6. El friso es reconstituído en un modelo de yeso, siguiendo la nivelación automática de las líneas del contorno.



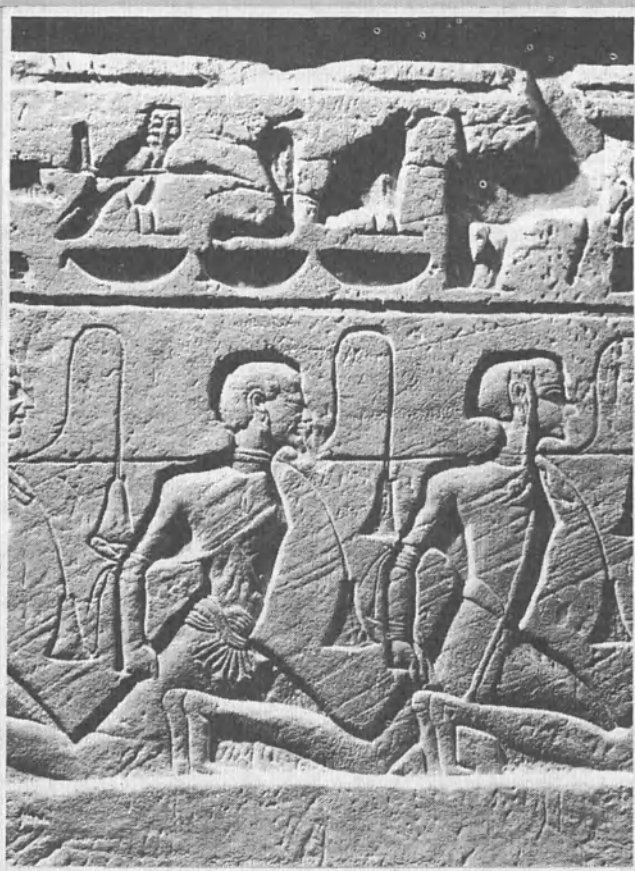
3



4



5



6

**EL SIGNO
DE MAAT***(Viene de la pag. 40)*

La fotografía moderna se vuelve una ciencia exacta

dermo en El Cairo, a algunos metros de la Cornisa del Nilo. Todos sus detalles de diseño y de instalación se han ajustado al registro y a la utilización inmediata del material egiptológico. Sus salas de conferencias, sus bibliotecas, sus ficheros y sus fototecas climatizadas hacen de él un hogar ideal de la egiptología.

El Centro de Documentación fue fundado en mayo de 1955 por el Servicio de Antigüedades de la región egipcia, en colaboración con la Unesco. Tiene el carácter de un organismo egipcio, costado por el Gobierno de la República Árabe Unida. La Unesco, —que tiene un representante en el Consejo de Administración del Centro—, proporciona ayuda económica, así como la asistencia técnica de los mejores especialistas internacionales.

Los especialistas ejecutan el vaciado de los relieves

Desde Champollión, que fijó los primeros fundamentos realmente científicos de la egiptología, hasta hoy, numerosas fundaciones, museos y universidades de Egipto, Europa y América, se habían ocupado de la conservación de los monumentos, la organización de las excavaciones, la investigación en las bibliotecas y el estudio de la documentación conseguida a veces con excelentes resultados, pero siempre sin ninguna coordinación. Jamás se había acometido una empresa tan sistemática como la que trata de llevar a cabo el Centro.

Desde el comienzo, la tarea que el Centro consideró esencial fue el levantamiento sistemático de planos de la necrópolis tebana, cuyas tumbas, que hasta ahora se habían conservado en buen estado, corren riesgo de sufrir alteraciones. Pero, el proyecto de la Gran Presa ha obligado a conceder la máxima prioridad a la Baja Nubia.

En los primeros años de este siglo, al construirse el dique de Asuán, no se envió allá ninguna misión oficial para levantar planos, a pesar de la amenaza que esa obra representaba para la isla de Filae. La primera elevación del nivel de esa presa, entre 1907 y 1912, ya incitó al Servicio de Antigüedades a encargar a expertos extranjeros el levantamiento de planos de Nubia, pero aquel programa no comprendía los santuarios de Filae, de Abu Simbel, de Gerf Husein y de Abu-Oda ni las capillas rupestres. Las misiones llegadas de Berlín y de Chicago se limitaron a reunir una documentación de carácter general. Al terminarse la segunda elevación del dique de Asuán (1929-1934) los expertos sólo registraron los monumentos de la Nubia medieval. En el presente caso, los egiptólogos ya no están desprevenidos. Una vez terminadas las tareas más urgentes, el Centro continuará sus investigaciones arqueológicas y, para los cinco años próximos, se prevé un centenar de misiones, con programas concretos.

Los arqueólogos y los filólogos del Centro coordinan la ejecución de todos los trabajos, a base de los documentos de que disponen. Dirigen las operaciones sobre el terreno y seguidamente clasifican en fichas los resultados de cada misión.

La sección técnica recoge todos los detalles que deben acompañar a las copias y las descripciones. Los arquitectos trazan planos, cortes y alzadas con la mayor minuciosidad, anotando cada losa, cada ladrillo y cada desperfecto. El Centro forma especialistas en dibujo arqueológico que reproducen los grandes conjuntos sirviéndose de fotografías. El antiguo procedimiento de los calcos sobre el

mismo monumento sólo se utiliza para los pequeños detalles o bien cuando la falta de espacio o el mal estado de conservación impiden la fotografía directa. Se confía a especialistas el vaciado de los relieves artística o históricamente más notables, así como las inscripciones jeroglíficas cuya interpretación puede prestarse a controversia.

Por otra parte, los fotógrafos colaboran con casi todos los demás especialistas. Trabajan ateniéndose estrictamente al plan-clave y revelan cada día sus películas de prueba antes de enviar los negativos (tamaño 13 x 18) al laboratorio fotográfico del Cairo. Al mismo tiempo, repiten todas sus tomas de vistas con películas en color (35 mm y 6 x 6 cm) destinadas a la proyección y a la reproducción. Pero esto no basta.

La reproducción fotográfica de las obras de arte y especialmente de la escultura —como lo ha observado André Malraux— es un verdadero fenómeno de recreación; las esculturas sacadas de los ocultos rincones en que sólo algún raro privilegiado podía contemplarlas, renacen bajo una nueva iluminación, llegan a ser familiares y adquieren una nueva vida.

En efecto, en la fotografía como en el dibujo e incluso en el diseño del arquitecto, hay un elemento subjetivo que puede dar origen a deformaciones más o menos importantes. El registro científico necesita una exactitud absoluta, que se ha conseguido por el procedimiento que se utiliza desde hace 40 años para levantar los mapas geográficos: la fotogrametría. Este método, que se aplicó por primera vez al levantamiento de planos de un monumento en 1850, proporciona a la arqueología la documentación que de ahora en adelante será esencial. Los clisés estereoscópicos obtenidos con el fototeodolito proporcionan indicaciones de la mayor exactitud hasta en los menores detalles del relieve. Permiten dar a las reproducciones, maquetas y vaciados la máxima fidelidad.

Los dos colosos se asemejan aún en la forma de la nariz

Desde los puntos de vista de la ciencia, de las formas y de las técnicas, la fotogrametría abre nuevas perspectivas y hará posible, tal vez, el descubrimiento de leyes arquitectónicas aún no conocidas por los egiptólogos y las técnicas utilizadas por los escultores de aquella época. Por ese procedimiento se ha visto —por ejemplo— que las curvas del nivel del rostro del Osiris colosal del lado noroeste (7 metros) del patio interior del Gran Templo de Abu Simbel y las del rostro del coloso meridional (20 metros) de la fachada, ofrecen un sorprendente parecido, hasta en el modelado del cartílago de la nariz.

Una vez terminado el levantamiento de planos, el Centro de Documentación del Cairo será fuente de información permanente y completa para los estudios egiptológicos y difundirá obras de vulgarización. Como medida de prudencia, todos esos archivos se recogerán en microfilms, conservándose un ejemplar en lugar seguro.

Dentro de algunos años, si los templos de Nubia llegan a ser sepultados en el mundo del silencio —donde sólo algunos atrevidos escafandristas puedan contemplar a Ramsés y Nefertari— los sabios podrán seguir estudiando directamente en el Centro, o recurriendo a la ayuda de la Unesco, la historia de una de las regiones que ha dado mayores muestras de su poder creador en la antigüedad y a la que aún no se han arrancado todos sus secretos.

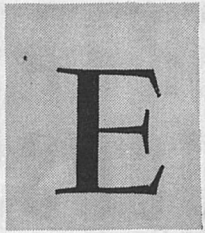
LA PIRÁMIDE MODERNA DE ASUÁN

por Albert Raccah



Foto © Albert Raccah

"HULLA BLANCA." Cuando se termine la nueva presa de Asuán (Sadd el Ali) se construirán potentes centrales hidroeléctricas que, en combinación con las que ya existen frente a la presa actual, suministrarán al país más de 15 mil millones de kilovatios-hora por año, lo que abaratará de sesenta por ciento el precio de la electricidad conducida por cables de alta tensión a la zona de El Cairo y al Bajo Egipto. La foto de arriba fué tomada durante la construcción de la central hidroeléctrica de Asuán. El mapa de la página opuesta indica la ubicación de la presa actual y la futura Gran Presa. Entre ambas, algunas islas, entre ellas la de Filae.



Egipto es un regalo del Nilo», decía el historiador y viajero griego Herodoto, en el Siglo V antes de J.C., al referirse a ese territorio de cerca de un millón de kilómetros cuadrados.

En efecto, desde la frontera de Libia hasta el Mar Rojo y desde el Mediterráneo hasta la frontera del Sudán, el país no sería sino un vasto desierto si el Nilo no lo atravesara de Sur a Norte, extendiéndose en un inmenso delta a 170 kilómetros de su desembocadura. Allí la lluvia es rara en extremo: una media anual de 6 días en El Cairo y, a veces, un día por año en Asuán.

Así se comprende que los antiguos egipcios creyeran que el Nilo era de esencia divina ya que constituía la fuente de la vida en Egipto. Y se comprende también que cualquier desarrollo agrícola tendrá que ser proporcional a la cantidad de agua que se extraiga de ese antiguo «río sagrado».

Infelizmente, en el período de la crecida se pierde en el mar una enorme cantidad de agua. Para conservar una parte de ella, necesaria para el regadío de los terrenos en primavera y en verano, se construyó la actual presa de Asuán, según los planos ingleses de Sir Willcocks, en la mitad de la primera catarata, sobre un fondo granítico que facilitó su erección. La primera piedra fué colocada el 2 de febrero de 1899, y la última, el 10 de diciembre de 1902. Gracias a su altura de 30 metros, esta presa debía permitir el embalse de 980 millones de metros cúbicos de agua, creando un lago artificial de 225 kilómetros de extensión que cubriría la isla de Filae y sus santuarios faraónicos, así como una parte de las tierras cultivadas.

A pesar de violentas discusiones y de la oposición formal de Sir Willcocks, la altura del dique fué aumentada de 5 metros, entre 1907 y 1912, para almacenar 2.400 millones de metros cúbicos en total, ampliando la dimensión del lago artificial a 295 kilómetros. Finalmente, entre 1929 y 1934, una nueva elevación del dique le llevó a éste a 14 metros de su altura primitiva, alcanzando el enorme depósito una capacidad de más de 5.000 millones de metros cúbicos. La longitud del lago se extiende hoy hasta Ouadi-Halfa, a 360 kilómetros de distancia.

La obra de albañilería de la presa representa actualmente un millón y medio de metros cúbicos. (La gran pirámide de Chéops alcanzaba, en su origen, a dos millones y medio.) El muro, de 2 kilómetros de largo, está perforado por 180 compuertas dispuestas en dos filas. Las puertas de hierro de la presa se abren en julio, en el momento de la crecida, para permitir al agua cenagosa que inunde y fertilice el país. Cuando las aguas recobran su transparencia a comienzos de octubre, se cierran las compuertas, y las aguas quedan nuevamente retenidas.

El caudal del Nilo menor que el del Río de la Plata

Con todo, la reserva de Asuán resulta insuficiente. Desde hace medio siglo, la agricultura, así como la industria, no pueden seguir el ritmo de crecimiento de la población egipcia. Hoy, cada día señala el nacimiento de 2.000 seres humanos suplementarios que alimentar. Hace falta extender la superficie cultivada, mejorar el rendimiento de los cultivos y conseguir la fuerza motriz que necesitan las fábricas cada vez más numerosas. Gracias al Nilo, riqueza fundamental de Egipto, se puede conquistar este espacio vital pacíficamente por medio de la construcción de una nueva presa, la de Saad el Ali. Esta gran presa cuyos trabajos preliminares están ya terminados, tiene por objeto la utilización completa de las aguas del Nilo. Ni una sola gota del río se perderá en el mar. El dique se construirá a seis kilómetros y medio aguas arriba de la antigua presa de Asuán y medirá

180 metros de alto y casi 5 kilómetros de largo. Formará un lago artificial de 500 kilómetros de largo, con una capacidad de cerca de 130.000 millones de metros cúbicos. Esta superficie de agua, de 3.000 kms², que inundará varias localidades y principalmente la ciudad de Ouadi-Halfa y los rápidos de la segunda catarata, permitirá una navegación regular entre Egipto y el Sudán.

En un clima tan cálido, una superficie de agua tan vasta dará lugar a la evaporación: se ha calculado que de los 130.000 millones de metros cúbicos de agua, 10.000 millones serán restituídos anualmente a la atmósfera. La elevación del coeficiente de humedad de los alrededores del lago tendrá un influjo benéfico sobre la vegetación. Por otra parte, una buena proporción de la reserva de agua se perderá ciertamente a través de las fisuras del terreno actual del futuro lago. Ya al atravesar la Nubia y el Alto Egipto, el Nilo paga un gran tributo al desierto. Cuando atraviesa esas regiones se diría que corre sobre un tamiz. Según Sir Willcocks, 5.000 millones de metros cúbicos se pierden entre Asuán y Aslut, y 100 metros cúbicos por segundo entre Aslut y El Cairo, en los meses de agosto y septiembre, es decir, en el tiempo de la crecida. Esta cantidad parece mínima cuando se la compara con el caudal del Nilo, que se eleva a cerca de 9.000 metros cúbicos por segundo durante la crecida. Sin embargo, el caudal medio del río no es más que de 2.510 metros cúbicos por segundo, bastante inferior al del Río de la Plata, que tiene un aforo medio anual de 25.000 metros cúbicos por segundo, y al del Mississipi, que es de 18.000 metros cúbicos en el mismo tiempo.

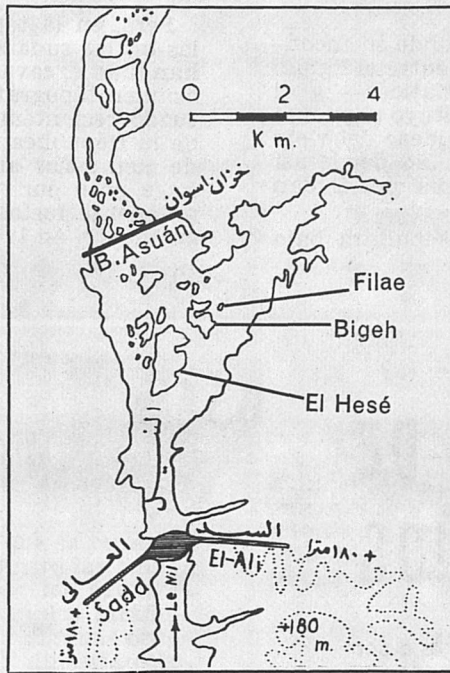
Energía menos costosa para millones de hombres

Con la enorme reserva de agua obtenida por la presa de Saad el Ali, las tierras de Egipto podrán aumentar en cerca de la mitad su superficie arable. De hecho, se cuenta con roturar un millón de hectáreas hoy sumergidas. Aunque la mayor ventaja de la realización de la presa de Saad el Ali consiste en la posibilidad de extender la superficie cultivada, asegurándola regularmente su provisión de agua, también la aportación de nueva energía, justifica por sí sola la construcción de tal obra. En efecto, los cuatro túneles previstos para la evacuación de las aguas durante el período de más afluencia y los cuatro túneles de pendiente rápida excavados en la orilla izquierda, desembocarán en 16 grupos de turbinas a casi 100 metros sobre la roca granítica.

Su potencia total se estima en dos millones de caballos-vapor, y su producción anual en 10 o 12.000 millones de kilovatios-hora, es decir, casi diez veces el consumo total de Egipto.

Una buena parte de la electricidad del Saad El Ali, —2.500 millones de kilovatios-hora— sería entonces empleada por un centro industrial que prevé la fabricación de 500.000 toneladas de abonos al año, y por estaciones de bombas para la roturación de los terrenos baldíos. Los restantes 8.000 o 9.000 millones de kilovatios-hora serán expedidos por medio de cables de alta tensión a El Cairo y al Bajo Egipto. A pesar de los gastos y de las pérdidas, el precio del kilovatio-hora llegará a ser menos costoso que en la actualidad.

En fin, la producción de la central instalada río arriba del embalse de Asuán podrá añadirse a esta enorme suma de energía. En efecto, esta central, comenzada en mayo de 1953, compuesta por 7 grupos de 55.000 caballos-vapor alimentados por 4 túneles de 800 metros cada uno, se detiene casi durante 4 meses por año. Con el control de las aguas del Saad el Ali, la central podrá funcionar durante todo el año, produciendo ella sola casi 4.000 millones de kilovatios-hora. De tal suerte, la conjugación hidroeléctrica Saad el Ali-Asuán suministrará a Egipto más de 15.000 millones de kilovatios-hora por año. Esta obra es un imperativo vital ya que esas regiones contarán con 8 millones de habitantes más en los diez años próximos.



Mapa del Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo, El Cairo.

LA NUBIA SUDANESA, "TIERRA INCÓGNITA" DE LOS ARQUEÓLOGOS

por Jean Vercoutter

Director del Servicio de Antigüedades de la República del Sudán

La región sudanesa de la Nubia en peligro es una «tierra incógnita» para la arqueología, ya que nunca ha sido excavada de manera sistemática. No obstante, esa región contiene un gran número de lugares inexplorados que yacen bajo un sudario de arena. Esos sitios podrían revelarnos datos muy valiosos acerca de los comienzos de la historia del hombre en la tierra, y si no se los explora debidamente antes de su desaparición bajo las aguas del Nilo, el mundo sufrirá una pérdida irreparable.

La Nubia sudanesa era una encrucijada donde se encontraron varias civilizaciones. Fué la frontera entre el Egipto —con sus afinidades mediterráneas y asiáticas— y el Africa propiamente dicha, y aún más, constituyó el puente por el cual solían pasar los productos y las ideas del viejo mundo a las tierras del Africa y viceversa. No puede así menospreciarse la importancia de esta zona del Sudán como eslabón entre dos continentes.

El depósito de la Gran Presa de Asuán sepultará bajo

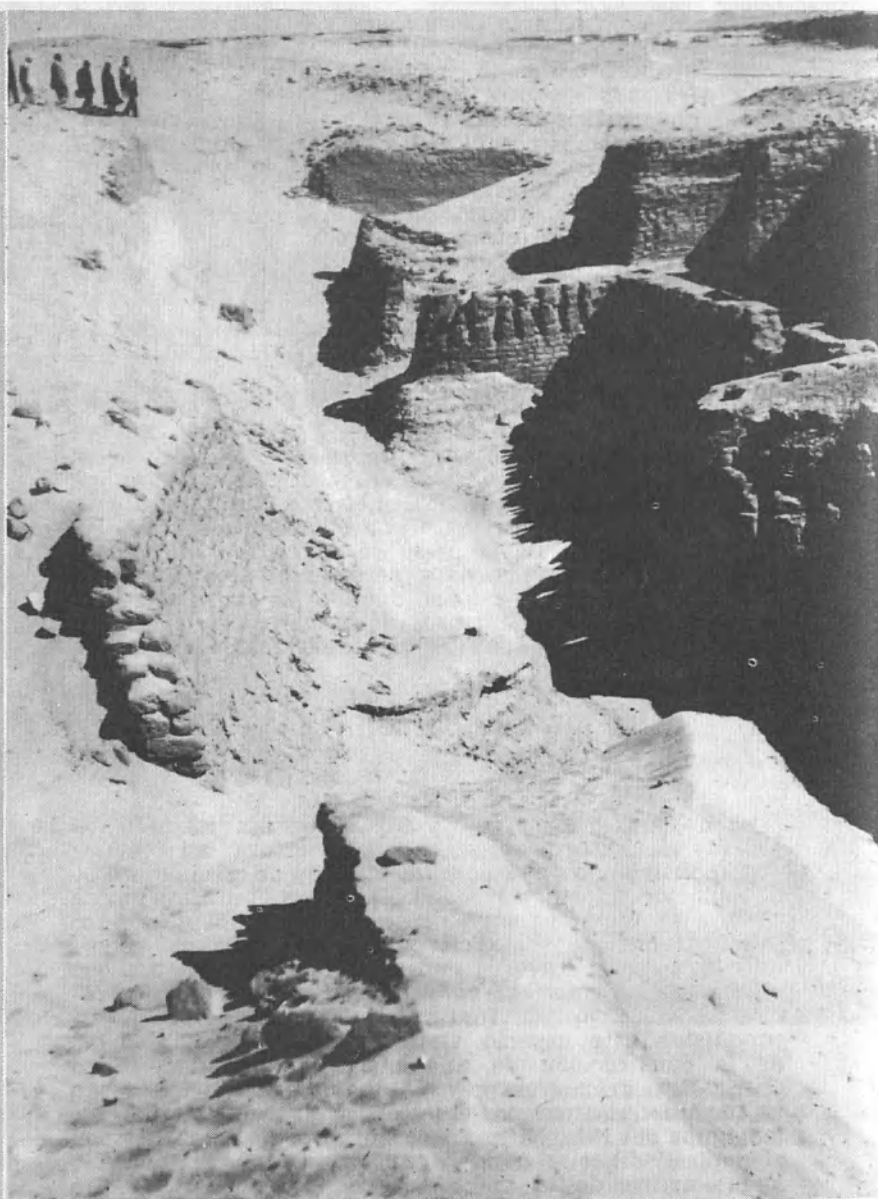
las aguas unos doscientos kilómetros de las actuales riberas del Nilo, en la región sudanesa. Hacia 1964, año en que deberá estar terminada la primera parte de la construcción, más de sesenta kilómetros del territorio del Sudán se sumergirán bajo las aguas. Y, cabalmente, esa zona de sesenta kilómetros es la más rica del país en restos arqueológicos, ya que contiene 47 emplazamientos conocidos y otros que probablemente serán desenterrados durante el trabajo de reconocimiento.

Pero, en la totalidad de la región de 200 kilómetros de las orillas sudanesas en peligro, sólo diez emplazamientos han sido excavados parcialmente. Sin embargo, un breve examen topográfico y un estudio aerofotogramétrico efectuado recientemente por el Departamento de Topografía de la República del Sudán revelaron la existencia de más de cien sitios arqueológicos. El descubrimiento efectuado hace poco por el profesor Walter B. Emery de una sorprendente fortaleza egipcia del Medio y del Nuevo Reino, en Buhén, en la zona hoy amenazada, demuestra lo fruc-

UNA FORTALEZA DE HACE 4.000 AÑOS

Gran parte de la Nubia sudanesa que va a ser inundada es tierra desconocida desde el punto de vista arqueológico. Sólo en los últimos años se han registrado más de 100 sitios de importancia. Las fotos de arriba y de la página opuesta muestran uno de esos sitios: el gran castillo de Buhén —cerca de Ouadi Halfa— obra maestra de la arquitectura militar egipcia. La fortaleza acaba de ser descubierta por el profesor Walter B. Emery, de la Universidad de Londres, quien dirigió dos expediciones a Buhén en 1957 y 1958 por cuenta de la Sociedad Exploradora de Egipto. Tal descubrimiento ha revolucionado las concepciones anteriores sobre arquitectura militar faraónica. La fortaleza fué construida a comienzos del Reino Medio, hace 3.900 años, como uno de los puestos de comercio —a la vez plazas fuertes— destinados a defender la zona estratégica de la Segunda Catarata que divide la Alta y la Baja Nubia. Saqueada hacia el año 1675 antes de la Era cristiana, la fortaleza fué reconstruida y agrandada en el Nuevo Reino (1570 antes de J.-C.). Las excavaciones continúan y han logrado desenterrar la osamenta de uno de los primeros caballos conocidos en Egipto y una cantidad de papiros deteriorados que son quizás los restos de despachos militares. La foto de arriba es una reconstitución del castillo del Reino Medio, obra del dibujante británico Alan Sorrell, con ayuda del profesor Emery y sobre la base de planos auténticos.

Foto Jean Vercoutter





© Illustrated London News

tíferas que pueden ser las excavaciones arqueológicas en el Sudán. ¿Podemos permitir que todos esos emplazamientos se destruyan sin primero explorarlos, excavarlos y registrarlos aunque sea parcialmente?

La situación no es menos urgente en lo que se refiere a los monumentos ya conocidos del Sudán. Entre las ruinas que se ven aún y que serán engullidas por las aguas se cuentan siete ciudades antiguas, cuatro templos faraónicos, por lo menos veinte iglesias cristianas —algunas ornamentadas de frescos—, tumbas de la XVIIIª dinastía egipcia, capillas troglodíticas del comienzo de la Era Cristiana, numerosos cementerios e infinidad de relieves e inscripciones rupestres. Deben mencionarse especialmente los emplazamientos prehistóricos, en uno de los cuales se ha descubierto material suficiente para poder determinar su antigüedad, mediante el carbono 14 (6.300 ± 400 años antes de nuestra Era) mientras en otros aún se han hallado restos de las épocas neolítica y paleolítica.

Entre los monumentos condenados a desaparecer para siempre se encuentran los dos templos de la XVIIIª dinastía egipcia, construidos dentro de las fortalezas gemelas de Semna y Kumma; el pequeño templo de piedra de Ramsés II en Aksha, todavía enterrado en las arenas del desierto; el armonioso templo de Buhén, con sus magníficas pinturas y esculturas; las ciudadelas egipcias de época del Reino Medio (2065 a 1500 años antes de la Era Cristiana).

Las pinturas tumbales y el vaso de alabastro

Cada año, durante sus recorridos de inspección y estudio, el Servicio de Antigüedades de la República del Sudán revela nuevos sitios arqueológicos, y las excavaciones de ensayo sacan a la luz hallazgos inesperados como las pinturas de la tumba de Djehuty-Netep, en Debeira, o el vaso de alabastro de Faras, descubierto en un lugar que se creía ya excavado.

Así, en el Sudán todo o casi todo está por hacer. El Servicio de Antigüedades del Sudán no posee los medios suficientes para realizar, con su personal muy limitado, dentro del breve tiempo disponible, todas las operaciones

de estudio, excavación, traslado y salvaguardia de los monumentos, así como de su registro para la posteridad. Es indispensable la cooperación internacional. La tarea más importante y urgente es iniciar, lo más pronto posible, un estudio arqueológico completo, kilómetro por kilómetro, de toda la zona que deberá ser sepultada bajo las aguas. Nunca se ha hecho antes un estudio de esta índole.

Las fortalezas de adobe no pueden ser trasladadas

En 1955, cuando recién conoció el Sudán los proyectos de construcción de una nueva y mayor presa en Asuán, el Servicio de Antigüedades de esa República propuso un plan de trabajo de emergencia e inició un estudio topográfico de la región para darse cuenta de las medidas que se debían tomar; pero como esta labor pareció muy lenta, se efectuó un estudio aerofotogramétrico. La zona amenazada fué fotografiada en su totalidad, desde el aire, en 1956-1957, y esos trabajos constituyen hoy la base del plan de rescate de los monumentos del Sudán. Gracias al apoyo de la Unesco, un experto se ocupa actualmente de interpretar esas fotografías desde el punto de vista de la arqueología y, dentro de breve tiempo se dispondrá del primer mapa arqueológico exacto de la región.

Lo que hoy se necesita es un mapa del contorno fotogramétrico de esa zona, para lo cual acaban de tomarse fotografías estereoscópicas desde el aire. Cuando se haya obtenido el mapa del contorno fotogramétrico se podrá proseguir el examen topográfico en cada una de las orillas del Nilo mediante equipos de reconocimiento que precederán a los equipos de excavación.

La mayoría de los monumentos en la zona en peligro se encuentran construidos con adobes y no pueden ser trasladados. Pero algunos poseen frescos y pinturas que necesitan transportarse. Los cuatro templos de piedra de Aksha, Buhén, Semna occidental y Kumma pueden y deben ser desmontados y conducidos a un refugio seguro. Los dos últimos templos se yerguen sobre una barrera de rocas que es probablemente el resto de una antigua presa egipcia y que forma un paisaje impresionante. Lo ideal sería conservar esos monumentos en su medio natural.

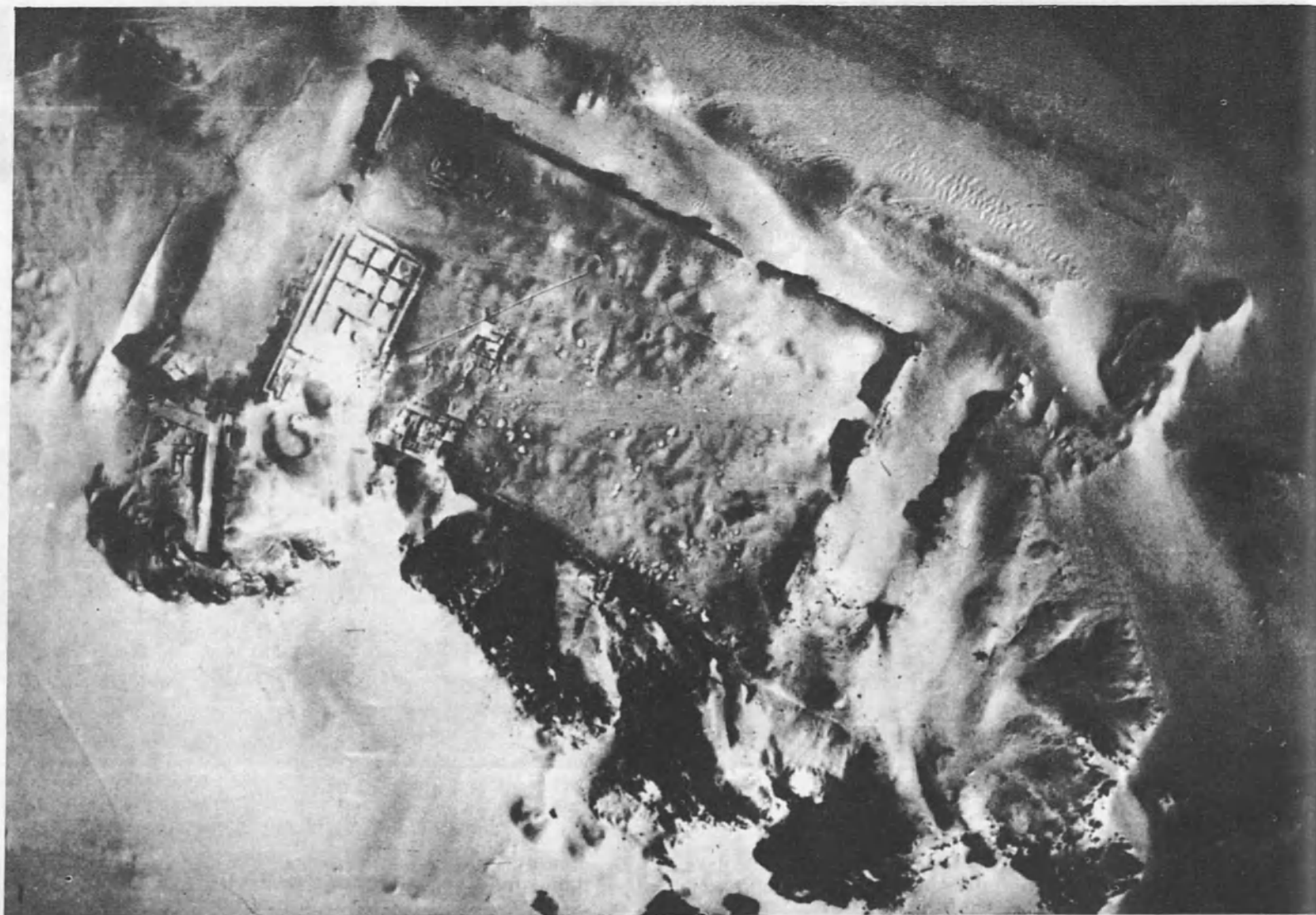


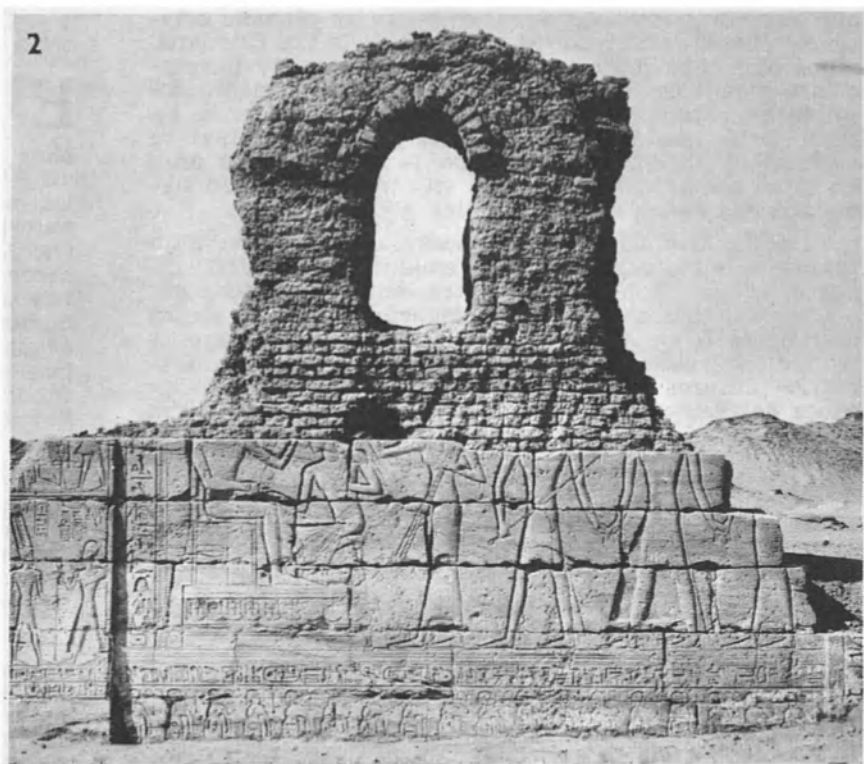
Foto J. Vercoutt

1. FORTALEZA DE MIRGISA. Vista aérea de uno de los muchos sitios del Sudán sólo parcialmente excavados. En esta fortaleza situada en una roca abrupta cerca del Nilo, al sur de Buhén, se han hecho varios importantes descubrimientos, entre ellos los archivos de un jefe de correos de hace 4.000 años. Todas las murallas del exterior están construidas con adobes.

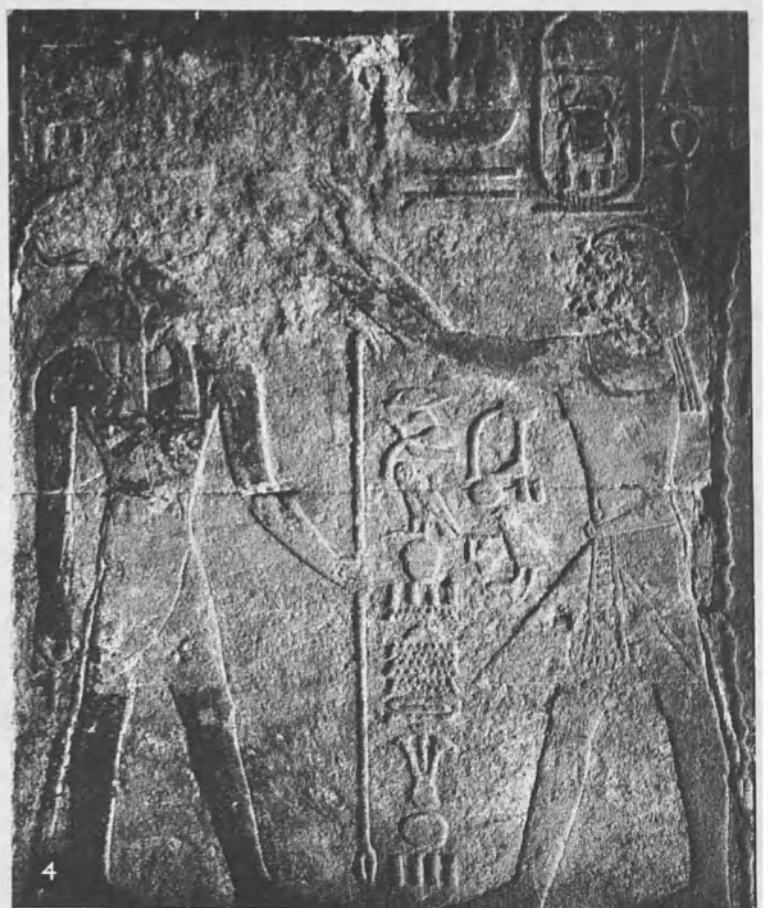
2. TEMPLO DE AKSHA. Restos de un muro del templo construido por Ramsés II en Aksha, cerca de 40 kilómetros al sur de Abu Simbel. El templo estaba dedicado al gran dios solar Amón, ante cuya imagen Ramsés II (extremo izquierda y centro) prosternado de rodillas, eleva sus oraciones. Gran parte del templo se encuentra aún sepultado bajo la arena del desierto.

3-4. FORTALEZAS DEL RIO. El Nilo se estrecha, 75 kilómetros al sur de Ouadi Halfa y corre entre acantilados de granito, formando impresionantes rápidos. Para guardar este paso (límite sur del Egipto en el Reino Medio) los Faraones construyeron dos fortalezas macizas a ambos lados del río. En la ribera izquierda se levanta Semna occidental, y en la ribera derecha, Semna oriental o Kumma. Ambos sitios poseen importantes templos que datan de 1500 a 1400 años antes de la Era cristiana. Las fotos de la pág. opuesta muestran detalles de esos templos.

5. TEMPLO DE BUHÉN. Exactamente al norte de la Segunda Catarata y frente a Ouadi-Halfa yacen las ruinas del hermoso templo de Buhén construido por Thutmosis II y Hatsheput, hace más de 3.000 años. La parte posterior del templo se apoya sobre un alto acantilado que domina el Nilo. La foto muestra un rincón del vestíbulo pero en el resto del templo hay relieves y pinturas, muchas de las cuales conservan sus colores.



Instituto Oriental, Universidad de Chicago



Instituto Oriental, Universidad de Chicago

HAY QUE EXCAVAR CADA PALMO DE ESE SUELO



ENIGMAS DE LA ANTIGUA NUBIA

por Anwar Shoukry

Director de Antigüedades Faraónicas
del Servicio de Antigüedades de Egipto

François Daumas

Director del Instituto Francés
de Arqueología Oriental, El Cairo

En la época en que se decidió la construcción de una presa, el Servicio de Antigüedades de Egipto, —dirigido a la sazón por Maspero— no se contentó con consolidar los templos, sino que llevó a cabo además algunas excavaciones antes de que comenzara la obra y, después, con antelación a cada una de las alzadas que llevaron el nivel de las aguas a la cota 121. Los únicos terrenos por excavar son los situados por encima de ese nivel, antes de que se construya la Gran Presa que transformará la Nubia en un lago de centenares de kilómetros de longitud.

Pero, en arqueología, las cuestiones no son nunca tan sencillas como parecen a primera vista. En efecto ¿cómo poseer la seguridad de que se ha podido excavar un valle que no es muy ancho, pero que tiene varios centenares de kilómetros de largo? ¿Se encontrará por suerte alguna cosa en las regiones recubiertas por las aguas durante el invierno? ¿Qué se descubrirá por encima de la cota 121? ¿Se han agotado los misterios en las excavaciones de Nubia?

Desde luego, existen algunos lugares en donde han sido insuficientes las excavaciones, y sería necesario continuarlas en el verano, mientras las aguas permanecen bajas como en algunos de los grandes templos nubios. Los eruditos, y técnicos, enviados allá, al contemplar monumentos como Kalabcha o Ouadi El-Seboua, pensaron solamente en dar a conocer lo que estaba de manifiesto. En 1956, al estudiar la organización de los múltiples recintos de Kalabcha, fué fácil comprobar que uno de ellos tan sólo podría explicarse por la presencia de un lago sagrado.

Como en el momento actual existe intacto uno solo de esos lagos —el de Dendara— es de suponer que se impone en primer término la exploración de Kalabcha. La limpia de escombros, emprendida en Septiembre de 1959 por el Servicio de Antigüedades, ha permitido ya alcanzar el

techo de dos capillas intactas en apariencia al Oeste del supuesto lago. Por desgracia, las aguas del Nilo en crecida anormal, han interrumpido el trabajo. No tenemos espacio para explicar aquí las razones tecnológicas que justifican estas excavaciones, pero se comprende el interés que presenta el conocimiento profundo de los servicios y dependencias de un templo, para penetrar verdaderamente en el corazón de la religión egipcia. En el caso presente, no se trata tan solo de una plantilla arquitectónica, sino de la interpretación de un elemento esencial del templo antiguo. Y ésto puede tener mayor importancia por el hecho de que en Nubia —donde la población nunca fué muy densa— los monumentos han sufrido menos deterioros que en otras partes.

Algo muy parecido sucede con el templo de Ouadi El-Seboua. Sería muy interesante para nosotros conocer toda la parte anterior del templo, cubierta por las aguas altas. Antaño se descubrió tan sólo la cúpula. En cuanto al recinto —del que son visibles todavía algunas porciones— nadie ha pensado jamás explorarlo ni excavarlo. Estas excavaciones darían aún mayores resultados, desde el punto de vista religioso.

Pero, incluso durante la temporada de las aguas altas, podría realizarse un trabajo eficaz. Las investigaciones que se han llevado a cabo durante las dos elevaciones de la antigua presa, nos han mostrado una civilización extrañamente primitiva y a la vez refinada, la de los Blemis, que data del siglo IV° de nuestra Era: tumbas reales, abundantemente decoradas con cofrecillos ricamente incrustados de marfil, porcelanas de todas clases, juegos y hasta caballos completamente enjaezados.

La cultura meroítica —que extrae su nombre de la capital donde residían sus reyes, la ciudad de Meróe, cerca de Chendi— nos ha revelado muchos detalles inso-

pechados y, en particular, la penetración de las influencias griegas en esas ya lejanas regiones de Africa. Una misión italiana exhumó recientemente un tazón de cobre que representa una vaca cincelada, de exquisito trabajo, descubierto en un cementerio meroítico, situado a la orilla de las aguas altas. La misma misión al reanudar las excavaciones de Ikhmindí, el año pasado, tuvo la suerte de descubrir una inscripción que relata en cierto modo la fundación de la villa en la época bizantina.

Las excavaciones alemanas en Amada también han sido muy alentadoras: pero aún subsisten incógnitas, sobre cuyos puntos sería necesario llamar la atención. Las investigaciones pueden ciertamente conducir a los descubrimientos más interesantes, siempre que se las lleve a cabo después de una reflexión madura. La Alta Nubia posee numerosos recuerdos del Imperio Medio y de la XVIIIª dinastía, en tanto que en la Baja Nubia los vestigios datan sobre todo de la XIXª dinastía y de la Época grecorromana. Pero los templos de la Baja Nubia habrían proporcionado con seguridad documentos más antiguos, si hubiesen sido cuidadosamente explorados.

Los virreyes de Kouch, que rigieron el país desde la XVIIIª a la XXª dinastía, parece que residieron en Aniba. Pues bien, sólo se ha hallado una tumba de cierta importancia; la de Pennout. No es necrópolis ni residencia de virreyes. Sin embargo, sabemos que esos grandes personajes, jefes del imperio africano y de Egipto, no se contentaron con una sola casa por grande que fuera, y estamos seguros que poseyeron más de un palacio. El hallazgo de estatuillas funerarias —llamadas Ouchebtis— de otros virreyes, muestran que han debido tener varias tumbas, aunque fueran sepulcros secundarios, incluso si se hacían conducir a las tierras de Egipto. ¿Donde duermen esos vestigios espléndidos de la ocupación egipcia del país en las épocas remotas?

HISTORIA ESCRITA EN LA PIEDRA

(Viene de la pag. 39)

Los textos de Kalabcha, la antigua Talmis, nos dan a conocer la devoción de los soldados del siglo II después de J.C. por el dios local Mandulis, que tenía también su capilla en Filae; los textos de Pselkis, la moderna Dakka, nos enseñan que el culto de Thot (Hermes) estaba muy difundido. Una y otra ciudad eran visiblemente guarniciones que vigilaban la ruta de Africa y protegían a Egipto contra los bárbaros del sur. Kertassi era al mismo tiempo un acantonamiento militar y un centro de explotación de canteras que servían para las construcciones de Filae. La organización o «Gomos» que se ocupaba del transporte de las piedras tenía sus sacerdotes y sus dignatarios que firmaron en los recuadros en forma de «tabula ansata» grabados en la fachada de la capilla excavada en la roca. En Abu-Duruah, a 5 kms. al este de Dakka, los proscenios que remontan al emperador romano Antonino el Piadoso (mediados del siglo II después de J.C.) demuestran que ese santuario rupestre, adornado con dibujos faraónicos, continuaba abierto al culto. Gracias a todos esos textos, puede reconstruirse en parte la vida cotidiana de las guarniciones romanas con su personal, su culto y su fecha de permanencia en esos lugares.

Los documentos ya conocidos demuestran que Nubia, por árida

que fuese, desempeñó una función no desdeñable en la Antigüedad. En primer término y desde el punto de vista militar, esa región era al mismo tiempo un baluarte de defensa y una base de operaciones. Además y desde el punto de vista económico, las firmas de los cazadores de elefantes o de aves que se leen en Abu-Simbel o bien los grabados que representan jirafas, órices, avestruces y búfalos —como los que se ven en el Yebel Abu-Duruah— demuestran que la caza debió ser abundante. Además, por el Nilo descendían los convoyes procedentes de las minas de oro del Ouadi Allaqi, frente a Dakka, así como las piedras extraídas de las canteras de Kertassi. El cultivo de la viña y el empleo de la «sakieh» o noria, comprobados en Nubia, atestiguan que la agricultura era próspera. Y, por último, desde el punto de vista religioso, los dioses indígenas que acabaron por ingresar en el panteón grecorromano: Tot de Pnubs, en Dakka; Petisis, Pehor y Arhesnefer, en Dendur; Mandulis en Kalabcha; Isis en Filae, — recibieron en homenaje los templos que pueden admirarse aún hoy. En los siglos I y II. de la Era Cristiana brilla en todo su esplendor Filae, gracias a los pórticos de Augusto y de Tiberio y al pabellón de Trajano.

Desde la antigüedad, el país de Nubia da el ejemplo y la medida de cuanto pueden hacer el esfuerzo y el ingenio humanos luchando contra el clima y contra los elementos. Lo que se propusieron los griegos y romanos en la antigua Nubia fué convertir en riquezas espirituales y materiales la debilidad y la aridez de una región que parecía condenada a la pobreza irremediable, y lo mismo tratan de conseguir los constructores de la Nubia moderna.



Foto Centro de Documentación sobre el Egipto antiguo, El Cairo

LA PRINCESA DEL SISTRO. Una de las hijas de Ramsés II, la princesa Bént-Anta, tocando el sistro a la entrada del templo de Abu Simbel. El sistro, instrumento musical que producía un sonido estridente, al ser agitado, estaba en uso en Egipto desde la más remota antigüedad.

LA ESFINGE SUMERGIDA

VER PAG. 4

